VICTORINA MALHARRO

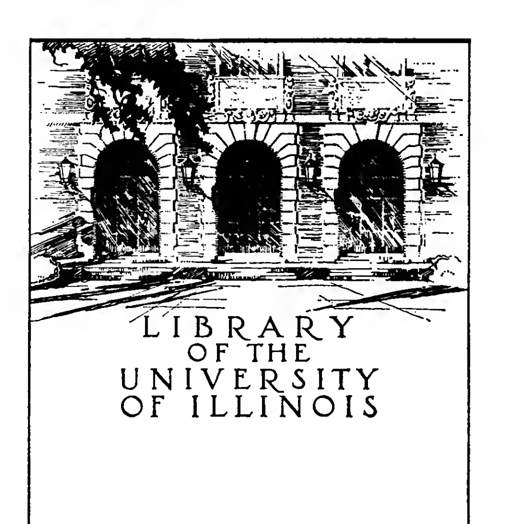
DE AMOR Y DE DOLOR



BUENOS AIRES

IMPRENTA MERCATALI - José A. Terry 285

1919



DE AMOR Y DE DOLOR

VICTORINA MALHARRO

DE AMOR Y DE DOLOR



BUENOS AIRES

IMPRENTA MERCATALI - José A. Terry 285

1919

LA VOCACIÓN DE SOR GETHSEMANÍ



La vocación de Sor Gethsemaní

—¡Ay, tía, quiero morirme!

—Mal hecho.

—Es que Vuestra Caridad no sabe qué cruz es esta.

—Más liviana que la de Nuestro Señor.

—No, tía, Vuestra Caridad no puede comprenderme. Vd. tuvo la suerte de elegir muy niña la mejor parte y dejó el mundo sin saber de este dolor.

—Te engañas. Por haber salido de ese dolor fué que elegí la mejor parte.

A pesar de sus sollozos convulsivos, la jovencita refrenó el llanto para clavar los ojos enrojecidos en la tranquila y pálida faz de la tía monja.

Esta, religiosa profesa desde antes de cumplir veinte años, alegría del claustro con su invariable buen humor y sólida piedad siempre regocijada, la preferida de las educandas por la conversación chispeante con que las entretenía tanto cuando hablaba de asuntos religiosos como profanos, su tía, que

no reía nunca, pero de cuyos labios no desaparecía nunca la sonrisa, que conservaba a los treinta y tantos años, alma, ojos, mejillas y cutis de niña revelando su cuerpo y espíritu estar donde la providencia la quería. ¿habría en su rápido paso por el mundo amado a un hombre antes de entregarse a Dios?

Y si lo había amado y si por su amor sufriera tanto que ya nada en el mundo pudo reemplazar en su corazón al amor perdido y sólo la inmensidad de Dios pudo llenarlo ¿cómo había podido readquirir la mirada de dulzura y la sonrisa de satisfacción que jamás desaparecían de su rostro?

¿No eran, pues, eternas las lágrimas?

Sor Gethsemaní adivinó todas las preguntas que se sucedían en la mente de su dolorida sobrina y para distraerla y confortarla la atrajo hacia sí y apoyando en su toca la febricitante cabecita llena de rulos, moños, peinetas y horquillones la habló de esta manera.

Mi santa criatura: voy a contarte como escogí yo la mejor parte. Es cosa de que casi no me acordaba ya. Desde que la escogí hasta ahora han transcurrido unos cuantos años más que de mi nacimiento hasta entonces.

Mira, yo no la escogí. Yo había escogido otra. Dios de una sacudida tan brusca como sólo El sabe darles me tiró al suelo la mía y me brindó ésta: la mejor, que, felizmente, no rehusé.

Si vocación es la aspiración ardiente por un estado para el que uno se reconoce con especiales aptitudes, nadie habrá tenido vocación más decidida por el matrimonio que la que tenía yo a los quince años.

Todas mis compañeras soñaban con el primer baile, con el primer vestido largo, con el primer novio.

Algunas tenían ya cortejantes mudos de parada en la esquina del colegio y paraditas por la puerta de la casa.

Eran casi todos estudiantes hijos de familias amigas. Las otras se los envidiaban. Yo no.

Mis compañeras me creían muy aniñada porque no me preocupaba de esos incipientes triunfos de la vanidad femenina. En realidad yo era mucho más mujer que ellas.

La vida del hogar doméstico tenía sobre mi atracción de imán. Cuando en el refectorio nos leían la vida de alguna santa monja, el ejemplo no me interesaba más que a las otras chicas que si prestaban alguna atención era para no verse bajar las notas al pedir en la clase la maestra la explicación de la lectura piadosa, pero cuando el día correspondía a una santa esposa o madre, no hubiera cambiado esa lectura por la más interesante novela.

Ya fuese santa Clotilde practicando su religión a escondidas del marido pagano o santa María de

la Cabeza acompañando a su esposo, santo también, lo mismo en las faenas rurales que en las prácticas de devoción, santa Isabel de Hungría escondiendo con su manto de reina el sayal de franciscana o santa Isabel de Portugal separándose de un compañero amado, por obediencia al Sumo Pontífice, o santa Brígida y santa Rita víctimas de maridos desamorados y brutales, santa Mónica rogando por la conversión del hijo pervertido, o la beata Juana de Aza preparando a su único y linajudo vástago para una grandeza que no se alcanza sin renunciar a todos los de la tierra, su vida me encantaba igualmente y me llenaba de estimuladora envidia; me parecía que por muchos que sus sufrimientos hubiesen sido — a pesar de las congojas de esposa y de los dolores de madre—que ellas, las santificadas en la vida del hogar, habían gozado anticipadamente en el mundo las delicias del paraíso.

Yo no soñaba con el amor en sí mismo ni con el novio como tal. Yo soñaba con un hogar, donde pudiese hacer la obra de una Santa Elena o de una Blanca de Castilla; pero eso sí, no me consideraba con fuerza moral para sufrir a ningún salvajón como el marido de santa Rita, por ejemplo, y le pedía insistentemente a Dios me favoreciese con un hogar así, pero acompañada de un esposo a *mi gusto*.

Mi gusto era bastante modesto y no podía disgustar al cielo: un buen cristiano de pensamientos,

palabras y obras, que me acompañara en mis rezos, a misa, al sermón, a las cuarenta horas, no por complacencia, sino por devoción; que caritativamente me advirtiese de mis defectos, que, como yo, fuera afecto a la lectura de los místicos y, como yo, tuviese el convencimiento de que el matrimoni es uno de los tantos medios que Dios presenta a sus criaturas para trabajar por la mayor gloria divina y la salvación de las almas.

Me eran del todo indiferentes: fortuna o pobreza, condición social humilde o encumbrada, juventud o vejez, y no digo: discreción y tontería, saber o ignorancia, porque creía entonces y sigo creyendo aún que los buenos de verdad nunca son por completo tontos ni ignorantes, así sean analfabetos, y que los malos nunca son del todo discretos ni sabios, por mucha fama que de tales tengan.

Yo pasaba revista a todos los parientes, amigos y conocidos, pero evidentemente mi ideal no estaba entre ellos, y confiada en la santidad de mi aspiración, aumentaba mis oraciones y mis lijeras penitencias, a pesar de lo cual, tres días antes de cumplir los diez y seis años no había aparecido el mirlo blanco.

¡Y se lo estaba pidiendo a Dios desde antes de cumplir quince! Y pidiendo ¡en qué forma! Ni el éxito de los exámenes finales, ni el Gran Premio de Honor que daban en el último año a la alum-

na más sobresaliente habían distraído la dirección de una sola de mis jaculatorias.

Sin embargo, ya había terminado los exámenes con las más altas notas y ganado el premio. ¿Cómo iba Dios a negarme lo único que le pedía tan de corazón?

Ocho días antes del de mi cumpleaños que como lo sabes, es el de la Inmaculada, estuvieron en casa dos amigas de mamá, señoritas cuarentonas como lo sabíamos todas sus relaciones y ellas no lo ocultaban ni tenían para qué. Ambas estaban en el apogeo de una belleza rozagante y esplendorosa en que no se notaba el más ligero síntoma de decadencia. Altísimas, gruesas sin exageración, vencían con su porte de reinas el gran escollo de las mujeres grandotas: el saber llevar su corpulencia. Ellas la realzaban con la elegancia de su vestir, y con la gracia, la agilidad de sus cuerpos garridos que parecían haberse plantado en los treinta años. En cuanto a sus caritas de verdaderas muñecas, por lo chicas, lo lindas y lo estucadas se habían quedado más de un lustro atrás. Casi desentonaban con aquellos cuerpos de cariátides sus cabecitas de marquesas del trianón. Un muchacho pariente nuestro, estudiante de Bellas Artes, obligado cierta vez, en un juego de prendas, honesto y espiritual entretenimiento que aún no se había hecho cursi, a decirle a cada una de ellas un favor y un disfavor salió del paso con ésto: son

dos estatuas griegas descabezadas, a las que un escultor moderno que no sabía historia les hizo cabezas copiándolas de los ángeles de Rafael que son mucho más pícaros que los de Murillo.

Ambas solteronas, parientes entre ellas, ricas y solas, consumían sus actividades entre la sociedad y una devoción que comprendí después era la justita para no hacer papel desairado en la alta sociedad.

Venían a pedirle a mi madre en nombre del cura de la parroquia la aceptación del madrinazgo de una de las salas del nuevo asilo de huérfanos que iba a inaugurarse precisamente el día de mi cumpleaños.

Yo empezaba a permanecer presente todo el tiempo de las visitas y no olvidaré nunca la expresión de extrañeza que me produjo oírles mezclar en animadísima conversación lo sagrado con lo profano, sin escatimarles a uno y otr oel chiste mordaz o el comentario murmurador.

En mi casa y en el colegio había vivido yo siempre en un medio sinceramente piadoso y tenía la seguridad de que todas las damas que asistían al templo eran como mi madre o la tuya y aún como las monjas, que, en mi opinión, se diferenciaban de las demás mujeres cristianas solo en el traje y un género de vida más austero; pero no en la interpretación y aplicación del catecismo.

Al recitar el programa de los festejos dijo una

de las muchachas de entretiempo: el discurso alu sivo estará a cargo del padre X y el sermón d circunstancias ¡ya se sabe! de Telmo Erézcano. M madre y la otra visita soltaron la risa.

—Todavía la he de ver a Vd. Inocencia, casad con Telmo Erézcano.

—Dios me libre, señora, de hacerle perder su va ra de azucena a ningún san Juan Bautista tan pró ximo a su jubileo.

Pero le advierto, señora, que no parece muy só lida la vocación que por la doncellez le presumíamos Parece que con el transcurso del tiempo ha com prendido que para estar bien con Dios no es indis pensable ponerse mal con las damas y ayer, mien tras el cura nos daba los últimos encargos a la señoras de la comisión, mi simpática prima aqu presente, fué objeto de parte de Erézcano de in sistentes miradas y frasesitas rebuscadamente ama bles que me sorprendieron mucho porque las acom pañaba de incesante retorcimiento de bigotes.

¿Se imagina Vd. señora, a Telmo Erézcano re torciéndose el bigote?

Yo casi encontraba sacrílego el ademán.—

Mi madre y la aludida reían a más y mejor

—La felicito, María Antonieta, dijo mamá, a pesar del buen humor con que Inocencia satiriza el fervor de Erézcano un hombre tan buen cristiano es una lotería. No entran dos Erézcanos en li bra.

—¡Señora, por favor! Por mi parte queno entrara ninguno. ¡Líbreme Dios de marido santo! ¡Qué mal papel haría yo, pobre pecadora, a su lado. A mí denme marido que me proponga ir al teatro, y no al sermón, qué me lea un autor festivo, no el año cristiano. Que en las grandes fiestas me diga: ¿qué quieres que te regale? y no: "¿te has confesado hoy?"

¿Los santos? En los altares, adornados y quietecitos. Yo no aspiro a dar envidia a ninguna habitante del paraíso; me conformo con no dar que reir a mis coetáneas en este bajo suelo.

—Pero Vd. exagera, María Antonieta, protestó entre seria y risueña mamá. ¿Quién puede reirse de Erézcano por su devoción?

—Inocencia.

—No le haga caso a esta hipocritona, señora, interrumpió Inocencia. No le ha dicho a Vd. todo lo que ella quiere y no quiere de su marido. Imagínese que ayer, al darle yo las bromas que la anómala situación imponía me dijo: para broma va bien, che, pero en serio... Un marido que cuando se enoja suelta una interjección mal sonante, así sea de la familia de las hortalizas, es preferible a este que en el mayor de los apuros no atinará sino a decir: "¡Jesús, María y José!"

—Eso se remedia fácilmente — agregó mi madre siguiendo el humor de las originales devotas: an-

tes de casarse le hace Vd. una lista de las interjecciones que prefiere a las jaculatorias.

Se cambió de tema pero yo ya no oí nada. Telmo Erézcano me había absorbido sentidos y potencias y — sin saber de él otra cosa que la que te he contado — lo quería ya como la esposa más amante podrá querer al mejor de los maridos después de largos años de felicísimo matrimonio.

Si en ese instante hubiere recibido de él proposición de matrimonio con la condición de que debería acompañarlo al centro del Africa le hubiese contestado afirmativamente; y si mi madre se hubiese opuesto, con el correspondiente texto de la Biblia le habría sostenido muy serena su deber de no oponerse ni a mi boda ni a mi partida.

Cuando se fueron las visitas pregunté a mi madre quién era Erézcano y supe que se trataba de uno de los elementos de más valor con que contaba el catolicismo militante en nuestra ciudad; hombre de inteligencia sólida y bien nutrida y de actividad múltiple en todas las esferas en que pudiese servir a la propaganda de su credo.

Esa noche mis oraciones fueron todas de acción de gracias y estuve en ellas bastante distraída. Telmo Erézcano se interponía entre Dios y yo. Casi no dormí, pero soñé.

A la mañana siguiente llamé la atención por mi palidez, ojeras y aspecto de sonámbula. No tenía apetito, no oía lo que se me decía, ejecutaba mis

trabajos mecánicamente y, a ratos, me quedaba inmóvil con la mirada perdida en el espacio.

Mi madre, asustada, habló de llamar médico; me resistí con energía inusitada y readquirí mi actividad corporal. Mi espíritu siguió por donde andaba tan contento desde la víspera.

Fuímos al acto. La bendición episcopal me pareció larguísima; el sermón, eterno; los himnos nacional y de circunstancias, insoportables.

Después... subió a la tribuna un opuesto caballero bien vestido, pero sin afectación; y por el repiqueteo de la sangre en mis arterias presentí que era *él*.

El discurso me produjo tan buena impresión como me había hecho el retrato anticipado del orador. Hace rato que lo he olvidado.

Probablemente fué un discurso como lo son casi todos los de ocasiones análogas: ropa hecha a la que basta hacerle unos puntos o descoserle otros para que pueda servir en las circunstancias más opuestas.

Muchas personas se acercaron a felicitar al orador. Mi madre también y yo con ella.

Se nos incorporaron Inocencia y María Antonieta, radiantes de majestad y de alegría, infantilizadas los rastros de ojos picarones y bocas traviesas con el esmalte protector de que usaban ambas sin

disimulo alguno, pues no adolecían la hipocresía del aderezo, por lo contrario: así como no ocultaban su edad, no disimulaban sus afeites. Quizá no era ese descaro sinó una coquetería quintaesenciada, pues casi viejas y compuestas con una minuciosidad de *reclame* de establecimiento del género, nos echaban tierra a todas las jovencitas comprendidas entre los catorce y los diez y nueve años, sin más gracia que la de la naturaleza en los capullos, gracia de que los pintores y los poetas sacan mucho partido para sus telas y sus versos; pero que en la vida real quedaban eclipsadas con nuestra timidez que ante la desenvoltura de las hermosísimas y espirituales jamonas habría de parecer *gaucherie* a todo el mundo, pues el caso era que donde estaban María Antonieta e Inocencia, no había ojos, ni oídos, ni bocas más que para ellas.

Las llamaban "las sirenas" sus admiradores, y "Ninón N.° 1 y N.° 2" sus detractores, que eran muy pocos, aún entre las coquetas. Hoy que conozco el mundo por las olas de sus tormentas que se rompen contra la muralla de mi refugio, me explico aquella comunidad de admiración y de carencia de envidias.

A ninguna de ambas primas se le había conocido nunca ninguna inclinación amorosa. De ahí que ningún pretendiente se considerase desairado por ninguno de los muchos desaires con que ambas se espantaban los mosconeos de los cortejos in-

oportunos. "Ley pareja no es rigurosa", se dirían ellos.

En cuanto a las damas, esa misma falta de interés de parte de las favorecidas para conservar las conquistas que involuntariamente hacían, no les permitía mirarlas como rivales, y cual más, cual menos, tenía motivos para considerarlas aliadas.

Cuanto don Juan quería darse en rueda de amigos el cobarde tono de contar las pasiones que había despertado en pechos femeninos, sabía de antemano que se le iba a anular sus triunfos anotándole en su debe esas dos inevitables derrotas. Y no valía argüir la no existencia de la intentona de las conquistas, pues la falta de tal intentona iba a atribuirse igualmente a anticipada seguridad de las derrotas. Y por no contar éstas, callaban los triunfos.

Además, la especialidad de una y otra prima para aplicar cantáridas en el amor propio de los hombres, era famosa.

Los *causeurs* más ingeniosos, los cronistas más celebrados, los satíricos más temibles, los guarangos más audaces, todos las temían igualmente; y por los guarangos tenían ellas predilección notable.

Hombre del que llegara cualquiera de ambas a conocer una descortesía de dicho o hecho, de mayor o menor cuantía, que huyera de ellas. Una después de otra habrían de darle en público, con el

aire más inocentón del mundo y la más graciosa expresión en el semblante, una de esas lecciones que no entran con sangre, sino con bilis y que el hombre por rabioso que fuera se aguantaba sin chistar, porque, bien lo sabía, era el único medio de evitar la serie del ridículo a que una y otro lo someterían en cuanto notasen una insignificante seña de rebelión.

Y con esa invencible atracción que mientras viví en la sociedad comprobé en el hombre por la mujer que lo desprecia, la conversación de ambas era la más buscada. A veces, viéndolos recibir en rueda, uno después de otros, los saetazos envenenados de sus bromas no siempre ligeras, recordaba lo que la leyenda guaraní dice del caburé: que los pobres pajaritos van a rodearlo en cuanto lo ven, resignado cada uno al honor de ser el preferido para el almuerzo del rapaz.

Toda mujer que había sido víctima de una grosería o de un desaire de parte de cualquier hombre, se sabía de antemano vengada por ellas.

Temidas de los hombres y sin tener que temer a las mujeres, Inocencia y María Antonieta gozaban de situación especialmente privilegiada para hacer a todo el mundo víctimas de sus bromas, no siempre espirituales, sin temor a represalias.

—Amigo Erézcano—exclamó Inocencia en cuanto lo tuvo a tiro al orador—*qué bien cumple Vd. aquello de San Pablo!: "predicad oportuna e in-

oporrtunamente". Verdad que hasta ahora no lo hemos oído más que de la segunda manera; pero, Dios mediante, todo se andará.

—¡Claro es!, apoyó María Antonieta. Hay que tener en cuenta que apenas lleva veinte y pico de años en el oficio.

—Ya veinte y pico!, dijo Erézcano complacidísimo como si oyese el mejor de los cumplidos. ¿Quién lo diría al verlas a Vds. tan gentiles y hermosas como cuando prediqué por primera vez?

Yo miré a las lindísimas jamonas con aire de triunfo; pero el saetazo dirigido al inminente crepúsculo de su juventud salía con la dirección desviada. Ni ellas ni los que lo oyeron le dieron importancia a la hábil réplica de Erézcano.

La juventud, para la vida de sociedad, no vale por sí misma sino por sus encantos físicos. La edad de una muñeca de salón no está en su partida de bautismo sino en su aspecto. Hoja de su vida en que el viejo de la guadaña no ponga el visto bueno es como si no se la doblara, y a ambas señoritas, el Tiempo no les había visado ni una página desde que no podía precisarse cuál de las comprendidas entre los cinco y los seis cincos.

Cuando decían su edad envejecían aún a los jóvenes nacidos doce años después de ellas; de ahí que los demás tratasen de guardarles el secreto de su cronología mientras ellas ponían especial empeño en hacer conocer la exacta fecha de su naci-

miento, nada más que para satisfacer su irremediable afición a fastidiar al prájimo.

La flecha de Erézcano no dió, pues, en el blanco.

—Padrecito — le contestó Inocencia — se nos mete Vd. por un terreno en el que jamás se internaron sus compañeros del yermo. Es decir, que mientras hablaba Vd. a las almas ¿sus miradas se consagraban a los cuerpos?

—Se consagraban.—Ha hallado Vd. el término exacto, amiga mía. Porque en realidad, la belleza cuando es tanta y tan invulnerable como la de Vds. tiene algo de sagrado.

—Por favor, Erézcano, chilló María Antonieta, nos está resultando Vd. el reverso de las tentaciones de San Antonio. Nos vamos porque está Vd. provocando la ira celeste y tememos el castigo.

—Para mí no puede haberlo mayor que su alejamiento—contestó el caballero mientras las bellísimas estatuas se retiraban sin agradecerle la galantería ni con una inclinación de cabeza.

Hecha por mi madre la presentación del caso aventuré mi felicitación entusiasta.

Lo que dije no lo recuerdo. Debió ser muy bueno porque mi madre me miró agradablemente sorprendida y a Erézcano se le veló la voz al contestarme:

—Señorita, me hace Vd. experimentar una alegría que no esperaba, que no tenía derecho a esperar. Sus palabras serán el recuerdo más grato de los que me ha proporcionado mi oratoria. Si mi

discurso ha podido hacer nacer reflexiones tan sentidas en un alma de niña, doy por bien empleados todos los disgustos compañeros inseparables de esta clase de trabajos.

Y dirigiéndose a mi madre añadió:—Disculpe, señora mía, el que las haga víctimas de otro discurso, pero esta niña ha dado en mi espíritu un aldabonazo tan fuerte que no me ha quedado en el alma rincón en que él no repercuta.

Mi madre, que tenía por Erézcano afecto sincero, agregó de su cosecha otros elogios y, con gran regocijo de mi parte, formamos los tres un corrillo corriendo el gasto de la conversación por cuenta de ellos dos, pues yo, en mi embelesamiento, no hacía más que agradecerle a la Providencia el evidente flechazo asestado a mi héroe.

En el ambigú, nuestro compañero hubo de dejarnos para atender a otras damas de su relación, entre ellas las insoportables bromistas de un momento antes con las cuales lo vi sostener animadísimo diálogo. Sin duda, Erézcano oía también con los ojos, pues no los apartaba de la más hermosa y traviesa de sus interlocutoras, de María Antonieta, a la vez que retorcía las guías de su bigote tan despiadadamente, que temí le pasara con ellos lo que al dedo grande del pie de la estatua de San Pedro: que periódicamente se lo gastan los devotos con tanto besarlo.

Tuve la satisfacción de que al despedirnos, ma-

má le ofreciera la casa y él agradeciese el ofrecimiento, prometiendo visita.

Pasó la octava de la Purísima sin que la prometida visita se realizara. No dudé que el cielo me castigaba por algún pecadillo no expiado y dí en hacer varias veces al día examen de conciencia: me hice de pastas de almendras para todo el mundo, me vestí con sencillez franciscana, oí misa diariamente, no descuidé el rosario un solo día ni el vía crucis los martes y viernes. Llegó la víspera de Navidad y... nada. Empecé la novena del niño Jesús y me hice la lista de las devociones más milagrosas a que me entregaría en cuanto vislumbrase un indicio de posible realización de mi sueño que se convertía en pesadilla día a día más espantosa.

Erézcano se había adueñado de mí de tal manera, que hoy creo haber estado presa de un ataque de locura pacífica y melancólica durante ese tiempo. Por fin, al finalizar el año me llegó el aguinaldo de su recuerdo.

Era un volumen con varios de sus discursos, lujosamente encuadernado y con una dedicatoria que ahora sé no decía nada, pero que entonces me pareció decía todo lo que yo anhelaba dijera: "A la inteligente y bondadosa niña Concepción Rosales, expresión de simpatía y aprecio de su admirador Telmo Erézcano.

Junto con el álbum enviaba una tarjetita para mi

madre pidiéndole permiso para presentarle el día de año nuevo sus augurios de felicidad.

¡Querida mía! Ni después de religiosa he rezado más que en esa ocasión. En una misma semana empecé: martes de San Antonio, viernes de San Francisco Javier, sábados del Rosario y domingos de San José.

El primero de año nos visitaron varias relaciones; entre ellas Inocencia y María Antonieta y más tarde Erézcano, correcto y amable como siempre. Le traía de regalo a mamá una curiosísima orquídea y me entretuvo contando las particularidades de estas plantas que había estudiado en viajes de exploración por los bosques chaqueños; me refirió costumbres de los indios, me narró mil peripecias de la expedición y, cuando me acordé, hacía una hora que me tenía entretenidísima, sin que en todo el tiempo me vinieran a las mientes aquellos propósitos de leer juntos el año cristiano y juntos rezar el rosario.

María Antonieta que acababa de hacerle perder una partida de ajedrez a tu tío abuelo, el general, que en cuanto la veía rejuvenecía diez años y daba diez mil traspiés, se acercó a nosotros en lo más sublime de mi éxtasis y preguntó ex abrupto a su eterno perseguido: ¿Cumple Vd. al pie de la letra aquello de: *predicad a todas las criaturas?* Y se inició entre ellos un tiroteo de bromas y réplicas al que permanecí del todo ajena.

No se por qué me vino a la memoria la sentencia:—"ni el ojo vió ni el oído oyó lo que Dios tiene reservado para los que le sirven". Y me preguntaba qué más podía tener la bienaventuranza de la felicidad que había yo gozado hasta la intromisión de María Antonieta.

En ese verano vi a Erézcano tres veces más: una en el bautizo de un nene pariente de él y nuestro, y del cual fué él el padrino, otra en que, por casualidad, lo encontramos en un viaje por tren, y la tercera—cerca del carnaval—en que estuvo a despedirse con motivo de ausentarse a conocer la Patagonia.

En todas ellas lo encontré simpático y amable en alto grado, y a pesar de que en ninguna se encontró con María Antonieta, sus conversaciones—con gran sorpresa mía—no salían del terreno de las generalidades.

Para mí era tan evidente que nuestro conocimiento lo había dispuesto la Providencia al exclusivo objeto de aumentar el número de los hogares cristianos que no me explicaba la demora de Erézcano en responder a la voz de Dios.

¿Esperará que como a Elí lo llame tres veces?, me decía.

La última vez, víspera de su partida, hubiese sido objeto de crueles burlas de María Antonieta porque dió en predicarme. La predicación me resultaba un poco insólita, pues no era del todo ortodoxa.

Me hizo la confidencia del disgusto que le causaba ver pospuesto a un sacerdote primo suyo, en un reciente nombramiento de canónigos, postergación que atribuía él a que su pariente echaba a perder positivos méritos de inteligencia y carácter con una excesiva y perjudicial humildad.

Aunque yo oía a Erézcano como si por su boca hablase el Espíritu Santo, no pude dejar de contrariarlo ante afirmación tan reñida con el catecismo.

El sacerdocio para llenar su misión no necesita de prerrogativas, y no siendo estas necesarias a la gloria de Dios ni a la salvación de las almas, no había porqué disgustarse al no conseguirlas un sacerdote de nuestra estimación.

En cuanto a la humildad, no podía nunca tenérsela en exceso. Nuestro Señor se nos había puesto El mismo por modelo de ella, y por muy santo que el pariente de Erézcano fuera, para serlo tanto como Jesús, tendría que andar aún mucho camino.

Al ver el rostro de Erézcano contraerse con mal disimulado disgusto. no dudé de que había soltado, sin darme cuenta, un disparate de tomo y lomo, y me callé en seco.

Mi repentina sumisión debió ser cosa loable porque desapareció el ceño de descontento y al despedirse me prometió mandarme vistas de los parajes que visitase.

Agradecí la promesa y la retribuí con la de razar mucho por su feliz travesía, a lo que él me contestó con una sonrisa no sé si de burla o de agradecimiento; pero no me dió las gracias.

Ya había yo terminado la tercera tanda de los domingos de San José y los viernes de San Francisco Javier e iba a empezar la tercera de los martes de San Antonio y los sábados del Rosario, cuando me llegó una tarjeta fechada en el golfo de San Jorge y que decía: "Mi agradecimiento al simpático y santo diablito que prometió acordarse de mí en sus oraciones. Sin duda, a ellas les debo el haber salido ileso del espantoso zangoloteo con que recibe San Jorge a los que le visitan su golfo".

¿A qué santo le debía el recuerdo? Para no quedar mal con ninguno me propuse renovar una vez más todas y cada una de aquellas devociones.

Veinte días después me llegó una acuarelita, casi una miniatura: una furiosa tempestad, y en un ángulo de la cartulina había escrito Erézcano: "Cuando San Jorge se enoja..."

Pedí permiso a mi madre para ponerle marco a la pintura y colocarla en sitio de honor en nuestra sala.

La primera vez que después de esto vino María Antonieta, encarándose con el cuadrito dijo: no lo acostumbre tal mal a Erézcano, señora. Se le va a poner muy orgulloso. A mí me ha mandado cartulinas pintadas al óleo, a la acuarela y al claro os-

curo a razón de dos por semana de viaje; y aunque algunas me gustan muchísimo, las he guardado con los retratos de las sirvientas que se nos han ido casadas.

En ese instante supe que comparados con los de los celos eran delicias los tormentos del amor. La diferencia de los recuerdos dedicados a la chiquilina y a la solterona probaban bien la diferencia del interés que una y otra le inspiraban. Pero me repuse: con María Antonieta era evidente que Erézcano gastaba la pólvora en salvas; y en mi favor abonaba la sentencia evangélica: "pedid y se os dará, llamad y se os abrirá". Y yo pedía y llamaba tanto al compasivo corazón del Padre Celestial para que me abriese el de Erézcano...

El caso fué que entre mi pasión y mis temores y la absoluta reserva que sobre una y otros guardaba, disminuía de peso y palidecía notablemente a la par que se apoderaba de mí una tristeza imposible de disimular.

Mi madre se alarmó. Los médicos que me reconocieron le aseguraron que mi organismo era fuertísimo; pero que alguna afección moral amenazaba mi hígado.

La familia, acertando en parte, atribuyó el percance a una temprana decepción amorosa y dió en mirar con malos ojos a todos los conocidos y parientes varones comprendidos entre mi edad y la de veinticinco años.

Pronto hubieron de cambiar de pista.

Mi madre, que veía mis excesos devocioneros, me dijo un día que si me sentía yo con vocación religiosa no debía hesitar en seguirla, que prefería verme contenta en un convento a triste en casa.

Le aseguré que no, y su preocupación aumentó entonces.

Llegaba el invierno y supimos por María Antonieta que Erézcano estaba de vuelta.

Mi madre, que no acertaba en la manera de distraerme, me preguntó si me gustaría que diese recibos, los que no se daban en casa desde la muerte de papá. La misma boda de tu madre, celebrada el año anterior al de mi salida de la escuela, había sido presenciada sólo por los más allegados.

Vi el cielo abierto y acepté la idea con una alegría explosiva que parecía una curación radical de mi incipiente hipocondría.

Erézcano fué de los invitados. ¡No faltaba más! Lo mismo que Inocencia y María Antonieta. Estas dos—que tenían la dignidad de los años que no ocultaban ni tenían para qué hacerlo, pues su hermosura valía por sí misma como la de las estatuas griegas, no bailaban, pues—decían ambas—los muchachos dejaban de bailar en cuanto se enrolaban y si les aceptamos una vuelta de vals—agregaban—las madres son capaces de formarnos proceso por corruptoras de menores.

Pero llevaban la animación a las tertulias de múl-

tiples y eficaces maneras; jugaban al ajedrez con el viejo táctico, al dominó con las viejas, al pocker y al bridge con la gente de entretiempo, y hasta a la escoba con algunos militarotes admitidos en sociedad por el brillo de sus uniformes y de sus puestos oficiales.

Nos entretenían a las chicas con ingeniosas adivinanzas, ponían al descubierto las simpatías mejor disimuladas, caricatureaban a los altos personajes de la política y a los artistas en auge, bromeaban con todo el mundo, contaban entre las señoras y señoritas mayores anécdotas de las cuales las jovencitas no oíamos sino las carcajadas con que se las celebraba, habilidad esta última que habrían de ejercitar en los poquísimos momentos que Erézcano no estaba a la vera de ellas, especialmente a la de María Antonieta, que era la más hermosa, la más paquetona, la más frívola, la menos devota y... la más suelta de lengua.

Yo no dudaba de que él se proponía convertirla y de que su asiduidad era hija del celo por la salvación de una prójima de tan sutil ingenio.

Yo—que no sabía bailar ni tenía interés en aprenderlo, puesto que *él* no bailaba—me dedicaba a ayudar a mamá a hacer los honores de la casa a las antigüedades.

La gente joven corría por cuenta de tus papás. Mi cuñado, joven diplomático tenía en tu madre la compañera más adecuada para aplicar a las relaciones

sociales todas las virtudes inherentes a las cancillerías para conservar las políticas.

Con sólo cuatro años más que yo, con un *chic* y una eelgancia que yo no hubiera sabido adquirir nunca aunque me hubiese quedado en el mundo, de conversación tan espiritual como exquisito era su trato, eximia pianista y notable cantante, tu mamá era el dios chico de la *jenunesse doreé.*

Debo recordarte que entonces no regía del todo la estirada etiqueta actual.

La sencillez porteña se defendía aún de los empaques impuestos por las rígidas prácticas de sociedades que nos son del todo extrañas. A tí, ese salón en que por contentar a todos los invitados se tenía hasta un juego de naipes comunes en la misma caja que las barajitas del bridge y las piezas del ajedrez, en que la esposa de un ministro extranjero cantaba sin que la rogasen, y en que todos se movían tan a *son aise* como en una reunión de íntimos, te hará la impresión de algo inarmónico con tus dos apellidos y la aristocrática carrera de tu padre; pero te aseguro que, precisamente, en aquella atmósfera de familiaridad era más difícil mostrarse a la altura de su posición social. Cuando nadie está quieto ni mudo es cuando mejor puede apreciarse la educación de cada uno.

Ningún maniquí ha contravenido nunca los cánones sociales. Me dicen que ahora es distinguido ser maniquí, y es cursi ser como éramos entonces

y, si ello es cierto, querida mía, me parece que las reuniones de nuestros locutorios han de ser más entretenidas y menos mortificantes ya que no nos exigen previas molestias de tocador.

Telmo Erézcano continuaba haciéndome objeto de grandes agasajos entre los que era para mí el más grato pedirme y escuchar con atención casi religiosa mi parecer sobre sus discursos y artículos que a mí, de buena fe me parecían admirables; así se lo manifestaba con toda sinceridad fundando mi admiración en motivos que yo encontraba de los más razonables, sin caer en cuenta que no estaba yo en esos momentos en condiciones de ser razonable.

Mi madre, viéndome tan animada, desechó sus temores de una decepción amorosa. Dejó de mirar con malos ojos a todos los muchachos de veinticinco para abajo y se convenció de que mi pasada melancolía se debía a la crisis de la niñez que no se despide tampoco ella sin las tristezas de toda despedida.

Pero una noche me dejó yerta el tío militar. Erézcano le había interrumpido una partida de ajedrez con María Antonieta y estaba el veterano que echaba chispas.

—Eh, beatita—me dijo en cuanto me encontró a tiro de hablarme sin testigos. No leas las imbecilidades de Erézcano y si tienes el mal gusto de leerlas no se las alabes; que apechugue él solo con

el problema que se ha planteado sin utilizar tu inexperiencia de carnada.

—Por Dios, tío, ¿qué quiere decir Vd.?

—Lo que yo digo, santa pavita. Que Erézcano es un imbécil cuando escribe para el público y un pillo cuando habla en privado y que de tu inconsciente admiración infantil está haciendo el paragolpes de las sátiras de María Antonieta, con bastante fortuna, por cierto.

—Tío, no lo entiendo, ni habrá quien lo entienda a Vd., pues sobre Erézcano no hay dos opiniones: es un caballero de tanto talento como corazón.

—Es verdad, porque ni corazón ni talento tiene.

—No opina así mamá.

—Ni ninguna mujer, porque si una cosa sabe Erézcano, es engatusarlas. No hay mujer que no lo admire ni hombre que lo quiera.

—Rivalidades del egoísmo masculino.

—Pamplinas de la tontería femenina. ¿Qué hace Erézcano sino rendir tributo a todos los prejuicios, pavadas, estupideces y hasta maldades de las mujeres de cierta condición social?

Si hace la crónica de una novena escribirá que cantan los gozos las niñas más distinguidas de la parroquia; si la de un funeral, que se congregaron a rezar las personas de más figuración; si comenta una disposición gubernativa, que es buena o mala porque ha sido bien o mal recibida por las perso-

nas de abolengo, como si la distinción y la figuración y el abolengo fueran cosas de piedad.

Pero las mujeres prefieren ser distinguidas a ser buenas cristianas y a trueque de que Erézcano las consagre tal se malquistarán con el Padre Eterno, si es necesario.

Y Erézcano, a su vez, que necesita de la opinión de las mujeres para conservarse en el puesto que él dice de "guardián de los principios en que se asientan la familia y la sociedad" y para que sus libros se vendan y sus discursos se aplaudan, lo que conserva es, presisamente, lo que si fuera cristiano de veras trataría de destruír: la piedad a la moda, la caridad de engaña pichanga, las divisiones y los odios de clase fomentados más que por los desahogos de los oprimidos, por esas farsas religioso-sociales de los opresores que no ven en el pobre al que nació en un pesebre, creció en un taller, vivió a la intemperie y murió en una cruz, sino al deudor rumboso que ha prometido el ciento por uno y al que le exigen con premura de acreedor impertinente el pago del rédito, y, eso, tasándole en ciento el medio mendrugo que al pobre le arrojan.

Y los Erézcanos habidos y por haber lo saben como yo; pero lo callan, porque si lo dijeran se quedarían sin clientela y a ellos les da para vivir no el desgraciado que recibe una limosna mísera y cacareada, sino los hipócritas que la mezquinan y la cacarean.

—Pero tío, ¿no oyó Vd. las cosas lindas que sobre la caridad dijo Erézcano el día de la inauguración del asilo de la parroquia?

—Sí, oí. Dijo lo de siempre: cuatro mentiras envueltas en frases más manoseadas que piezas de calesita y supliendo con mímica de pantomima la falta de sustancia en el discurso.

—Tío, por Dios! ¿Mentiras? ¡Si se había inspirado en San Pablo!

—Pues por eso mismo. Porque tan al caso venía San Pablo como el moro Muza.

A mí en la vida de cuartel se me ha olvidado mucho del catecismo que me enseñó mi madre; pero lo que San Pablo decía de la limosna no se me ha olvidado: "el que reparte limosna, déla con sencillez". Y me dirás dónde estaba la sencillez de una fiesta en que los niños pobres enmascarados con unos hábitos que parecían de los antiguos agonizantes de España paseaban su vista sorprendida, envidiosa y hambrienta, de los lujosos trajes de los niños pudientes a las bien servidas mesas del buffet; donde si para ellos hubo alguna golosina fué gracias a las galletitas y caramelos ordinarios que envió para *réclame* un fabricante recién establecido, en la que las erectoras del asilo, importándoseles un bledo de las amonestaciones evangélicas, se acordaban a sí mismas el galardón apropiándose los piropos en que abundó el orador oficial, y en la que no hubo más manifestaciones de amor que las que

recíprocamente se hicieron las parejas de enamorados y las que Erézcano le hizo a María Antonieta, aunque sin encontrar reciprocidad por el momento.

Yo sentía una angustia que no hubiera podido explicar, aunque me daba perfecta cuenta de que la causa mayor de mi pena no era precisamente el desconcepto de mi tío para él.

—Y aunque así fuera—aventuré ¿cómo le serviría yo de carnada?

—Empezando con que aquí no viene él sino por encontrarse con María Antonieta, siguiendo con que tú, aunque chiquilina, tienes merecida fama de avispada y muy inteligente, lo que le da autoridad a sus palabras por la visible atención con que las escuchas, y concluyendo con que siendo las mujeres el espíritu de contradicción, María Antonieta que jamás había reparado en Erézcano más que para reirse de él, desde que ha visto su doble juego ha empezado a tratarlo mejor que antes.—

Claro es que los méritos que mi tío me atribuía no estaban en otra parte que en su imaginación. Si te repito sus elogios es por no quitarle a mi relato el color de la hora.

Quedé entristecida y avergonzada, y el tiempo transcurrido entre ese recibo y el que le siguió vió repetidas mis melancolías de meses antes.

A pesar de que no era yo curiosa ni mal educada, en el recibo siguiente incurrí en doble pecado de curiosidad y falta de urbanidad.

Conversaban Inocencia y María Antonieta en un vis a vis colocado delante de un gran espejo con marco vivo de helechos y clemátides, el objeto del cual era impedir desde el vestíbulo la vista de un zaguán que llevaba al segundo patio.

Las oí nombrar a Erézcano, y sin darme cuenta, cometí la imperdonable falta de detenerme a escuchar en el pasadizo.

—Te aseguro que me has tenido despistada, decía Inocencia. Te suponía de inclinaciones más marciales que sacristanescas.

—No te negaré, contestaba su prima, que el veterano es mucho más interesante; pero, querida, si yo me caso es para mandar y no para ser mandada. A nuestra edad no se adquiere hábitos nuevos, y nosotras no tenemos el de obedecer. El militar tiene triple motivo para ser mandón: el oficio, su geniazo y el mal humor de la vejez.

—¡Cuidado, María Antonieta! Nos lleva menos de quince años y, seguramente, que dentro de tres lustros no te creerás malhumorada por vieja.

—Es que no lo seré. Eso de que en igualdad de edades la mujer es mayor que el hombre, es cierto hasta los veinticinco años. A partir de esta edad nosotras nos quedamos estacionadas de alma y cuerpo, mientras ellos — si no los hace la fortuna de sus niños mimados — empiezan a perder el buen humor, el gusto por la sociedad, la serenidad de espíritu. No tienes más que mirar en torno nues-

tro: toda la juventud femenina ha venido acompañada de sus madres, o sus tías, o sus hermanas mayores.

Los padres, tíos o hermanos de nuestra edad, y aún menores, si no han venido traídos por algún motivo como el que lo trae a mi monago, se han quedado en sus casas donde a estas horas estarán fastidiosos, mal humorados, esperando el regreso de las esposas, hermanas e hijas para echar pestes contra la insustancialidad de las mujeres; y mañana — si ellas cometen la tontería de hacer caso del sermón y se quedan en sus casas — saldrán ellos a gastar por ahí, sabe Dios dónde y con quiénes, algún restito de buen humor que desenterrarán al trasponer el umbral de su casa a la que regresarán seriotes, huraños, sin más palabras que las necesarias para reprocharles a la mujer, hermana o hija que la cama no está bien hecha, o que el café está frío, o demasiado caliente, o que no los deja trabajar el bullicio de los juegos de los chicos, o el de las conversaciones de las señoras.

—Mira si el otro te resultase más autoritario y menos condescendiente que el de más edad...

—Ningún hombre es autoritario ni poco condescendiente con una mujer a la que no se le importa de él y este será nuestro caso.

No creo verme en el de tener que decírselo, pero lo supongo bastante perspicaz para comprender que, con mis vinculaciones, la separación no me se-

ría difícil de conseguirla. Dado mi carácter — que él bien conoce — no puede dudar de que la pediría en cuanto tuviese motivo, y, entonces, se aventuraría él en una partida a pura pérdida.

Con mi fortuna yo puedo volver a vivir como hasta ahora; él, una vez corrida la voz de que su mujer pedía separación, perdería toda la espectabilidad de que necesita para conservar la posición a que ha llegado.

Si solo el ser solterón empieza a perjudicarlo, con las inevitables sospechas de que no se libra ningún célibe recalcitrante, imagínate lo que sería cuando se pudiese decir de él que no pudo formar hogar con su mujer legítima.

Felizmente para nosotras, es práctica consagrada la de echar toda la culpa sobre el hombre en los matrimonios desavenidos.

La mujer, después de casada, puede ser una harpia o una perdida hasta obligarlo al marido más paciente a dejar de serlo. Le basta en este caso presentar una demanda de divorcio acusándolo de malos tratamientos y tiene en ello un nuevo bautismo.

Si nos dicen de un hombre que está divorciado de su mujer, todos coincidimos — antes de enteraranos del proceso — en suponerlo un canalla. Si se trata de una mujer,, nuestro primer impulso, es considerarla una víctima.

—De cualquier manera... Pensaba que tu vo-

cación por el celibato era más sólida. Tantas y tan buenas proporciones como has desechado...

—No te equivocas. Por mi gusto sería célibe eternamente. La vida de soltera ha sido para mí igual que para tí, una vida de la que no tenemos derecho a queja alguna.

Hemos tenido la suerte de no querer nunca a nadie. Esta suerte continúa acompañándonos; pero mientras no se aclimaten entre nosotros las costumbres yanquis, las mujeres no tendremos otro medio de emanciparnos socialmente que el matrimonio.

Ya ves, nosotras mismas que somos de lo más independiente que tiene el gremio de solteronas, de cuánta malevolencia somos objeto.

No te digo nada, los desahogos del despecho y la rabia comprimidos ahora, el día en que los años se nos apareciesen a la cara o la cabeza.

Válenos ahora la para nosotras mismas sorprendente elasticidad de nuestra juventud. Hace quince años que los espejos nos reflejan del mismo modo; pero ésto no durará siempre. El día que se nos aparezca una cana o una pata de gallo, seremos para todos señoritas viejas; si para la tarde de ese mismo día nos hemos casado y enviudado, pasaremos de golpe y porrazo a la categoría de viudas jóvenes.

La sociedad es muy injusta con la mujer soltera, hasta tiene dificultades para creerla decente de

veras. En cambio a la casada le tiene una condescendencia rayana en tercería. De la soltera piensa mal siempre, aunque la vea llevar vida de santa. La casada puede ser la perdularia más grande que todo el mundo la respeta, incluso el infeliz de su marido y los pillos de sus cómplices, (de los cómplices de la perdida).

¡Qué quieres! En medio de todas mis despreocupaciones me revienta el que cuando sea vieja y se me conozca que lo soy, pueda nadie creerse que me quedé solterona por no tener con quién casarme. Y como no he de andar con el recibo de las calabazas que he dado...

Con talento o sin talento, que ésto no me importa, mi sacristán es un hombre respetable y respetado, no mal parecido, con buenas vinculaciones de parentesco y amistad, trabajador, de buenas costumbres. Lo tengo hechizado y haré de él lo que se me da la gana por lo mismo que él no tiene ningún ascendiente sobre mí.

—Relativamente ha penado poco para el premio.

—Tres años, y hubiera penado por lo menos tres más a no cruzárseme en el camino la santita.

¡Pobre criatura! Con su almita de angel asomada siempre a su carita de querubín no sabe disimular nada.

Es necesario que la mamá y la hermana mayor sean tan inocentonas como la misma chica para no haberse percatado de lo que a esa bendita le pasa.

Debe ser desgracia grande enamorarse así! Y mira que para ella él no es partido! Podría ser su padre! Apostaría la cabeza que lo que se lo hace adorable es precisamente lo que a nosotras nos lo hace ridículo: su religiosidad.

Y mira que tiene que ser tonto hasta la médula delos huesos para pasar al lado de un tesoro como esa criatura y no darse cuenta de lo que vale!

Pero cuando un tonto cae de su burro cae para no volver a montarlo, así que me ha parecido prudente dejarme de pruebas porque ¡vaya a saber la virada que podía dar mi monago, si llega a percatarse de todo lo que vale semejante Eldorado! Sobre todo saliéndole espontáneamente al encuentro a un viajero que ya dobló el Cabo de Hornos.

Les evito una doble catástrofe: a ella, porque cuando la experiencia la hubiera advertido de su error ya no podría repararlo; a él le evito un crimen: es de la clase de hombres nacidos para ser o amos o esclavos. Conmigo será lo último. Con ella que tanto lo quiere y es tan timorata sería lo primero. Más, dado el ambiente en que ella vive, porque seguramente que la señora, a despecho de su notable talento y de su mucho mundo, ha de haber criado a las hijas en la creencia de que es pecado mortal romperle al marido en la cabeza cualquier tiesto de la familia de las palanganas, mientras a mí no me cabe duda de que ese acto debe tener concedido algún privilegio especial por el

estilo de la indulgencia de la porciúncula y de la bendición papal para la hora de muerte. —

La curiosidad, y el dolor me habían impedido hasta ese momento darme cuenta de la falta que cometía. El mismo dolor exarcebado me hizo volver en mí y me alejé, entonces, sin oir más de sus francas y sardónicas confidencias. Pensé, no obstante que María Antonieta era una triunfadora generosa, pues no dudaba de que había exageración en los elogios que de mí hacía.

Puedes creer que hubiera preferido oirla más despiadada conmigo y menos con Erézcano.

Con decirte que a fuerza de sentir dolor no sentía la vergüenza de que mi secreto hubiera trascendido de ese modo, podrás comprender la pena que me embargaba.

Sentía un ansia desesperada de llorar. Me acerqué a mamá para decirle que me iba a dormir porque estaba muy cansada.

Esa mañana había andado de cabalgata y a nadie podía sorprender mi fatiga. Me despedí de las seis o siete personas que estaban con ella, le dejé a mi hermana el encargo de despedirme de las demás y volé a mi pieza.

Los dormitorios estaban en la planta alta y el mío tenía ventana a la terraza: la abrí de par en par porque, a pesar del frío de la noche, mi cabeza era una brasa y me faltaba aire. Apoyada en el

mármol del balcón lloré como no había llorado nunca, como no creo volver a llorar.

Yo, habitualmente tan sumisa, tan resignada, tenía mi corazón completamente sublevado. ¿Por qué Dios no había inclinado hacia mí el afecto de Erézcano, siendo yo con mi amor humilde mucho más capaz de hacerlo feliz que María Antonieta con su soberbio egoísmo? ¿Por qué no podía realizar yo mi vocación del todo cristiana de formar un hogar digno de las páginas de Fabiola y realizaba María Antonieta sus própósitos de matrimonio a pesar de que ellos eran completamente ajenos a los consejos que sobre la elección de estado nos había dado el director de las Hijas de María en los ejercicios espirituales del último año de colegio?

Dentro de lo humano ella no me llevaba más ventaja que la del mejor conocimiento del mundo inherente a la desventaja de la enorme diferencia de años.

Fuera de lo humano, recordaba yo los consejos de las monjas de no entrar a juzgar almas agenas para no incurrir en el error de Simón que la llamaba pecadora a la Magdalena cuando ella ya era santa; pero no me parecía mal juicio pensar que si mi rival podía llegar un día a merecer el honor de los altares, por el momento, la gloria de Dios y la salvación de las almas eran cosa que la tenían sin cuidado alguno.

Sentí la tentación de pedirle a Dios cuenta de lo que hacía, de pensar que esa vez se había equivocado.

Erézcano, un cristiano que confesaba y comulgaba en público, enamorarse de una mujer casquivana, que se echaba encima la fortuna de un pobre en joyas, encajes, pieles y cintas, que hacía de su tocado personal un culto, que se bajaba los cuellos y se subía las mangas hasta dejarlos a un mismo nivel que no era, ciertamente, el que aconsejaba Erézcano cuando moralizaba sobre modas femeninas, autoritaria hasta el despotismo, burlona hasta la crueldad, de una devoción subordinada a las prácticas sociales... todo eso era preferido a mi humildad, a mi sencillez de vestido y aspiraciones, a mi sumisión, a mi solicitud... Todo esto era despreciado y quedaba pospuesto junto con mis muchas oraciones y mis no pocas penitencias.

¿Qué empeño había puesto María Antonieta para alcanzar lo que era mi única aspiración? Por otra parte, María Antonieta con su egoísmo, su soberbia, sus hábitos de lujo y de molicie no podía ser para Erézcano la compañera que él merecía y necesitaba: la que hubiera sido yo con mi abnegación, con mi deseo de hacerlo feliz aunque hubiese tenido que dar en pago de su felicidad, la mía. ¿Por qué Dios no había tendido su mano a Erézcano para evitarle terminar la vida al lado de compañía tan mal elegida?

Son reflexiones éstas que ahora me hacen reir a pesar del remordimiento de mi momentánea desconfianza de Dios y mi atrevimiento de censurarlo; pero en aquel momento me hacían sufrir lo indecible y mis quejas me parecían la cosa más puesta en razón. Mientras me las formulaba llegaban a mí la música, las risas de la concurrencia, fragmentos de conversaciones entre las cuales mi imaginación excitada por la congoja creía percibir el eco de quedo diálogo de amor entre Erézcano y María Antonieta; rendido, vacilante, humilde él; burlona, segura, dominadora ella. Hubo un momento en que distinguí claramente la cristalina risa de mi madre y la regocijada charla de la tuya... Mi aflicción era solo mía! Sola la debía sufrir. Nadie compartía mi dolor: nadie lo comprendía, ni siquiera lo sospechaba.

Más dolorida aún con la sensación de esa soledad espiritual, me sentí sin fuerzas para continuar de pie y me volví hacia mi cama para echarme a llorar allí .

Al dar vuelta me pasó algo como lo ocurrido a San Pedro cuando se alejaba de Roma huyendo del martirio.

En la pared de frente a la ventana había un cuadro muy valioso como obra de arte "La oración del huerto".

Tú no lo has conocido porque al profesar me lo regalaron; la superiora de entonces lo hizo colocar

en el oratorio privado de la comunidad, y allí está aún.

No tiene firma; pertenecía a nuestra familia desde siglos atrás, y pasaba de una generación a otra como obra presunta de Guido Reni Y si no lo es, te asegura que merece serlo. Cristo no recuerda en esa tela al más hermoso de los hijos de los hombres.

De humano no tiene más que los ojos, y es imposible suponer una mirada en que más al vivo se presenten juntos la dulzura y el espanto. El resto de la cabeza es una maraña de polvo, pelo y sudor.

Entre las guedejas de las sienes y en el cuello se levantan las arterias como si ya fuese a brotar de ellas la sangre. Las manos se crispan en ademán inequívoco de terror. No está de rodillas, sino en actitud de avanzar hacia los discípulos que en primer plano duermen un sueño pesado y tranquilo, de esos que no puede dormirse cuando el espíritu está turbado por alguna reminiscencia de la vigilia.

San Pedro que tanta protesta de fidelidad y adhesión acaba de hacer, duerme con envidiable placidez apoyada la cabeza en su capa de la que ha hecho almohada.

El discípulo amado tiene la suya sobre el brazo y a no ser por el bozo que le sombrea el labio parecería su cara la de un bebé que sueña con los ángeles.

Y Santiago, que ni ha prometido tanto como Pe-

dro ni ha recibido los regalos de Juan, duerme tan beatíficamente como ellos y con más excusa.

Lejos, en último plano, se divisa la multitud armada de espadas y palos, que viene a prender al mismo a quien cinco días antes gritaba: "Hosanna" y al paso de su cabalgadura alfombraba el camino y arrojaba vestidos y palmas aclamándolo "enviado de Dios".

La boca de Jesús está cerrada y contraída como si quisiera retener las quejas contra esa multitud en la que no pueden faltar algunos de los muchos hambrientos alimentados en el desierto, de los mudos, ciegos, sordos y paralíticos vueltos al uso de su voz, sentidos y movimiento, de los muertos que resucitara, esa multitud que viene a prenderlo como a un ladrón cuando todos los días ha estado en medio de ella imponiéndole respeto con solo palabras de justicia y su mansedumbre de cordero. La mirada—a la vez de amor, angustia y desolación—parece ir de uno al otro de sus discípulos dormidos cual si se dijese a sí mismo: "¡no han podido velar una hora conmigo!"

Siempre rezaba yo mis oraciones ante ese cuadro; pero nunca lo había comprendido. Con esa inimitable manera de pintar los ojos de los pintores antiguos, la mirada de Jesús se posa tanto como en los discípulos en la de cualquier punto de donde se mira el cuadro. Yo la sentí sobre mí y caí de rodillas sin desviar de ella mis ojos: los dos estábamos

solos, los dos teníamos el corazón desbordante de una pena que les era indiferente a los que amábamos, los dos—rodeados de los nuestros—sufríamos la soledad del corazón.

Fijos mis ojos en los de la imagen, lloré mucho, mucho; pero de otra manera: como se llora sobre un pecho amigo, como si Jesús y yo nos consoláramos mutuamente de nuestro respectivo abandono.

Cuando el bullicio de la fiesta disminuyó, me dí prisa a lavarme la cara y acostarme para que mamá al venir, según su costumbre, a besarme, no sospechara la borrasca de mi pecho.

Cuando la sentí llegar, me volví contra la almohada y me rodeé la cabeza con el brazo, simulando un sueño como el de los apóstoles del cuadro.

Me palpó la muñeca y no sintiéndole temperatura, me besó en la nuca para no despertarme y se alejó.

Efectivamente, yo no sentía ya fiebre: el llanto me había servido de sangría y la mirada de Jesús de sedante.

Cuando subí a mi cuarto creía ahuyentado el sueño de mis párpados para siempre; sin embargo, poco después de restablecerse por completo el silencio, me dormí.

Al día siguiente desperté a la hora de costumbre, triste, muy triste, con una tristeza muy honda; pero tristeza sin violencias, sin sacudidas, hasta sin estremecimientos. Casi sin esfuerzo podía repetir-

le a Cristo su súplica de Gethsemaní: "No se haga mi voluntad sino la tuya".

Había comprendido la angustia de Jesús y no me atrevía a lamentar la mía. No me costó el trabajo que la víspera suponía el echar hacia adentro las lágrimas, ahogar los sollozos y dejarme ver en mi habitual estado de ánimo: activo, tranquilo, risueño. Ni mamá, ni el resto de la familia podían sospechar que acababa de producirse en mi vida ese momento solemne en que el dedo de Dios le señala visible e inconfundiblemente a una criatura el camino a seguir.

A la tarde se anunció la visita de María Antonieta. El corazón quiso encabritárseme cuando sentí sobre mí su mirada socarrona; pero la de la imagen se había grabado en mi retina y pude reaccionar prontamente. Nadie adivinaría la procesión que me andaba por dentro. Y como que ella no podía conocer mi indscreción de la noche antes, tampoco le era dado adivinar la causa de mi intensa palidez y profundas ojeras.

Venía la taimada a dar parte de su reciente compromiso matrimonial. Correspondía hacérselo saber antes que a ninguna otra relación a la señora de Rosales, por haber tenido coronación en sus recibos un *flirt* que a no ser por la circunstancia de verse allí quincenalmente, quien sabe cuándo ni cómo habría terminado.

Mi madre, del todo ajena al drama de mi alma,

acogió la noticia con los más risueños comentarios, recordándole los horóscopos de pocos meses antes.

María Antonieta con su crueldad y espíritu de contradicción habituales, echó la conversación sobre su no oculta edad. Mi madre—que era la cortesía y la discreción personificadas—quería desviar la atención de tan ingrato tema; pero ¡cualquiera la desviaba a la farsante de un asunto que a ella se le ocurría tratar!

Resultaba que entre Erézcano y ella completaban *les quatre vingt - dix,* pues tenía ella cumplidos hacía seis meses los cuarenta y tres y le faltaban a él otros seis para cumplir los cuarenta y siete. Pero como él se conservaba tan lozano—y aquí la sonrisa de la picarona se hacía risa volteriana—le había ella aconsejado insistentemente dirigirse a una niña joven, porque señora—agregaba—no se me oculta que servimos para representar a Abraham y Sara.

Y se reía con aquella risa de salud dejando al descubierto una dentadura sin una falla y brillándole los ojazos en cuyos párpados no aparecía la menor rúbrica de edad ni aún cuando soltaba la más descompaginadora carcajada.

A Erézcano lo ponían violento las protestas de vejez de su cortejada y eso era más que suficiente para que ella las repitiese hasta el cansancio.

La noche anterior él se había llevado aprendidas de memoria parte de unas décimas de un poeta de

los trópicos a otra belleza otoñal y la había divertido mucho el comprobar una vez más lo que para ella era verdad de fe: que los hombres no dejan de ser tontos, por viejos y talentosos que sean, pues—agregaba—tonto y tonto de capirote había que ser para escribir esas cosas y muchísimo más tonto para aprenderlas de memoria y repetírselas a una mujer que ya no está en la edad de oir trovas y mucho menos de segunda mano.

Y al llegar aquí la pobre Sor Gethsemaní tropezó con la primera infidelidad de su memoria. Las décimas que otrora se le grabarían en el corazón como si a medida que su triunfante rival las recitaba se las escribiese con un buril calentado al rojo, habían sido borradas por la mano del gran consolador: el Tiempo.

Pero la sobrina estaba en la edad en que la mujer se aprende de memoria a todos los poetas de los trópicos con sólo leerlos una vez, y cumpliéndose en ella lo que dice Campoamor:

> ¿Cuándo no fué para nuestra alma amena
> una historia de amor aún siendo ajena?

se olvidó de su propio desengaño para ayudar con su buena memoria las vacilaciones de la de la tía. La belleza inspiradora de los versos en cuestión no había sido seguramente mujer de las condiciones de la María Antonieta de marras. A juzgar por algunos rengloncitos había tenido pecadillos bastante

más voluminosos que la coquetería y la frivolidad de la digna homónima de la reina de Francia. No hubiera podido, pues, Erézcano, aplicar íntegras las famosas décimas. La chica que estaba ya interesada en todos los personajes del drama que sacó del mundo un alma que en él hubiera estado fuera de su centro, fué recitando la composición, suprimiendo por decoro instintivo los versos que comprendía podían chocar los oídos de una religiosa, por más que perteneciera esta a una congregación creada expresamente para buscar y traer al redil de la virtud las pobres corderas alejadas del aprisco por los engaños del amor.

El fragmento que tanto había divertido a la elogiada era, pues:

Los dioses nunca son viejos
Menos lo serán las diosas
¿Por qué a tí misma te acosas
con tan singular idea?
Si la mujer no desea
de la edad sufrir los daños
no es por lo que son los años
sino por lo que es ser fea.

La juventud candorosa
es primicia de ignorancia,
que pasea su arrogancia
con alas de mariposa;
y tu madurez hermosa
es como un fruto en sazón...

Vale para el corazón
que tiene su arqueología:
mas que una estatua del día
un friso del Partenón.

Me gustan más las mujeres
que tocan la edad madura:
un otoño de hermosura
da cosecha de placeres.
Me gustas tal como eres
Mas que como fuíste un día:
hoy lograr tu amor sería,
para aquel que te enamora,
¡la promesa de una aurora
que hace un sol en agonía!...

El amor que mi alma siente
sobre tu desdén se ensancha
como un arrebol que mancha
el azul de tu poniente...
Antes de humillar la frente
como un mísero cobarde
el sol en un nuevo alarde
aviva su resplandor...
¡Venus — la estrella de amor —
es la estrella de la tarde!

Reconstruída la página ajena de la historia siguió con ésta la religiosa:

Al terminar la recitación había imitado tan bien la voz ahuecada de Erézcano y su gesto ampuloso, que todos reímos de buena gana, aunque por dentro yo no me reía.

Pensaba que si se hubiese comprometido conmi-

go nunca hubiese yo cometido la felonía de hacer reir a nadie con las amabilidades que él hubiese gastado conmigo por muy cursis que estas fueran.

Cumplido con mamá el deber de cortesía que aparentemente la había traído, la visita se despidió talvez un poco desorientada ante mi serenidad. No sabía ella que yo había agotado mi cáliz de amargura muchas horas antes!

Después de la cena tuvimos otra visita: la de María James, a quien has conocido. Era María uno de los grandes cariños de mi madre y, tanto la tuya en el mundo en el mundo como yo en el convento, cultivamos siempre la amistad de esa alma tan grande. Ahora mismo que ha tenido la suerte de ver premiada su vida de abnegación con el buen casamiento de su sobrina, por seguir a la cual ha dejado este país, es ella la única persona ajena a mi familia con la que sostengo correspondencia, previo especial permiso de los superiores. En tu casa bien sabes el mucho respeto y el afecto hondo que se le tiene. Una vez que me retiré yo del mundo, ella ocupó mi sitio en el hogar de mi hermana: no la habrás encontrado jamás en una reunión de las impuestas por la posición social de tus padres; pero recordarás que jamás se prescindía de ella en las alegrías y penas íntimas donde no se reunían sino aquellos que se sabía participaban de veras del gozo o dolor de la familia.

Y es que la amistad de María James la seguimos considerando como la consideraba nuestra madre. De las pocas visitas que ésta hacía, la tercera parte eran para ella.

María se las retribuía con una visita semanal en día y hora que no hubiese otras, pues la inglesita que en la intimidad era locuaz como una criolla, en encontrándose con extraños exageraba el laconismo sajón hasta hacerlo mudez.

María había tenido su triste historia de amor; yo la sabía y eso me la hizo más simpática desde esa tarde.

María, entonces en la plenitud de sus veinticinco años, disponía de sobrados elementos para llamar la atención con su hermosura. Alta, ni gruesa ni delgada, de piel y color dignos de su raza, de un perfil sajón puro, con una cabellera abundantísima, aunque lacia y pálida como barba de choclo, de ojos inmensos y hundidos, castaño claro como gruesas gotas de champaña, con cejas finas y pestañas abundantísimas de un tono mucho más oscuro que el cabello, podía confirmar el dicho de que cuando una inglesa sale linda redime a todas sus compatriotas del pecado de fealdad; pero nadie caía en cuenta de eso al primer golpe de vista, al verla con una saya amplia, cortona, debajo de la cual asomaban unos pies, no grandes pero que calzados con botines bajos, anchos y de suela gruesa contrastaban con los pies porteños que, si no siem-

pre son pequeños como los andaluces lo parecen gracias al tormento del torturador calzado parisiense; con su inevitable blusa camisa, el pelo estirado y recogido en un rodetón enorme y sin gracia sobre el que se asentaba el igualmente inevitable riflero, compañero inseparable de la blusa camisa y como ésta remedo estéticamente desgraciado de la indumentaria masculina, pero que sin duda tendrá sus ventajas cuando gente tan práctica como las inglesas lo han adoptado y lo llevan a todas partes del mundo a donde van.

María Antonieta a cuyo ojo experimentado no pasaba inadvertida ninguna contravención a las leyes del buen gusto no le perdonaba a María su absoluta falta de chic.

—Pero, señora — le había dicho una vez a mamá — ¿para entrar en el cielo es necesario andar por el mundo calzada como un inmigrante y peinada como por el enemigo? Imposible que no sea pecado y muy grave, el hacerle a Dios el desaire de no lucir una obra tan acabada como lo es la innegable belleza de la desarbolada miss amiga suya.

Huelga agregar que la broma no prosperó y que no formando María parte del mundo de María Antonieta, ésta no tuvo porqué ensañarse en la bella inelegante.

El desgraciado amor de María no era cosa de que ella hiciera secreto: se lo había contado a mi madre sin pedirle reserva, y mamá nos lo había

repetido, precisamente, para enseñarnos a admirarla y quererla como la joven se lo merecía.

María, a los diez y seis años vivía en casa de su tío y tutor con cuyo hijo, fornido e inteligente inglesote de veintidos años, se comprometió para casarse cuando se recibiese él de ingeniero naval.

Próximo a terminar su carrera, una proposición ventajosa de un astillero de los Estados Unidos lo hizo abandonar la universidad con la intención de reanudar los estudios a su regreso sino los terminaba en el país a donde iba a trabajar.

La historia de María fué entonces la de muchas: copiosas y compartidas lágrimas el día de la partida, largas y frecuentes cartas en los siguientes, más breves y espaciadas más adelante, hasta que al cabo de dos años no recibía ella noticias directas, debiendo conformarse con las que le transmitía su tío. Uno después supo, por el mismo conducto, que el primo se casaba con una riquísima joven yanqui, hija del presidente del directorio de la sociedad dueña de los astilleros en que trabajaba.

El golpe, aunque esperado, fué terrible. María se ahogaba en la casa de su tío en la cual todo le recordaba su dicha fugaz y le pidió al tutor el traspaso de la tutela a otro pariente establecido en Buenos Aires, donde estaba radicada desde años atrás la única hermana de María casada con un

alto empleado de una importante institución comercial.

Una vez aquí se había dedicado a dar lecciones de inglés y cítara — instrumento en el que era artista consumada — y a pintar cuanta cosa le encargaran: retratos, abanicos, sombrillas, gobelinos, porcelanas, etc. Con buenas recomendaciones, inteligencia para el trabajo y ganas de trabajar, consiguió no tener que tocar los restos de su patrimonio, por lo cual, al cumplir su mayoría de edad pudo invertirlo en una modesta casita que alhajó con la modesta sencillez que sus recursos le permitían y con el buen gusto que es de suponerse de sus habilidades y del apego al *home* característico del inglés.

Pero ni la prosperidad material, ni el tiempo, ni la distancia le traían el contento, ni siquiera el sosiego de su espíritu. Y cuando se convenció de que el vacío de su pecho no podía llenarse con el afecto de la familia, ni con el de las buenas amistades contraídas, ni con el confort de su casita a la vez sencilla y coquetona, el claustro se le presentó como el único oasis posible para su alma peregrina en la soledad del mundo.

Ella que al perder un amor no había perdido con él ni la estimación propia ni el respeto ajeno, sufría ¡cómo serían los sufrimientos de las infelices que en el naufragio de las ilusiones perdían con ella la propia y ajena consideración, las que burla-

das en su afecto se veían arrojadas a la playa del vicio o el desprecio después de haberse lanzado confiadas en promesas engañosas y halagos mentidos a la aventura que creyeron ellas de ser felices!

Esta reflexión le hizo dirigir su corazón y sus pasos al monasterio del Buen Pastor. Ese claustro lo veía María como el lazo de amor entre las pobres descarriadas y las vírgenes prudentes que se hacen la amiga de la Samaritana para brindarle como el divino viajero el agua de vida eterna; que se constituyen en la hermana de la adúltera para detener — como el Maestro — las manos de los hipócritas alzadas en ademán de lapidarla; que tienden sus brazos de la despreciada ramera para levantarla al trono del Calvario donde la mujer está representada, desde hace veinte siglos, a la vez por la más pura de las vírgenes y por la pública pecadora hecha digna por su amor y su dolor de acompañar a la primera en el amor y el dolor de la agonía de su Hijo.

Formado el propósito de hacerse monja del Buen Pastor, María sintió su corazón en el reposo de la piedra que después de larga trayectoria cae sobre el llano.

Hizo la confidencia de su propósito a la hermana, no para aconsejarse con ella, sino para explicarle la separación; y la hermana — a la que ella creía feliz con la doble felicidad de esposa y madre —le abrió entonces su alma, en la que vió María

dolores comparados con los cuales no pasaban los suyos propios de ligeras contradicciones de la suerte. María sufría sólo penas propias; su desgracia era negativa; consistía en ausencia de una felicidad deseada. La de la hermana era desgracia por sí misma y sufría por sí en el presente, intensificando su sufrimiento el porvenir de su hijita. Había aquella silenciado sus sufrimientos íntimos con esa fuerza de voluntad que las mujeres delicadas, por muy sensibles que sean, tienen para no dejar trascender ni conocer los defectos y, mucho menos, las maldades que la vida les va descubriendo en su marido.

Muy recién casada se había percatado ella del poco sitio que ocupaba en el afecto del suyo y se había resignado al lugar secundario de un ama de llaves de confianza, enfermera entendida y cocinera económica: el ideal de mujer del hombre egoísta al que no se le cruza por el magín el pensamiento de que en el matrimonio haya de tener él deber ni obligación alguna, sino sólo los derechos de un amo de cuyo trato la pobre esposa, sierva que la ley le somete, no tiene derecho a queja ni reclamación.

Pero cuando nació la hija, su corazón de madre no pudo resistir el desvío y la indiferencia que en el padre notaba, y una fuerte ictericia había minado su robusto organismo dejándole abierta la puerta a la diligente tuberculosis.

La había sostenido el desesperado pensamiento de que la muerte de ella haría dos veces huérfana a su pobre niña; y cuando María llegó a Buenos Aires la había visto como un presente de la Providencia que le garantizaba amor y protección para su adorada criatura cuando ella cediese a la enfermedd que sabía detenida, pero no curada.

María no vaciló. El claustro era el descanso que ella ansiaba; el mundo era la continuación de la lucha que la había rendido; pero esta lucha era la paz de su hermana y la protección de la niña sentenciada a temprana orfandad.

Aquella paz era su deseo; esta lucha era el sacrificio que Dios le pedía, y María,—cristiana de corazón adentro, no de labios afuera—recordó aquello de: "El que no toma su cruz y viene en pos de mí no puede ser mi discípulo", y contando con que el cielo le daría las fuerzas para llevar esa cruz en el mundo de que ella quería apartarse, puso la mano al arado, y sin volver la vista atrás volvió a andar por el surco de dolor y de trabajo que ella veía trazado por Dios.

Antes de cumpilr los seis años la sobrinita quedaba huérfana, a cargo de María, a la cual la madre no podía dejarle para ayudar a la crianza de la niña otra cosa que las bendiciones de su corazón agradecido.

El viudo accedió gustoso a la separación de su hija que lo dejaba en mejores condiciones para bus-

car otra ama de llaves de confianza que hiciera de tal y de enfermera y cocinera, cuando viniera al caso, por el módico precio de un apellido más que agregar al paterno ,estipulado en una oficina del registro civil.

María no se ocupó de censurar al cuñado. Se llevó la niña a su casita, buscó más lecciones y trabajo y se consagró por entero a la huérfana que bajo la inteligente y amorosa dirección de la tía, bien sabes que mujer de mérito llegó a ser. Los domingos a la tarde, María la dejaba un rato en alguna casa de su amistad donde hubiese criaturas con quienes jugar, y ella se encaminaba unas veces al monasterio del Buen Pastor, otras, a los hospitales donde se asisten las infelices víctimas del mal vivir.

Al primero iba en busca de consuelo; a los segundos iba a llevar el consuelo recogido por ella en la soledad y la oración.

Ese día venía María con un encargo de una religiosa enfermera.

Una pobre mujer convaleciente deseaba regenerarse por el trabajo honesto. Tenía la infeliz un hijito por quien velar y esta circunstancia impedía ser recogida en el Buen Pastor.

En Buenos Aires no podía colocarse por su carencia de antecedentes recomendables; y la religiosa jefe de la sala en que se asistía, pedía a mamá por intermedio de la amiga común: María, colocación en nuestra estancia de donde al cabo de unos

años podría regresar con informes que le permitieran ser admitida en casas de la ciudad.

Claro es que mamá, cristiana del mismo temple de María, la hubiese recibido aún sin necesitar de sus servicios.

María dió por teléfono la buena nueva a la hermana enfermera, y con esa santa simplicidad del libro de los Hechos, se puso a contar las obras de su apostolado en la última semana.

Mamá, tan celosa de nuestra pureza, no era ella ni nos quería a nosotras mojigatas. Como lo había hecho con mi hermana, me había ido dejando conocer las miserias del mundo a través de las obras de Coloma y Fernán Caballero. En cuanto a la santa misión que María se había impuesto y cumplía sin manchar su vestidura de virgen con el lodo en que se revolvían las infelices objeto de su solicitud, entendía nuestra madre que debíamos conocerla porque no hay malicia en conocer el mal como lo conocen los ángeles custodios; sabiendo que es mal y odiándolo porque lo es, y con el fin de evitarlo para sí y para otros y de sacar de él a quienes no supieron o no pudieron evitarlo.

Esa semana había tenido María que hacer intervenir a una asociación de moralidad pública para arrancar de manos de un tutor indigno a una menor expuesta a perderse; había obligado con la oportuna intervención del cónsul respectivo a la repatriación de una joven traída al país con engaños,

y ayudado a una pobre madre ignorante a obtener el amparo de la justicia en favor de una hija coquetuela de que pretendía burlarse un tenorio de suburbio. La colocación pedida a mi madre le completaba el trabajo de la semana.

Esas eran tareas diarias que le absorbían a la inglesita los pocos momentos que le dejaban libres sus muchos trabajos y la educación de la sobrina.

Hacía ella sola más obra de desinfección social que todas las oficinas creadas por diferentes leyes para esa clase de profilaxis. Y lo contaba con la misma naturalidad con que contaba que las hormiga le habían destrozado tal o cual planta, o que la sobrina se tejía ya sola la blusa de golf o la boina de punto a cuyo uso estaba obligada en obsequio a los manes de su raza.

Se veía que la muchacha hacía todo aquello y lo contaba sin darse ella misma cuenta de todo lo que en ello había de heroico y santo.

Yo la escuchaba y mentalmente establecía la comparación entre esa vida de soltera y la de casada que yo había soñado y creído digna de especial consideración de parte de Dios. No podía menos de sonrojarme por dentro.

Yo había soñado con el desprendimiento y la abnegación para los míos, para los que estaría yo obligada a querer y estarían obligados a agradecérmelo. Yo veía en mis sueños ángeles a los que enseñaría yo el retorno al cielo de donde los había re-

cibido para aumento de mi alegría. Y había encontrado mal no hiciese el cielo suyas mis aspiraciones. Esa muchacha que desde muy joven había abrasado voluntariamente el aislamiento de la solterona en favor de una sobrina a la que no estaba obligada de justicia, prodigaba tesoros de ternura entre la escoria social que si a veces—no muchas—se lo agradecía, ese agradecimiento no le daba a María satisfacción sensible ya que las beneficiarias de su obra la vida se las llevaba muy lejos, y eran tantas que ni el recuerdo individual de cada caso podía la benéfica muchacha conservar.

Tres o cuatro años hacía que estaba ella consagrada a la redención de mujeres perdidas y a la salvaguardia de las que pudieran perderse.

¿A cuántas había sacado del fango? ¿A cuántas había asido a tiempo para impedirles caer?

Era un cálculo de que solo Dios podía conocer el resultado.

Ella había sabido ser madre de las jóvenes inexpertas; hija de las viejas endurecidas en la licencia y el desorden; hermana de todos los que en algún momento de su triste vida sentían la nostalgia del hogar honrado.

Y ¿qué tenía en compensación la vida para ella? El trabajo, el trabajo siempre y no para ella sino para su sobrina.

Afectivamente un porvenir incierto: esa niña para la que se sacrificaba sin mayor obligación, podía

ser, en cualquier momento, reclamada por su padre o podía la misma chica no creerse obligada por el espontáneo y voluntario desinterés de su tía.

Si esa chica faltaba, si al llegar a mujer se apartaba de María, no tendría ésta derecho ni a hacerle un reproche: una tía no adquiere los derechos de madre por muy buena voluntad que haya puesto para asumir los deberes maternos.

La vejez la tomaría en la pobreza, pues una vez que tuvo otra vida más a cargo de la suya no había que pensar en ahorros. Las pobres redimidas, al cabo de cinco o seis años habrían olvidado, seguramente, hasta la fisonomía de su bienhechora. En cuanto al nombre, no lo habrían sabido nunca. Mirando el porvenir de María con los cristales del interés humano ¡cuán sombrío era!

Pero, sin duda, lo miraba ella con otro prisma porque jamás la más ligera alusión al porvenir le quitaba bríos para su obra del momento. Era una convencida de la sentencia de Jesús: "Bástale a cada día su propio cuidado". ¡Y yo me había atrevido a lamentar mi suerte! Yo que tenía madre y madre amorosa, hermana, y hermana solícita, comodidades materiales, falta de preocupaciones por seres queridos.

¿Qué eran mis oraciones, mis mortificaciones puestas al lado de esa vida de sacrificio y de trabajo y de esa labor redentora en favor de la hermana caída?.

Yo le había previamente fijado a Dios el precio de todo lo poco que hacía. Ella, haciendo mucho más, no pedía nada en cambio. Y no se vislumbraba que se le diera en pago nada de lo que los humanos acostumbramos reconocer como digna recompensa del cielo.

Recordé la comparación espiritual hecha por mí la noche antes entre María Antonieta y yo. Me comparaba ahora con María y me veía pequeña, mezquina. Admitía que la diferencia en contra de María Antonieta era nada más que formal; por lo menos, ella tenía sobre mí la ventaja de no creerse merecedora de particulares privilegios de Dios. Medí en ese momento toda la justicia, toda la verdad de dos insistentes consejos de las monjas: el de no juzgar almas ajenas, y el de desconfiar de nuestro propio parecer al juzgarnos a nosotros mismos.

Cuando María se retiró me recogí un momento en mi pieza. Sentía la necesidad de la mirada de la imagen de Jesús. Allí volví a representarme la jornada de María: el arreglo de su casita, la preparación del desayuno, el hacer alistar a la chica para ir a la escuela, salir a dar sus lecciones, volver a hacer el almuerzo, trabajar en sus pinturas, repasar la ropa, interesarse por las lecciones y deberes de la sobrina, sacarla a pasear un poco, entregar su trabajo y, en medio de todo eso, hacerse de algunos momentos para llevar un consuelo a un hospital, o acudir en demanda de ayuda para una

desgraciada a alguna familia o sociedad o institución; aleccionar a personas ignorantes expuestas a ser víctimas de engaños de mal intencionados; regresar a su casa, cenar; preparar la tarea del día siguiente. Su alma fervientemente mística tenía que esperar el reposo nocturno para expandirse en la llama de su piedad entrañable que durante el día se abría paso por entre todos los insterssticios de vida tan bien aprovechada.

¡Qué distinta de la mía! A mí me quedaba mucho tiempo para ir a la iglesia; pero la que de veras velaba con Cristo no una hora, sino el día entero, era ella.

Poco a poco empecé a ver más claro lo que Dios quería de mí. María había sido para mí el índice de Dios mostrándome el camino.

Yo no me sentía capaz de la obra magna de María. Mis fuerzas no daban para hacer sola, aislada, ni mucho menos de lo que hacía ella.

María era un águila: podía volar sola por los espacios del sacrificio cristiano, porque su alma tenía alas de vigor colosal.

Yo era una golondrina: mis fuerzas eran pocas, mis alas débiles. Mi sitio no era la solitaria escarpa del águila: mi sitio estaba en la bandada de las avecitas viajeras que si mucho pueden es porque muchas son.

Cuando ya no me quedó duda de ello, enteré a mi madre de mi vocación religiosa. La primera vez

que lo hice pagué el tributo a mis pocos años y lloré al decírselo. Ella tardó en hablar para no traicionar su emoción. Ví por las contracciones de su garganta que tragaba las lágrimas, y cuando se consideró serena me dijo: querida mía, cada hijo tiene derecho propio y exclusivo a hacerse su felicidad, y la madre no tiene el de impedírselo. Si tú ves la tuya en el claustro, la mano de tu madre te bendecirá al entrar en él. Entretanto, pidamos a Dios que te ilumine para ver si en verdad te has puesto en el camino que El te quiere.

Y Dios tardó un poco en alumbrar tan claramente como el caso requería. La tardanza sirvió para dejarnos a mamá—única que sabía mi resolución, aunque no la causa remota que la inspirara—y a mí más resueltas a la prueba de la separación.

Yo deseaba ingresar a una congregación cuyos estatutos se hubieran inspirado en la suerte de la hermana caída. La del Buen Pastor, fundada con fines redentores, no es hospitalaria. El hospital no entra en los servicios que ella debe prestar y por eso no encuadraba del todo en mis aspiraciones. Las otras congregaciones hospitalarias ninguna tenía como exclusivo objeto de su fundación la redención de las víctimas del vicio. Se ocupaban de estas las religiosas a quienes se designaba para las salas especiales de esas enfermas; pero accidentalmente: no era ese el fin de la comunidad. Y entre

la indecisión de si consultaba más mis anhelos aquélla o ésta, pasaron unos meses.

Con gran sorpresa mía el noviazgo de Erezcano y María Antonieta se iba prolongando.

Recordaba que en los ejercicios espirituales que nos dió, al abandonar el colegio, exclusivamente a las alumnas que egresábamos, un jesuita español muy viejo y con fama de muy sabio y muy santo, había machacado hasta provocar nuestra hilaridad con multitud de consejos sobre simpatías, noviazgos y casamientos. Y una de las cosas en que llegara hasta la pesadez el predicador, era la duración de los noviazgos. Estos — según él — debían ser cortos, muy cortos.

Era un período de la vida que los buenos cristianos debían abreviar todo lo posible porque en él aumentaban los peligros de ofender a Dios.

Alguna de las mayores de nosotras exteriorizó su sorpresa al oir tales enormidades contra una fase de la vida que nos parecía la más poética porque se unían en ella el amor y la pureza.

—Cállate, chilindrinera, le había contestado entre risueño y mal humorado el viejito aragonés, y si es que andas ya en picos pardos date prisa a que un cura os eche la bendición antes de que por experiencia hayas de saber que la poesía de esa fase poética que tú llamas es la misma de las coplas de Calaínos.

Y el buen viejo continuó haciendo papilla de nuestras ilusiones.

No había, según él, ningún motivo cristiano para demorar una boda, después de comprobarse la no existencia de impedimientos para realizarla.

Las cuestiones relativas al ajuar de la novia y de la casa eran cosas de mucha estima para las mujeres mundanas; pero no debían serlo para nootras que, educadas por monjas, debíamos resistir a todo el mal ejemplo del mundo en que íbamos a vivir.

El matrimonio no lo había establecido Dios ni lo había elevado Jesucristo a la dignidad de sacramento para lucir lindas ropas ni ostentar casa bien puesta, sino para ayudarse mutuamente, hombre y mujer, a sobrellevar las contrariedades de la vida, aliviar cada uno las del otro y — lo que más debía importar a todo buen cristiano — criar como dice el catecismo, hijos para el cielo.

La espera de una mejora de posición del novio era — según él — otra de las causales inventadas por el diablo para demorar los casamientos de los muchachos cristianos. El diablo estaba muy interesado en que hubiese el menor número posible de cristianos de verdad. Es difícil, muy difícil, que no lo sean los hijos de padres verdaderamente cristianos y cada año que el enemigo consigue retardar la boda de los que lo son, aunque solo sea ella, la futura madre, la cristiana, aquél, que es un buen calculador, cuenta que tendrá un quebra-

dero de cabeza menos con el nacimiento demorado de un niño más que se hubiera educado en la doctrina de Jesús.

Al aceptar a un hombre para marido — seguía el cura — acepta la muchacha formal, como quiero creer que sois vosotras, la vida que ese hombre lleva.

De trabajo, de lucha si así es la de él. Y la que no quiera compartir con él sus trabajos no debe comprometerse, sino dejarlo en libertad para que se busque compañera más generosa y quedarse también ella libre para aceptar compañero de mejor posición si se le presenta; pero eso de estarse un año tras otro pelando la pava sin un motivo muy fundado, y fundado en la opinión de la gente prudente y sensata, no de los enamorados que no están en condiciones psicológicas normales para tener prudencia ni sensatez, es cosa muy peligrosa.

En amor como en el comercio — continuaba — hay que huirle a las moratorias.

—Pero, Padre, aventuró tímidamente otra; en poco tiempo no es posible conocerse.

—¡Aquí te quería, escopeta! Mira, chicuela la curiosidad os viene perdiendo desde nuestra madre Eva.

Si ambos sois leales, francos y sinceros os conoceréis en un mes de trataros tan bien como en un año; si uno solo de los dos es hipócrita, falso

o simulador, a ese, el otro lo conocerá al año tan mal como al día siguiente de haber sido presentado.

Y leales o farsantes, a los diez días de matrimonio os habréis conocido como no hubieráis podido hacerlo en diez años de noviazgo, especialmente vosotras las mujeres que lleváis al matrimonio un *defficit* de experiencia mientras llevan ellos un crecido *supperavit.*

Querer vosotras conocer por el novio lo que resultaría el marido es como querer deducir mirando un huevo al trasluz si lo que de él saldrá una vez empollado será un gallito negro o una polla blanca.

En ese punto es indispensable ponerse en manos de Dios y correr la suerte que El depare.

Debéis pensar siempre que el hombre que más adornado de cualidades os parezca tiene, inevitablemente, que tener defectos porque los defectos son esenciales en la naturaleza humana; y, como mujeres cristianas, estáis obligadas a sufrirlos y disimularlos si no podéis corregirlos.

Vosotras también tendréis los vuestros: si el novio os halla un dechado de perfecciones es porque no os conoce bien.

Debéis tener la cordura de reconocerlo así y poner, al casaros, aún más empeño que antes en conocer vuestros defectos y extirparlos para que la desilusión del marido sea la menor posible al comprobar en el trato íntimo que no es su mujer

la "llena de gracia" que él veía en su obsecación de enamorado.

Porque no debéis casaros si pensáis que el matrimonio es un estado ideal para no sufrir. ¡Pobre de vosotras si así fuese!

El pensamiento de que haya un estado en que la vida sea una sucesión interminable de venturas, es indigno de la mente de una cristiana. La vida del cristiano ha de ser de lucha para perfeccionarse a sí mismo, de sacrificio para esparcir en torno suyo la paz y la alegría. El dolor acompaña a nuestra alma como la sombra al cuerpo. No hay estado que nos lo evite. Y el medio, el único medio de hacerlo menos cruel, es recibirlo como enviado de Dios, servirnos de él para hacernos mejores recordando que quienes nos rodean también tienen que sufrir los suyos y no aumentárselos con los defectos de que podemos corregirnos.

De manera que a la que espera casarse para no sufrir, la esperan los sufrimientos mayores. Vosotras debéis ir al matrimonio — las llamadas por Dios a ese estado — con la idea de servirlo a El, con el deseo de aumentar los hogares cristianos y el número de los adoradores de Jesús.

La mujer que comprenda que el amor de los hijos, — que debéis desear sean muchos — no podrá consolarla de todos los sinsabores de la vida, de todas las amarguras que puedan esperarla en el matrimonio, sería de desearse no se casara nunca.

La dignidad de madre es la única que compensa a una mujer decente desde adentro del alma, de la de virgen.

Ser madre es colaborar directamente en la obra divina de la creación y redención.

Y aquí el predicador casi se hacía poeta para transmitirnos las palabras de santo Tomás sobre la dignificación del matrimonio y la paternidad y maternidad cristianas.

Pero volviendo pronto a sus aragonesadas retrocedía nuevamente a la duración de los noviazgos para terminar diciendo: no creáis, queridas hijas, que sea chochera de viejo esta insistencia. Todos los santos padres, absolutamente todos, coinciden en que el noviazgo conviene sea lo más breve posible.

Y os aseguro que tienen razón. Yo no puedo entrar con vosotras en mayores detalles porque algunas sois muy jóvenes y aún las mayores sois muy inocentes; pero creedme que tengo motivos para darles toda la razón a los santos padres.

Diréis vosotras ¿qué sabe este viejo recogido en un convento desde los quince años? Se cree que en saliendo del colegio ya va a caérsenos la virtud como si la tuviéramos prendida con alfileres. Y como nunca ha intimado más que con frailes, en los hombres que no lo son, ya se le hace que se asoman los cuernos de Lucifer por entre el jopo y el rabo por entre los faldones del frac.

Pero creedme, hijas, este viejo que en un convento se hizo hombre y envejeció en un convento, conoce perfectamente el mundo y la humanidad, como que los ha estudiado en el mejor observatorio y con un instrumento que no falla: la rejilla del confesonario".

Yo que lo tenía a Erézcano por cristiano tan celoso como el mejor cura, no dudaba de que en algunos ejercicios él también habría oído sermón de ese género y no acertaba a explicarme cómo hacía tan poco caso de las recomendaciones de los santos padres que él no habría dejado de leer.

Creía yo que cuando un personaje de su color filosófico tomaba una determinación cualquiera sobre la cual hubiesen sentado jurisprudencia los doctores de la iglesia, ajustaba a éstos sus actos sin discrepar en un ápice.

A comprometerse conmigo, yo, con la mayor inocencia y sin caer en cuenta del ridículo a que me exponía, espontáneamente hubiera hablado de la inconveniencia de prolongar un período en el cual — según el dictamen del padre X que bien se entendía de ello — aumentaban las probabilidades de ofender a Dios.

Erézcano me empezaba a resultar diferente de lo que yo me lo había imaginado. Las prevenciones de mi tío me acudían a la mente a pesar de mi cuidado de rechazarlas. Pero en cada vez que me

volvían a la memoria se llevaban algo de la imagen de Erézcano, de la que había en mi alma.

Era como si fuese naciendo en mí la convicción de que yo me había enamorado apasionadamente de un hombre de existencia real; pero no del Erézcano de carne y hueso que había conocido.

Este se parecía tanto a aquel que había llegado momentáneamente a confundirlos. Advertida de la equivocación, aquel amor se desprendía del sujeto a que por error se había adherido; pues la verdad es que yo conservaba el dolor de un amor desgraciado, a la par que sentía que la persona de Erézcano se me hacía poco a poco indiferente.

Una visita de María Antonieta terminó la obra de borrar del todo de mi corazón el afecto que en él pudiese quedar para su novio, fuera del que estaba obligada a tenerle como prójimo.

Vino ella una tarde furiosa con Erézcano, resuelta a darle el bolsazo más feroz.

—Señora, le decía a mamá ahogándose de ira; ese hombre es una calamidad viviente. Me está poniendo en ridículo con su entusiasmo extemporáneo. Si el amor es como las estaciones: cuando llega fuera de tiempo hace desatinos. Un invierno que empieza en julio nos hiela hasta los tuétanos; un verano que espera diciembre para empezar asa los pajaritos en el aire; y estos hombres que al acercarse al medio siglo se enamoran como para mi desgracia está enamorado Erézcano, la tienen a

una a la vez helándose de miedo y sudando de congoja con sus ridiculeces.

Y ante el empeño de mi madre por justificarlo y absolverlo seguía: no señora, por favor; no le busque atenuantes, si usted por dentro se está riendo de él como tiene que reirse todo el mundo, como ya empezarán a reirse de mí.

Si en nuestro noviazgo no habría nada de visible si él tuviera juicio. Yo, una jamona de hecho por más que no lo parezco, me comprometo con un individuo que me lleva unos cuantos años. Somos dos personas aún no viejas y tampoco ya jóvenes, que nos resolvemos a terminar juntos el viaje de la vida antes que los achaques de la edad conviertan a cada uno en una carga molesta para el otro.

Hasta aquí nadie tenía que reirse de ninguno.

Ridículo hubiera sido que me casara yo con un doncel o con un nonagenario; que lo hiciera él con una colegiala o con una centenaria; pero señora mía, los amartelamientos de pichones no nos sientan a ninguno; y como acontecimiento social nuestra boda no debe ser lo que sería si tuviésemos yo veinte años y él veinticinco.

Y ese hombre no lo comprende así. ¿No se me viene en cada visita con el estuche de bombones o la bolsa de marrons glacés?

Antenoche he sorprendido a las visitas que estaban antes de llegar él, cruzándose miradas burlonas. Y no es para menos.

¡Venirle con golosinas como si se tratara de un bebé, a una novia de más de cuarenta años convictos y confesos pues la debilidad de quitarme la edad nadie me la habrá conocido!

Y eso que ya para cuando él llega me ha llenado la casa de flores que — estoy cansada de decírselo — es el único regalo decente que se pueden cambiar los novios de entretiempo como lo somos ambos: que si no estamos en el invierno de la vida vamos, aunque lentamente, alejándonos del verano.

Usted ve lo que ha hecho con el anuncio de nuestro compromiso: ha salido en todas las publicaciones desde los grandes diarios hasta los periodiquillos locales de los barrios apartados. ¿Para, qué?

Para que miles de gentes que no se hubieran ocupado de nosotros tengan ahora que decir: "¡vean que dos! el reumatismo y la tos".

Ha hecho publicar mi retrato en unas cuantas revistas con la leyenda de que soy la prometida de Telmo Erézcano.

Y no faltará quien piense que me he aferrado a su mano como a un clavo ardiendo por tal de tener marido.

Estoy luchando con él porque quiero hacer la ceremonia de la boda íntima, en casa, con solo los nuestros, con los que no se reirán de nosotros más de lo que nos reiremos nosotros mismos. Y él empeñado en que ha de ser tal como si nos hubiésemos casado veinticinco años antes. Está con su

casamiento como chico con zapatos nuevos. A todos los amigos les habla de mí, y de la boda, y de lo que le ha costado obtener mi sí. No encuentra en Buenos Aires muebles bastante lindos y los ha encargado a Europa; su casa paterna que era toda una mansión esñorial con el sello de las casas ricas de la colónia la ha mandado transformar en un petit-hotel y desde el arquitecto hasta el último medio cuchara saben que la transformación obedece a que se casa con una de las señoritas más lindas y distinguidas de Buenos Aires, porque todo eso lo dice él mismo venga o no al caso, de palabra y por escrito; y hasta en letras de molde lo ha hecho decir aunque con alguna perífrasis. Cuando lo leí me dió tanta rabia que le escribí en seguida: antes que otros lo digan apresúrese a decir usted mismo que su novia es también una de las muchachas más viejas de Buenos Aires, aunque a su lado no lo parezca por ser usted algo más viejo que ella y no haberlo tratado el tiempo con toda consideración.

En fin, señora, que yo que he tenido siempre la dignidad de los años a pesar de que si hubiera querido ocultármelos no tenía más que aprovechar lo que la naturaleza me los disimula, pero que supe, desde que pasé los cinco cincos, darme trato de mujer mayor, estoy ahora pasando ante el público como fautora de chiquilladas que me avergüenzan.

Y todo lo que acabo de contarle es nada comparado con lo que sigue.

Usted sabe, señora, que mi manera de entender la religión no es la de Erézcano; él mete a Dios y las oraciones en cuanto come y viste y calza. Y los amigos de su intimidad son como él.

Uno de estos amigos es el obispo de Z, compañero de Erézcano desde la escuela primaria. El obispo ese parece que entre un gori-gori y un hisopazo de agua bendita se entretiene en hacer versos e hizo unos celebrando nuestros esponsales. Se puede imaginar usted, señora, lo que dirá un obispo en estos casos. Que Dios y que los santos y que las bendiciones del cielo nos acompañen y que él rezará mucho por nosotros. Al fin de cuentas es esto lo que dicen, por más que Erézcano encuentra bellezas en este dístico y originalidad en aquel epíteto. Y ¡qué se yo que cosas más!

A mí, señora, me parece que eso de los rezos es cosa de velorio. No me hace maldita la gracia el que me estén rezando porque me caso. Pues ¿no quería este bendito hombre, esta maldición de novio, hacer publicar los versos del obispo?

Hágame usted el favor! Esos versos, una cosa íntima que se explican de amigo a amigo; pero que al público tienen que dejarlo completamente sin cuidado! El día menos pensado se viene con un taquígrafo del congreso para que transcriba uno de nuestros diálogos, en que él conjuga siempre el verbo amar y yo: rabiar con todos sus sinónimos, y le pide a algún amigo diputado que trate de in-

tercalar ese diálogo en una interpelación al Ejecutivo.

¿Y no está pensando en pedirle a su primo el gobernador de la provincia de C, que venga para servirle de testigo en la ceremonia civil?

Tiene aquí un hermano y dos cuñados.

¿No es hacerle un desprecio a esos tres parientes más cercanos el hacer costear de tan lejos al primo siendo que para el casamiento en casa le basta con dos testigos y él cuenta con tres allegados que lo puedan ser? ¿No es demostrar bien claro que al parentesco y la amistad prefiere el relumbrón que le traiga eso de que sea un gobernador quien le sirva de testimonio en su casamiento? ¿Y a qué el empeño de aumentar los testigos? Es abusar de los amigos molestarlos sin necesidad. Y no tenemos porqué hacernos de tantas obligaciones. —

A medida que María Antonieta hablaba con esa cordura, con ese buen sentido que nunca hubiera sospechado en ella a través de su habitualmente frívola conversación, Erézcano se me iba haciendo no sólo indiferente, sino antipático.

Ya no quedaba duda: yo no había amado jamás a Erézcano, sino a un hombre que confundí con él.

Cuando María Antonieta terminó lo que no llamaré su confidencia porque lo decía todo tan recio que aunque estaba sola con mamá en una salita interior, yo la oía perfectamente desde el cuarto

de costura separado de aquella por la pieza de huéspedes, sentía por ella la más viva simpatía, a la par que — cumpliendo mi deber — procuraba sofocar la aversión que sentía nacer por Erézcano.

¡Qué proceder tan diferente del que sobre el matrimonio aconsejaba el viejo jesuíta de mis últimos ejercicios en el colegio!

Mamá — que jamás sospechó hubiese sido yo ni por un instante rival de María Antonieta — halló como calmarla y echar la cosa a barato.

No pensaba mi madre que los rezos en una boda fueran tan inoportunos como le parecían a María Antonieta. Tampoco aprobaba la conducta de Erézcano inspirada en sentimientos de vanidad indignos de un hombre de juicio; pero tenía tal estimación por él que casi convenció a María Antonieta de que, por lo menos, se merecía un poco de indulgencia en virtud de cualidades que contrapesaban esos pecadillos veniales y la despidió resuelta a suspender la ejecución del calabaceo a que se sentía dispuesta cuando recién llegara.

Durante este *interregno* de mi vocación y el matrimonio de Erézcano había tenido yo conocimiento de la congregación de las Hermanas de Santa Magdalena (*) establecidas desde tiempo atrás en Chile y de la que oí hablar por primera vez cuando

---

(*) La autora no sabe que exista esta congregación en otra parte que en su fantasía.

fundaron — en aquellos momentos — la primera casa argentina en el Rosario.

Como bien lo sabes, el objeto de nuestro instituto es el del nombre de la comunidad.

Al entrar en él, tomamos cada una por familia a todas las mujeres de mal vivir y si nos llamamos hermanas de la santa, hemos de ser para las pobrecitas que están en el camino que ella estuvo: madres en amor e hijas en humildad.

Nosotras, antes de profesar, aprendemos de enfermeras especiales para ellas.

En una sala de enfermedades vergonzosas estamos obligadas a pasar la tercera parte del período de postulante, por jóvenes que seamos al pedir ingreso en la comunidad. Otra tercera parte en casas de corrección. El tiempo restante y el año de noviciado en aprender o perfeccionarnos en una profesión que nos permita ganar, no nuestra subsistencia, pues a ésta provee la dote, sino la de las pobres mujeres que por falta de recursos pudieran verse obligadas a volver al mal camino.

Una de las cosas que más me preocupaba al ver clara mi vocación era la suerte de las mujeres como aquella para la cual María James le había pedido colocación a mamá.

Las arrepentidas que deseaban hacerse religiosas tenían varias comunidades en que se las recibía; pero aquellas a las cuales no se les despertaba vocación religiosa y, sobre todo, las que eran ma-

dres, se encontraban en situación desesperante cuando se proponían vivir honestamente, abandonadas a la iniciativa privada de alguna religiosa o persona como María. Y estas personas no habrían de encontrarse en el camino de todas.

Nuestra comunidad hace en gran escala lo que María hacía por sí sola.

Nosotras tenemos casas de recogidas donde recibe a las que ni están enfermas ni son enviadas por la justicia. Les proporcionamos en ellas trabajo, las ayudamos a mantenerse ellas y sus hijitos si es que lo que ganan no les alcanza y, entretanto, por nuestras relaciones les vamos hallando colocación honesta de acuerdo con sus aptitudes de laboriosidad o les facilitamos los medios de dedicarse por su cuenta al trabajo honrado.

Las escuelas a nuestro cargo están con preferencia destinadas a gente pudiente porque constituyen ellas la principal entrada con que contamos para aquella obra de ayuda social.

Por esto mismo, cuando a una hermana la estiman las superioras de especiales aptitudes para la enseñanza, suelen dejarla años y más años en las escuelas: las hay que después del postulantado no han vuelto a verse con una sola mujer de las que constituyen el objeto de nuestra fundación. Pero en estos casos nos sabemos siempre unidas a ellas: estamos ganándoles su vida honrada. Lo que los establecimientos docentes le producen a la comunidad

va íntegro — con la única excepción de sus propios gastos que no sean nuestro trabajo — a facilitar la vuelta al buen vivir y la permanencia en él a nuestras queridas hermanas descarríadas que no podrían por sí mismas hacerlo a causa de falta de recursos.

Pero, bien lo sabemos todas, en cualquier momento y sin previo aviso se nos puede mandar a velar por ellas en una casa de corrección o da cuidarlas en la enfermedad más repugnante y contagiosa, sea en un hospital o un lazareto y — si no hubiese otro remedio — hasta en sus viviendas particulares.

Por esto mismo nuestra comunidad no admite, como otras, sin dote a las profesoras y señoritas que tengan profesión.

Aquí la dote es indispensable porque al profesar ni la comunidad ni la nueva religiosa son para sí mismas; la subsistencia de ésta debe estar ganada de antemano. Ella no puede ya hacer nada sino en beneficio de sus hermanas extraviadas.

Por igual razón nosotras no tenemos legas ni codjuctoras. Y tampoco recibimos a las convertidas que quieren ser religiosas.

Podría serles violento a las familias el que una mujer de malos antecedentes, por más santa que se hubiera hecho, fuese maestra sus hijas, y entre nosotras hay tanta igualdad en los cargos y en las

obligaciones que no podemos estar divididas en clases ni en destinos. Todas somos para todo.

Y se da a menudo el caso de que deseando una de nuestras recogidas hacerse religiosa, nuestra comunidad le facilite la dote exigida por la en que ella haya de entrar.

Cuando mi madre y yo nos enteramos de la existencia de esta congregación no vacilamos en el sacrificio que Dios pedía.

La primera prueba te aseguro que debió ser terrible para mamá.

No sé si tu sabes que cuando yo entré no había noviciado en la Argentina y no sabíamos que se le fuera a poner. Debí, pues partir a Chile. Mi madre me acompañó hasta dejarme en Valparaíso en el hospital donde debía pasar los siete primeros meses de postulante en el aprendizaje de enfermera, como los prescriben las reglas.

En todo el viaje esa santa mujer no tuvo una palabra de queja y sólo por notársele más seria que de costumbre y por su absoluta falta de apetito y sueño se podía adivinar la tortura que su corazón estaba sufriendo.

Por mi parte, yo comprendía que si resistía esa prueba no podría hacerme flaquear ninguna de las otras por dolorosas que hubiesen de ser.

En todo el viaje tenía presente aquella amarga noche de mi Gethsemaní, causa inicial y ya remota de ese mi viaje.

Recordaba aquel desconsuelo que me había hecho quejarme a Dios con tanto desgarramiento — aunque no con tanta resignación — como Jesús al lamentarse del abandono del Padre. Mi dolor había sido sincerísimo: sinceramente creía yo mi desgracia inconmensurable. Y ahora al ver a mi madre tan callada, tan resignada, llevándome para entregarme tan niña y acostumbrada a mimos y regalos, a donde debía renunciar a mi familia para tomar por tal a las mujeres de vida tan distinta de la mía y consagrar a ellas todos mis afectos, ideas y trabajos, me avergonzaba más y más de aquella mi flaqueza; me encontraba indigna de mi propia madre y mi madre se me aparecía en su heroísmo de una sublimidad mayor que la de todos los personajes heroicos de las Escrituras.

Sólo dos cuadros también de madre veía yo superior a ella: María Santísima oyendo de boca de Simeón que una espada de dolor le atravesaría el pecho durante toda la vida de su hijo, y la misma María acompañando a su hijo al Calvario donde va a consumarse el sacrificio predicho por Simeón.

Al terminar mi aprendizaje de enfermera, como el postulantado no es obligatorio hacerlo íntegro en la casa matriz, se me trasladó al Rosario a servir en la casa de corrección confiada a nosotras.

Al notar en mi madre, cuando me abrazó a mi arribo, la alegría más intensa que yo notara nunca

en ella, pude medir mejor la vía de dolor que le habría significado llevarme a Chile.

Habías nacido tú pocos días antes. Accedí a servirte de madrina, pues tus padres se empeñaban en que lo fuera aún sabiendo que mi vocación por la vida religiosa subsistía y no podría, por lo tanto, ser para tí lo que hubiera sido en el mundo; te pusieran mi nombre, el que yo iba a dejar detnro de poco, y yo al tenerte en la pila y al pasar unas horas acariciándote te dejé el encargo de llenar el vacío que dejaba yo en el hogar.

Tu no me entendiste; pero como sé que lo has cumplido te doy ahora las gracias.

Bueno, hija, como las felicidades tampoco vienen solas, a poco de estar en el Rosario, se establece noviciado en Buenos Aires. Tenía, pues, que venir acá a hacer la parte de estudios correspondientes antes de vestir el hábito.

El corazón nunca se desprende del todo de lo que es carne de su carne; de manera que a pesar de la renuncia del espíritu a la familia para hacerse otra que, por más desgraciada, más necesita de amor y cuidados, esa renuncia siempre cuesta por mucha vocación que se tenga.

La mía era sólida y, sin embargo, el pensamiento de volver a Buenos Aires, de saber que semanalmente sonaría también para mí la campana del locutorio anunciándome la visita de mi madre o de mi hermana, el de que tal vez algún día pudieses

llegar tú a estar entre mis alumnas, me producía tanto regocijo que temí fuese un indicio de que no iba a ser la religiosa desprendida que la comunidad exigía.

En Buenos Aires consulté el caso con el viejito de los ejercicios que avisado por mi familia de mi nueva residencia había ido a saludarme. Y él me tranquilizó con esa sencillez inseparable de la sabiduría y la santidad: Mira, hija — me dijo — si tu no tuvieras corazón para sentir la separación de los tuyos y la alegría de volver a encontrarlos, menos lo tendrías para hacer tuyos los dolores de las infelices que, siéndote extrañas, vas a considerar hermanas tuyas.

Es indispensable el corazón para ser buena religiosa porque el corazón es el que ama y no se sirve a Dios sino amando mucho al prójimo. Disfruta la alegría de estar cerca de los tuyos ya que Dios te la depara: es mostrarnos agradecidos a sus beneficios el acogerlos contentos; y sufre con resignación el dolor de separarte de ellos si tienes que volver a pasarlo.

Mientras ni la alegría ni el dolor nos impidan cumplir con los deberes propios de nuestro estado tenemos por qué temerlos.

Las alegrías y los dolores que nos inhiben para el bien son los únicos de procedencia sospechosa. Todos los otros vienen de Dios.

Ya ves, Jesucristo lloró sobre la tumba de Lá-

zaro y éso que sabía iba a volverlo a la vida. ¿Cómo va a serle grato en nosotros la indiferencia por los que son nuestros debido que El nos los ha dado como tales?

Alégrate tranquilamente, hija mía; que si fueses tú capaz de acercarte a tu madre sin que tu corazón salte de gozo y alejarte de ella sin que se te oprima de pena, entonces, sí, sería muy probable que no sirvieses para religiosa y mucho menos en el instituto que has elegido".

Ya en Buenos Aires, hablaba con mi familia de muchos asuntos que por no ser privativos de nosotros no nos ocupábamos de ellos en carta. Así vine a enterarme — lo que me impresionó muchísimo — del fallecimiento de María Antonieta ocurrido a poco de llegar yo al Rosario.

Ya cuando estuve de paso en Buenos Aires había sabido que estaba enferma. Esa mujer de belleza tan sorprendente e invulnerable, de espíritu tan despreocupado de preocupaciones corrientes, así como había tenido la rareza de temer se pensase se había quedado solterona por falta de pretendientes hasta las postrimerías de su alargadísima juventud, había tenido después la más rara de ocurrírsele que su perfecta y bien llevada corpulencia no quedaba bien con el traje de novia.

Habiendo transigido con Erézcano en lo de celebrar la boda con el ceremonial de las fiestas mayas o julias, en lugar de hacerlo íntimamente co-

mo había sido el primer deseo de ella, se le ocurrió que su regia figura se hacía demasiado monumental con los majestuosos trajes que usaban entonces las novias.

En vano todas las parientes y amigas quisieron convencerla de que vestida de novia más que una reina parecería una diosa.

Ella se empeñó en que una novia que se casa en un templo cristiano no debe parecer una diosa; y que ya que el novio se empecinaba en que todo habría de hacerse como si ambos contrayentes fueran jóvenes, a ella le desagradaba parecer una reina y quería parecer solamente una princesa. Que si ella había esperado que el novio pusiese la casa a gusto de él, era muy justo esperase él que ella pusiese su propia figura a su propio gusto, concluyendo en que iba a someterse a un régimen para adelgazar en unos pocos meses hasta parecer una ondina o una sílfide, lo que sería siempre menos irrespetuoso que diosa.

Y aquella mujer en la que había latente todo el buen sentido de que dió muestra en la conversación que te he contado, se puso en manos de uno de los tantos *doctores en belleza* — que ya los había entonces, aunque no la cantidad de hoy — el cual, en lugar de medios mecánicos o regímenes alimenticios como lo hubiera hecho un doctor en salud, recurrió al procedimiento que decía el más expeditivo y que le era más provechoso, por el beneficio

que le dejaba, de específicos a base de yodo y otros disolventes que hicieron en poco tiempo, en ese organismo fuertísimo el efecto de la primera catapulta en la primera fortificación a que se aplicó.

Antes que la esperada reducción de volumen sobrevino la enfermedad y entonces, sí, siguió a ésta un rápido adelgazamiento.

Los médicos encontraron al mal enseñoreado. Dispusieron la inmediata partida de la enferma a Mendoza, pero todo fué inútil. Allá había muerto.

La noticia me hizo mucho daño. Yo me había encariñado con María Antonieta, tenía siempre el remordimiento de haberla juzgado peor de lo que era, cuando no la conocía bien, y me producía una sensación extraña eso de que una mujer que tenía el cetro de la hermosura en una madurez avanzada sin que se vislumbrase ninguna belleza joven que pudiera disputárselo, que se mostraba orgullosa de sus años los que nada podían contra su hermosura, viniese a morir víctima de coquetería de un detalle de su ser físico: el grosor, que ni le restaba belleza ni conspiraba contra su prodigiosa juventud.

La encomendé a Dios con el fervor y la tristeza que lo hubiera hecho por cualquier amiga íntima.

El recuerdo de ella me trajo el de Erézcano; pero en una penumbra de indiferencia. En mi corazón ni lo compadecía ni me interesaba su dolor. Tuve que reaccionar sobre mi pues, según me lo había explicado muy bien el viejo jesuita, no es propio

de la buena religiosa desinteresarse de las pesadumbres ajenas. Rogué, pues, también por su resignación; pero este ruego no me subía del pecho impulsado por el cariño como me pasaba con los que elevaba por el descanso eterno de la pobre muerta: me bajaba de la cabeza empujado por el convencimiento de que para una religiosa no es de misericordia sinó de justicia el rogar a Dios por los vivos y los muertos.

¡Mira lo que quedaba de aquel amor que había amenazado acabar con mi razón y mi salud!

Nuestra regla dispone que después de veintiún meses de postulantado, la aspirante vuelva a su casa a pasar un mes en el cual debe acomodarse —en cuanto no sea impropio de su vocación — a la vida anterior a su ingreso en la comunidad. Si después de ese mes su deseo de ser religiosa subsiste, vuelve para vestir el hábito y hacer su año de noviciado sin salir de la casa madre.

Es el año en que se perfecciona o aprende la profesión a que se va a dedicar especialmente.

Como era yo la primera postulante argentina y se nos manda con la orden de no hablar sino por gran necesidad del convento y de nuestros propósitos, muchos creyeron al verme que había desistido de la idea de ser monja.

Yo me limitaba a decir la verdad: que me faltaba tomar la última determinación.

No hacía aún ocho días que estaba en casa cuan-

do entre las visitas a que hube de atender, se contó la de Erézcano.

Venía con mi tío el general y he supuesto siempre que éste — creyendo como verdad de fe aquello de que "el primer amor es el más profundo" — lo traía contando con él para soplar los vapores místicos que en mí pudieran quedar.

La muerte de María Antonieta, de la que el viejo guerrero había estado enamorado de veras aunque nunca lo hubiera dicho, había extinguido su odio al rival afortunado. Y si este hubiese conseguido retenerle en el mundo a la sobrina predilecta, el pobre viejo habría experimentado la mayor alegría de su bastante triste vejez.

En la primera visita atribuí la presencia de Erézcano a mera cortesía; pero habiéndola repetido dos veces antes de quince días y conversándome en ellas con las retorcidas de bigote y la actitud melosa que recordaba yo de sus paliques con María Antonieta, tuve que pensar no era él del todo ajeno a los planes que se me ocurrió tenía el general.

Insistió mucho en ambas en llevar la conversación sobre el tema de los matrimonios cristianos: la necesidad que había de ellos, lo que contribuían los hogares en que ambos cónyugues eran católicos observantes a promover la gloria de Dios y la salvación de las almas; la gran obra que realizaba en el mundo la mujer piadosa, su perior — dados las desgracia-

das circunstancias de los tiempos — a la que podía hacerse desde el retiro monacal.

Todo lo que decía era muy cierto y se ajustaba perfectamente a aquel ideal que me había forjado yo cuando colegiala. ¡Ah! si al terminar mi vida escolar hubiera yo oído expresarse así a cualquier hombre, así fuese a uno de los de la servidumbre de mi casa, lo hubiera creído expresamente enviado por Dios como Tobías para Sara y, a pesar de mis pocos años, me habría impuesto a las resistencias que la desigualdad social hubiese podido suscitar en la familia.

¡Si hubiese hablado así Erézcano, tres años antes, cuando me contaba episodios de sus viajes y me pedía opinión sobre sus discursos y escritos! ¡Qué alegría tan grande hubiera experimentado!

Pero ahora... ya era tarde.

El hablaba de hogares inspirados en el de Nazareth y yo no podía menos de acordarme de su casa paterna transformada en petit-hotel, de su compromiso con María Antonieta propalado a los cuatro vientos, del ceremonial con que él quería celebrar su boda, del exceso de testigos, de los retratos publicados, de las alabanzas a la belleza y distinción de la pobre María Antonieta, de la formación de su hogar demorada por simples razones de vanidad; y no podía menos de preguntarme en qué se parecía toda esa aparatosidad al humilde y sencillo hogar

del santo carpintero y su divina esposa consagrada a

las más rudas y despreciadas faenas domésticas.

El hablaba de la misión en el mundo de las mujeres honestas y piadosas que aleccionan hasta con su porte y yo me acordaba de aquellos escotazos de María Antonieta, de sus brazos desnudos o apenas tapados con gasa o encaje, de la mescolanza que hacía de la piedad y la diversión constituyendo uno de los elementos de más valía para toda fiesta de beneficencia por más que riñeran con las repelidas exhortaciones de todos los obispos que venían desde años atrás pronunciándose siempre contra la caridad divertida.

La pobrecita María Antonieta se me había mostrado e nla conversación que ya conoces de una cordura y un buen sentido superiores a él; pero aún así distaba mucho del retrato de dama piadosa del gran mundo que me hacía ahora Erézcano con tan vivos colores y lineamientos tan definidos.

La oratoria de Erézcano me sonaba a falso.

¿Le habría María Antonieta, en sus diálogos de novios, enterado de mi secreto por ella descubierto?

¿Lo había descubierto también él, y una vez desaparecida la mujer de que tan enamorado estuvo volvía por la que creía enamorada de él ateniéndose al viejo refrán: "a falta de pan, buenas son tortas"?

De cualquier manera su proceder me inspiraba recelos. Había tanta diferencia entre la mujer que él retrataba en ese momento y la que hacía poco había elegido, que no se apartaba de mi memoria

dos versos de un autor que había sido de mis predilectos; pero que desde la determinación del destino de mi vida no había vuelto ni volvería a leer:

maniobras de los grandes capitanes
que ponen de su parte el fanatismo.

¡Si Erézcano hubiese podido ver como me reía yo por dentro, no habría dejado de sorprenderse de que, precisamente, en el postulado de un monjío hubiese adquirido del corazón humano la experiencia que me inspiraba desconfianza del todo reñida con aquella mi ingenuidad del brevísimo lapso de tiempo en que viví en el mundo!

Por más que exteriormente me mantenía en la más estricta corrección, era tanto lo que me divertía la comparación entre las actuales palabras de Erézcano y su conducta anterior que sentía remordimientos por lo que me parecía no dejaba de ser falta de caridad. Era curioso el que habiendo sido él la causa indirecta de abrazarme yo a la vida religiosa, impulsada por el desengaño, viniese después a ser la causa inmediata de hacerme faltar — aunque no fuera gravemente — a la virtud cristiana por antonomasia, a la que se nos decía constantemente necesitaba en grado heroico cualquier religiosa para desempeñar medianamente bien sus obligaciones: la caridad.

Como quien quita la ocasión quita el pecado me resolví a evitarle las ocasiones de predicar sobre

el matrimonio para no incurrir yo en el pecado de reirme de él.

¡Y hacía menos de tres años que por ese hombre había llorado yo las lágrimas más amargas debido a que no se dirigió a mí con las aspiraciones que ahora le adivinaba!

Pero Erézcano al que sin duda se le había despertado la vocación del matrimonio además de persistente, fulminante y que no podía conocer mi firme resolución de volver al monasterio, volvió una tarde expresamente a declarárseme. Delante de mi madre — a la que había hecho pedir audiencia conjuntamente conmigo — me expetó su deseo de visitarme como aspirante a mi mano. Se preparaba, sin duda, para reeditar su panegírico del matrimonio cristiano entre el hombre creyente y la mujer piadosa; pero apenas insinuó su proposición creí de mi deber cortar en seco su oratoria manifestándole mi firme resolución de "no abandonar la mejor parte" que providencialmente había elegido:

Se quedó el hombre lelo. Sin duda él también confiaba demasiado—como mi tío—en aquello de la tenacidad del primer amor. Pero la tranquilidad de mi expresión y una sonrisita burlona que no pude reprimir a pesar de todo mi buen deseo, lo convencerían de otra cosa. Pidió mil perdones y se retiró correcto como siempre; pero evidentemente dominado por ingrata sorpresa.

Eran los últimos días de mi estancia en casa.

Debía escribir al convento comunicando mi resolución definitiva, la persona elegida para madrina y el nombre adoptado para la vida religiosa.

Subimos con mi madre a mi cuarto para rezar juntas—como lo hacíamos todas las tardes—ante el cuadro de la Oración del Huerto. Al terminar le ofrecí el madrinazgo de mi toma de hábito. Ambas nos abrazamos arrodilladas todavía y lloramos mucho.

Desahogado nuestro dolor le pedí a mi madre el nombre que como madrina le correspondía imponerme. Ella, señalando ese cuadro al que había pedido siempre fuerzas para el sacrificio me dijo:

Gethsemaní.

Besé sus manos y los piés de la imagen. Ese nombre era providencial. El cuadro de Gethsemaní había antes calmado en mí un dolor espantoso y me había señalado una ruta que si al principio la hubiese visto clara, hubiese quizá retrocedido con miedo.

Ahora de aquel dolor inicial no quedaba ni rastro. Mucho menos del amor que tanto dolor causara. La de la separación de mi madre era, en ese momento, la única pena grande. Y mi madre, santa y valerosa, fué la primera en secar sus lágrimas y readquirir su serenidad:

—Arriba, hija—me dijo—el que pone la mano al arado y mira hacia atrás no es apto para el reino de los cielos.

A la semana siguiente, Concepción Rosales, más contenta de lo que pueda sentirse la más feliz de las novias en el día de sus esponsales moría para el mundo y se transformaba en Sor Gethsemaní y ese día sí que vislumbró en las intimidades de su alma la promesa del Apóstol: ni el ojo vió ni el oído oyó las alegrías que tiene Dios deparadas a los que le aman".

EDITH VASCONCELLOS

DEDICATORIA

A doña María Luisa D. de Ortiga Anckermann

y

a don Juan Pablo Echagüe

expresión de mi agradecimiento por la generosidad con que, sin conocerme ni conocerse entre ellos, ambos me tendieron mano amiga para ayudarme en la orfandad intelectual en que yo vivía.

V. M.

Edith Vasconcellos

Buenos Aires, 25 de Marzo de 1915.

Señorita Victoria Molhard.

Petrópolis.

Mi ángel bueno: Aunque te fastidie, ya sabes que no quiero más director espiritual que tú. Los seis años que me llevas y que te daban autoridad de tía cuando ambas éramos chicas, te han conservado todo el ascendiente que sobre mí tenías entonces.

Tu vida de buho ha sido el complemento de mi vida de mariposa, y si te he consultado siempre desde el color de mis trajes hasta lo que habría de decir a mis cortejantes, imagínate si no te consultaré ahora que se trata de... "tomar estado". No te alegres tan pronto, Victoria. No se trata de *él*.

Si así fuera no necesitaría consultar a nadie. ¿Te acuerdas de cuando lo conocí? Fué aquella

vez que la habilidad de tus manos suplió las fallas de la bolsa de mamá. No te enojes, mujer. ¿Para qué tapujos entre nosotras?

Muy discreta eres; pero nuestra intimidad te habrá hecho comprender hace rato que somos unos pobres no sé si vergonzantes, vergonzosos o desvergonzados, que vivimos con el agua al cuello.

Nuestra residencia céntrica ,nuestro numeroso servicio doméstico (formado exclusivamente por menores a cargo del juez), el pertenecer mamá a cuanta sociedad con fines más o menos caritativos hay en la parroquia y el ser yo miembro de las otras sociedades de señoritas aspirantes a ingresar en las de señoras, son cosas que ya no engañan a nadie... ni a los candidatos a yernos, que es por quienes preparan la comedia las mamás con hijas clavos.

Yo, señorita pobre que vivo como rica, sin más renta que la del no muy concurrido consultorio jurídico de mi padre, no podía en esos momentos enriquecer mi guardarropa con un nuevo traje de fantasía. Mamá no podía hacerles a las damas organizadoras del festival confesión tan desdorosa para la familia, así que cuando tú llegaste te dije la mitad de la verdad: que no tenía traje y que por no tener tiempo de hacérmelo la modista, mi madre pensaba pretextar a última hora una repentina neuralgia facial para explicar mi ausencia. Tú, mujer rica, que tienes la humorada de vivir de tu

trabajo y que posees mil habilidades de que yo necesitaría más, enviaste a tu casa por tu caja de pinturas y unas madejas de seda.

Sobre la gasa de mi traje de dama de María Antonieta, con que me había presentado en el último cuadro vivo, tus pinceles hicieron surgir la eclosión de la primavera y sustituídas las joyas de la corte por las coquetas y margaritas de los campos tan bien imitadas con la seda, hice mi entrada triunfal entre las francas explosiones de admiración de "ellos" y los sofocados murmullos de envidia de "ellas". ¡Lo demás! Lo demás ha sido mi vida en estos seis meses. ¡Te lo he contado tantas veces! Y te lo contaría otras tantas. No quisiera hablar de otra cosa. Me echó más flores que pintaste tú y yo quedé flechada y orgullosa.

Es fácil enamorarse de un poeta y para no enorgullecerse de haber conquistado al que a ser poeta une el ser alto funcionario público, y haber hecho la conquista en una reunión donde todas las mujeres son hermosas, elegantes, distinguidas, se necesitaría una virtud incompatible con el exhibicionismo a que ellas y yo vivimos entregadas.

Pero, amiga mía, son flores que se marchitan sin dar fruto.

Mi madre acaba de hacerme víctima del siguiente discurso que te transcribo taquigráficamente:

"Edith, pierde la esperanza de que se te declare Anzúrez.

Si después de seis meses no ha hablado claro, será que piensa dejar el "flirt" en turbio.

Yo no puedo presentarle un "ultimatum", pues no se le piden cuentas a un hombre cuyo cortejo se ha limitado a saludos, miradas y piropos más o menos bien parlados.

No le convendrás. Habrá averiguado nuestra situación y pensará con todo fundamento que mujer joven, linda, honesta y de figuración social, puede encontrarla también entre las de fortuna sólida.

Los tiempos han cambiado mucho de Lamartine acá. Tu no te hubieras enamorado de él si fuera tan pobre como es, pero viviese en una boardilla y llevara melena por no tener para peluquero.

No exijas un desinterés que tú no tendrías y ya que la esperanza ha de dejarte, gánale de mano y déjala tú.

Ni Anzúrez ni hombre alguno merece que por él una mujer descalabre su porvenir.

Lidoro Fraga, el nuevo socio de tu padre, aspira a ser nuestro yerno.

Como pretendiente no vale lo que Anzúrez, pero como marido es imperdible.

Con cuarenta y cinco años encima ningún hombre se arroja a mariposeos. En cuanto obtiene un sí se guarda de aventurarse en nuevas tentativas.

Es el momento en que el hombre piensa en casarse por el casamiento mismo, pues sólo le faltan cinco años para ser oficialmente viejo; las noches

de frío y los días de lluvia ya no se pasan tan bien en el club o el bar y las fricciones de untura blanca empiezan a requerir un cuidado que no puede esperarse de la mano mercenaria del "valet de chambre".

Los veintitrés años que te lleva Fraga eran cosa de tomarse en cuenta cuando el artículo hombre no escaseaba; pero, hija, hace rato que la oferta del género marido se ha paralizado. Ahora con la guerra ,n ote digo nada. Ha pasado con ellos como con los caballos: después que ya ni para dar vueltas a las calesitas los queríamos, hoy se vende por su peso en oro cualquier matungo de morondanga.

Y Fraga no es marido de morondanga, por más que no lleve la edad tan airosamente como tu padre que, siendo diez años mayor que él, parece a su lado el hermano menor.

No es Fraga un solterón de avería. Todo lo contrario. Sobre su honorabilidad y decencia no hay dos opiniones, y tu padre que ha averiguado detenidamente su conducta privada dice que el hombre es aún mejor de lo que aparenta. Tiene también un buen pasar y su familia es muy considerada. Si bien no tiene la verba arrobadora de Anzúrez, está muy lejos le ser un negado.

Yo no te digo que lo recibas a Fraga como novio sino como aspirante, nada más. Esto no te compromete.

Hasta podrá ocurrir que si Anzúrez continúa enamorado de tí, ante el peligro de perderte se resigne al "confort" que se pueda proporcionar con sólo lo suyo y hable claro.

Si esto sucediera, como a Fraga sólo en carácter de cortejo se le habría recibido, no tendría derecho a queja alguna cuando—según las fórmulas de práctica—se le dijese que le agradecemos mucho el honor que te dispensa, que tú lo aprecias y estimas y respetas y hasta como amigo lo quieres; pero que existe entre ustedes incompatibilidad de caracteres o de buen humor... En fin, eso correría de mi cuenta.. que no correrá, hija.

Anzúrez no tiene más que treinta años y es de los buenos mozos que prometen conservarse tales hasta después del medio siglo. Tiene mucho tiempo para buscar mujer y es de los que en cualquier época pueden encontrarla joven, linda y rica.

Si una zíngara te vaticinase llegar a suegra de Anzúrez, no creería disparatado el anuncio. Con que, querida mía, a mal viento, buena cara. Por ahora, a recibir a Fraga como pretendiente. Después, Dios dirá si se le da calabazas o se le otorga tu mano".

Ya sabes tú lo ejecutiva que es mamá.

Desembuchó este discurso todo seguido, sin dejarme un resquicio por donde pudiera yo convertirlo en diálogo y se marchó tan campante como si acabara de ordenar con cuántos huevos había de hacerse la mayonesa.

Yo no he atinado más que a correr a mi pieza para contártelo todo.

¿Por qué estarás tan lejos? ¡No poder ir yo en lugar de esta carta!

Me tiembla el pulso, siento los ojos húmedos y la boca amarga.

Quisiera llorar a gritos; pero he de tragarme las lágrimas y arreglarme para el five o'clock de Harrods.

El traspunte me indica que debo volver al escenario. Dejo de ser la mujer y vuelvo a ser la comedianta.

Tú, que has amado y has sufrido, aconséjame, no como médica, sino como amiga.

Contéstame en seguida, en seguida.

Te abraza angustiada tu. — EDITH.

Petrópolis, 3 de Abril de 1915.

Señorita Edith Vasconcellos.

Buenos Aires.

Queridísima Edith: Apenas terminada la lectura de tu epístola te contesto.

Sé lo que pasa en tu corazón.

En la vida social le ocurre al corazón de la mu-

jer lo que a los partidos de oposición en la vida política.

La aprobación o desaprobación de su conducta depende del éxito logrado o frustrado.

La mujer a la que se le desvanece la más santa y fundada esperanza de amor es para todos los que se la conocieron, una ilusa, una necia, tal vez una loquilla.

La que se sale con la suya en el más liviano amorío o en el más desvergonzado "afile" es una apasionada, una vivaracha, un diablito irresistible.

Por todo lo cual me felicito de que tengas que disimular tu dolor.

A fuerza de representar la comedia de la indiferencia acabarás por sentirla.

Para dolores como los que tu sufres y yo sufrí hay que anestesiar el ánimo.

Cuando a los diecinueve años, con gran sorpresa de la sociedad y tenaz oposición de mi familia dí eel "escándalo', el "campanazo" de ponerme a estudiar medicina, bien sabes que era porque buscaba en un trabajo penoso, largo, árido, el anestésico que, dado mi carácter, no podía encontrar en las agitaciones sociales que siempre me repugnaron.

Por ese mismo carácter, mi dolencia no admitía más transformación que la de aguda en crónica.

Felizmente, el tuyo te permitirá curar radicalmente aunque te llevará algún tiempo.

Algún colega mío del otro sexo y, como tal, del

todo ignorante en achaques ajenos al bisturí y al escalpelo, te prescribiría baños tibios y aire de campo.

Yo, que por ser médica no dejo de ser mujer, sé que el remedio único en estos casos, cuando no se puede contar con el tiempo, el gran consolador, es la autosugestión.

Me violenta tu entrada en confidencias de orden económico; pero, ya que las haces, me parece que siendo las cosas como me las pintas, tu mamá tiene toda la razón del mundo.

Para las señoritas criadas como ricas sin serlo, el matrimonio es asunto de vida o muerte. El matrimonio, entiéndelo bien, no el amor. Este viene a ser lo que la levadura en el pan: lo hace agradable, no lo suple.

Las mujeres que, contando o no con fortuna, hemos roto con todos los prejuicios entre árabes y monásticos que aún subsisten en nuestra sociedad respecto a la condición de la mujer dentro de ella, podemos, si se nos ocurre, morir de amor, como la más romántica heroína del novelón más cursi. Es muerte de lujo ésta. El corazón grita y se impone cuando el estómago calla. Si ambos gritan a un tiempo, se hará obedecer el segundo por monstruosas que sean las barbaridades que diga.

Has de perdonar la crudeza de mis frases.

Tu carta me ha emocionado y pides con tanta

prisa la respuesta que dejo las palabras como me salen: romas o agudas.

En el terreno de la moral pura, el interinato a que va a ser sometido Fraga es una canallada.

Pero, en la guerra como en la guerra. A buen seguro que si en lugar de ser tú un hermosísimo camalote llevado y traído por la corriente de la sociedad, fueses una laboriosísima cenicienta encerrada en tu casa para no complicar la situación financiera de los tuyos, o ayudases al sostenimiento de tu familia sacando provecho de tu bellísima y bien educada voz. al bueno de Fraga no se le hubiera ocurrido solicitarte para su compañera.

Sabrías entonces serlo mucho mejor; pero no le llevarías el prestigio de ser nombrada día por medio en las crónicas sociales ni el de aparentar fortuna y rango elevado. Aparentándolos, no importa no tenerlos.

Fraga tiene su parte alícuota de culpa en la formación de la atmósfera de oquedad y engaño en que tú y otras viven. Se merece, pues, la parte alícuota de pena representada en la espectativa a que será sometido mientras tu mamá, escoba en mano, resuelve si lo barre para dentro o para fuera.

¿Recuerdas la desesperación con que años atrás me suplicabas no ejercer la medicina?

Mi ingreso en la facultad había merecido la aprobación de tu natural de chiquilla revoltosa. Al recibirme, el tiempo pasado por tí en plena actividad

social te habían hecho al molde convenido de la "niña distinguida" y yo, que me reía a mandíbula batiente de todas las preocupaciones estúpidas de que te hacías eco, sufría, sin embargo, al ver tu congoja por el aislamiento a que iba a condenarme asegurando por mí misma mi independencia en todo sentido.

Tú, Edith, que no tienes profesión y que si la tuvieras preferirías la muerte a ejercerla por no soportar este delicioso aislamiento que tú encuentras terrorífico, ¿qué harás de esa pasión con la cual desde seis meses atrás sueñas despierta y velas dormida?

Has de pensar que el buen mozo de Anzúrez, favorito de las musas y las gracias, es, como marido, un enigma

Tú le atribuyes todas las perfecciones. No hay mal marido que no las reuniese en la imaginación de su novia.

Ahí tienes un buen principio para la cura por autosugestión, única posible.

De Fraga conoces cualidades más positivas. Súmale a la buena opinión en que lo tienen tus padres, la que yo conservo de cuando lo conocí en Córdoba.

Lo creo un caballero de la Tabla Redonda. No me extraña que esté envejecido: han transcurrido nueve años y representaba ya entonces el medio siglo con sus espaldas ligeramente encorvadas, su

rostro con más surcos que un mapa de relieve y el bigote y cabello mitad por mitad blanco y negro.

Su posición no era brillante. Tal vez lo hubiese sido si no hubiera tenido a su cargo la manutención y anexos de dos hermanas: una soltera, viuda la otra. Ambas tenían título de maestra normal (en provincia no hay muchacha de tono que no lo tenga); pero se guardaba bien el hermano de dejarlas ejercer.

Acompañaba yo a mamá que había ido a Córdoba por asuntos de intereses.

La pobre mamá se desesperaba al saberme objeto de murmuraciones y maledicencias de parte de señoras y niñas escandalizadas por mis estudios médicos.

Yo pude hacerles ver cómo son mucho más indecentes las obras de Bourget, que ellas leían con fruición, que los tratados de anatomía, fisiología y demás "ías"; pero no me valía la pena. Me constaba cuanto tartufismo había en esos aspavientos y sólo por tranquilizar a mamá consentí en presentarme dos o tres veces en público bajo la égida de la familia de Fraga que era respetadísima.

Después supe que el abogado había tenido que romper lanzas más de una vez en defensa de mi autonomía intelectual, porque no se me perdonaba mi conducta incomprendida. Paul de Kock escondido debajo de la almohada no las hubiera asustado lo que Testu y Beaunis en mi biblioteca.

Fraga era un sujeto muy equilibrado.

¿Cómo sale a los cuarenta y cinco años solicitando en matrimonio a una joven que podría ser su hija y a la cual él creerá mucho menor de lo que es, porque, seguramente, tu mayoría de edad será un secreto de familia?

Si alguna vez me dedico a la psiquiatría voy a especializarme en el estudio de ese fenómeno que el buen humor del vulgo enuncia sin explicar en el dicho: a gato viejo, laucha tierna.

Cada edad tiene sus atractivos que no son ni mejores ni peores que los de las otras, sino distintos.

¿En qué diablos consistirá que la serenidad, la sesudez, la calma, la reflexión, la misma belleza exuberante de la mujer del quinto al séptimo lustro entusiasmen a un joven de espíritu inquieto, mientras el viejo, perdidos ya todos los atractivos de la juventud, permanezca indiferente ante los de la madurez y pierda el seso por la inexperiencia, la irreflexión, las ilusiones, la belleza incipiente de las niñas, encantos para los cuales nada armónico ha quedado en él?

Esta pregunta me la he hecho yo muchas veces al leer la vida del tan bandido con los pueblos como papanatas con las mujeres: Napoleón Bonaparte.

Casi niño, se enamora perdidamente de la prepotente Josefina que, vieja para él, se permite el

lujo de tenerlo para la risa y hacerlo su muñeco durante los dieciocho años en que la vida del capitán del siglo está en toda su efervescencia. Y al llegar a la apacibilidad de los cuarenta, cuando hay más equilibrio en las edades pues que ninguno es ya joven, se rompe la magia de la criollaza y la abandona el hombre maduro por una chiquilla de diecinueve años, ante la cual hubiera permanecido indiferente teniendo él veintidós.

He aquí repetido el caso en mi amigo Fraga. En aquel entonces estaba éste comprometido, hacía cinco años, con una señorita cuya edad exacta yo no sabía, pero que estaba a la vista no moriría ya de treinta años.

El casamiento se postergaba a la espera de una mejora en la posición de él. Pregunté a mi madre qué perspectivas de mejora tenía nuestro amigo y me dijo que la del casamiento de sus hermanas, pues una vez libre de la obligación de sostener a las dos, él podría atender decorosamente un hogar propio.

Ya ves para lo que sirven las mujeres educadas por el sistema con que he reñido.

Dos años más tarde la novia se le hizo religiosa. Supuse, al saberlo, que ambos prometidos, de mutuo acuerdo, habrían resuelto realzar la pobreza obligada con la castidad voluntaria citándose ambos para la eternidad en el coro de vírgenes, cuan-

do después de tantos años en que nada sabía de mi presunto Juan Bautista, se me aparece deponiendo el lirio simbólico a las plantas de una gentil muchachita que acostumbrada a ver deshojar sobre su cabeza las rosas y jazmines de una poesía semipagana, no hace gran caso de la flor preferida para velorios de angelitos.

Bromas aparte, mi querida Edith, insisto en que trates de olvidar a Anzúrez; mientras no consigas ésto no debes aventurarte en un compromiso que sería a la vez criminal y suicida.

Tú, a pesar de tu ligereza, sabes apreciar la virtud, la inteligencia, el saber. No podrás, pues, menos que respetar y estimar a Fraga cuando lo trates. Te será simpático.

Procura orientar esa simpatía en la dirección del amor. Persuádete a tí misma de que lo vas queriendo.

Mujeres como tú, si se casan sin amor, obligan al marido a dormir con un solo ojo.

No te sulfures. No tienes tú la culpa de tener de fuego el corazón y de estopa la cabeza. La tendrás, si conociéndolo, no tratas de tener siempre el fuego envuelto en ceniza y la estopa bien empapada en algún líquido incombustible.

"La joven que con viejo se casa trátese como anciana", aconseja la sabiduría popular, la más sabia de todas.

Con que, brillante mariposa de los jardines del buen tono, basta de giros.

Ha revoloteado usted lo suficiente para saber a qué atenerse respecto a los niños perseguidores de los lindos bichitos volantes.

Un viejo jardinero echa delicadamente sobre usted su red de seda y tomándola con amor y suavidad de las alitas le suplica alegre usted el invernáculo medio rococó de sus recuerdos.

El tratará de que no le falte ni luz para lucir sus galas, ni néctar para su vida.

Los chicos, con su natural maldad, no dejarán de envidiar al jardinero e intentarán romper el invernáculo para dar salida a la linda mariposa a fin de atraparla y romperle las alas. Su cruel diversión tendría para ellos un epílogo engolosinado: la desesperación del viejo jardinero.

¿Entiendes el apólogo?

No engañarse, mariposita. El viejo jardinero, a pesar de su achacoso andar, será mejor para usted que los ágiles y traviesos muchachos.

Con todo, no obres bajo el desconsuelo de la desesperación.

Si no nos quisiéramos tanto, lo que voy a decirte sería indelicado. Creo que dado nuestro mutuo afecto no lo será:

Mi fortuna, de la cual yo prescindo en absoluto para mí, es tuya .

Ténlo presente para reflexionar con calma y proceder en consecuencia.

Siempre tuya. — VICTORIA.

Buenos Aires, 30 de Abril de 1915.

Señorita Victoria Molhard.

Petrópolis.

Simpatiquísimo mangangá: Recibí tus disposiciones testamentarias, dignas de un santo padre por lo austeras, y he tardado en contestarte porque mi vida es un "film" desde el consabido discurso de mamá.

Llevo tanto cavilado, que hoy entre el cobre viejo de mis cabellos hechos seda y encaracolados (según Anzúrez) por las manecitas de un gnomo travieso, me he encontrado la primera cana.

Me la arranqué recitando "Nieve de estío" de Peza. ¡Qué estúpidos son los hombres!

Cosas mucho más lindas sería capaz de decir yo por mi cuenta si tuviera a quién.

¡Lo que se pierde de oir Anzúrez!

Porque mentarle pelo a Fraga es peliagudo, tanto como nombrar la soga en casa del ahorcado.

Bueno, al grano. Después de haberte escrito me

encontré varias veces con Anzúrez. Nos vimos, nos hablamos y.. "nada entre dos platos", como dice mamá.

Un "nada" que para mí lo es todo, todo, todo, incluso la mayor bienaventuranza del Paraíso.

Antes de entrevistarme con Fraga recibí tu carta y en la vida vas a encontrar enferma más obediente.

Me la aprendí de memoria y emprendí la tarea de autosugestionarme. ¿Se dice así?

En lo único que te desobedecí fué en lo de suponer mía tu fortuna. ¡No faltaba más!

No es que tu generoso ofrecimiento sea indelicado, no... Es que a pesar de que en el medio en que ambas nos hemos criado y en el cual yo sigo viviendo se estima más a la mujer que lleva la vida humillada de la limosnera que la independiente de la trabajadora, espero conservar siempre el pudor necesario para no solucionar el problema de mi vida haragana con el patrimonio de una amiga laboriosa cuya fortuna sirve para encarar y resolver problemas sociales de una transcendencia que no tiene el mío.

Me imaginé huérfana. Llegué a suponerte muerta para quitarme toda esperanza redimible y aferrarme a la oscura mano de Fraga como un náufrago a una tabla de salvación.

Relegué el recuerdo de Anzúrez al rincón de la memoria donde está el de los regalos de los Re-

yes Magos. Procuré persuadirme de que el socio de mi padre era el "perfecto casado" que se dejó sin escribir Fray Luis y que Anzúrez era un Barba Azul que en lugar de a cosquillas, mataría a la mujer a palos.

En disposición de ánimo tan concordante con tus consejos recibí a Fraga en el cual nunca me había fijado detenidamente y ¡adiós trabajo de auto etc.!

En seguida opté por los palos de Anzúrez que no podrán doler tanto como los besos de tu apadrinado. De aquel pelo, mitad blanco y mitad negro, que tú le conociste, debe habérsele caído todo el blanco, si no se tiñe el cuarto que del albo color le haya quedado.

Ahora no usa bigote. Pelo tiene poco, todo negro y todo bien aprovechado.

En la mollera y la coronilla (no sé los nombres técnicos) no le queda ni una mechita para identificarlo si lo decapitan.

Cerca de las orejas conserva dos mechones, si no abundantes, largos; los cuales mechones con las mechas bien alineadas de a una en fondo se extienden por todo el espacio vacío en vueltas que recuerdan las de Mefistófeles en el primer acto de la ópera de este nombre, adheridas con tal fuerza al cuero cabelludo que obliga a pensar cuál sea el nombre con que Moussion expida al público la cola del carpintero.

Yo no quería pensar en Anzúrez. Sin querer, y por la fuerza del contraste, se me representó aquel jopo sedoso, abundante, ondeado, ese jopo dorado como avena recién segada en el que he soñado tantas veces hundir mis dedos dignos de la Pompadour para despejar esa frente alta, estrecha, pálida, tersa y... ¡Qué barbaridad! Casi lo digo todo.

¿A qué salir con sueños, cuando la realidad tiene tanto que contar?

Victoria, este otro será todo lo bueno y talentoso que tú quieras. Yo lo consultaría siempre como abogado y hasta quizá me confesaría alguna vez con él si fuera cura. Como a prójimo podría quererlo y, esto mismo, de lejos y con intermitencias.

El no tiene la culpa de ser tan feo, y calvo, y negro, y correoso y de representar doscientos años. Pero conviene conmigo en que es imperdonable impertienencia pretender hacerse amar un individuo así por una niña que oficialmente no ha salido de los diez y... pues como lo supones con toda lógica, mi mayoría de edad es un secreto de familia que me guardan las otras familias de mis compañeras de la infancia por aquello de: "hoy por tí, mañana por mí".

Hazme el favor de hacer pronto ese estudio de psiqui no se qué.

¿Por qué los hombres cuando van para viejos, aunque hayan sido buenos, se vuelven tan malos que se obstinan en entristecer el mediodía de una

vida joven con el oscuro y frío atardecer de la suya?

Este mismo Fraga ¿no estaría mejor acompañado de una mujer en su mismo caso, es decir, en el de empuñar uno el rosario, el otro la Imitación de Cristo y prepararse ambos en amor y compañía a dar juntos a Dios los huesos, achuras y demás resíduos de su desvencijada humanidad?

Sigamos: estuvo tu amigo locuaz y oportunísimo. Su conversación es fluida, correcta, amena, instructiva. Ministro yo de instrucción pública lo nombraba catedrático de cuanto Dios creó. Pero eso no lo mejora para novio.

Yo quiero suponerlo capaz de la misma parla divina de Anzúrez; pero, querida mía, no hay ilusión que resista a esa parla viéndola salir de aquellos labios grandes, negros, resecos como un orejón de pera "partido por gala en dos".

No me pareció prudente nombrarte, pero le saqué la conversación de su familia. Su bienestar económico data de los años de las vacas gordas en que vendieron al precio loco de entonces unos campos que tenían en la frontera de San Luis. La hermana soltera está de novicia en las adoratrices. La viuda se volvió a casar hace cosa de un lustro. El que hace un cesto, hará ciento...

Fraga me miraba con una expresión que me recordaba la de un cuadro de Zuloaga que había en la exposición del Centenario. Lo recordarás, por-

que juntas sentimos ante él la misma repulsión; el de aquel viejo que con ojos libidinosos clavaba su lúbrica mirada en una maja airosa y pintarrajeada que con soberano desprecio miraba hacia otro lado. Por contraste también sentía yo la nostalgia de la mirada luminosa, suave, límpida de Anzúrez, de aquellos ojazos azules hundidos en las cuencas que forman su frente y nariz griegas, ojos y mirada que le dan a ese rostro tan virilmente hermoso algo de niño, de puro, de angélico, que inspira a la vez ternura y confianza.

Dejar de querer a Anzúrez y querer a Fraga es cosa que no sé cómo puede ocurrírsete. Estoy por creer que al ser médica has dejado de ser mujer, pues no hallo explicación al hecho de ser tú quien emita idea tan disparatada.

Lo más que puede esperar un individuo como Fraga de una mujer que no se le parezca, es que ella le sea fiel de hecho, y nada más que de hecho.

¡Si supieras las ideas que de un tiempo a esta parte me cruzan por el magín!

Tu carta me ha dado envidia. ¡Las mujeres como tú pueden, si se les ocurre, morir de amor! Dichosas ustedes.

¿Por qué no puedo hacer yo lo mismo?

¿No es una irritante injusticia el que por carecer de fortuna tenga una muchacha joven, linda y buena—porque yo soy buena a despecho de mi

deseo de estrangular a tu amigo—que aceptar para marido a un individuo por el cual siente repulsión?

¿No da rabia que esta momia calchaquí sólo porque puede asegurar mi subsistencia se haga dueño de una personita que vale mucho más que él con todo lo suyo?

A veces pienso darle calabazas en crudo no más, y el fantasma de mi porvenir me impone silencio.

Huérfana y pobre ¿cuál sería mi vida?

Indudablemente, que las sociedades a que mamá pertenece no me dejarían morir de hambre. ¡Linda perspectiva!

Si no me hace gracia tu ofrecimiento silencioso y de corazón, puedes imaginarte lo que me subleva la idea del socorro humillante y despectivo que me indigna aun cuando lo veo llevar a otros.

¿Qué otra alternativa? Aprender de enfermera, colocarme en tu clínica y darle a las mismas que hoy me adulan y me festejan el gustazo de compadecerme, de despreciarme y de hacerme reventar de rabia al no poder pagarles en la misma moneda.

Siento odio a todo lo que me rodea: prejuicios, costumbres, personas. Entre todos han hecho de mí un ser tan desgraciado como la esclava de un harem.

Lo mismo que tú temes, llega a parecerme justificado por razones de legítima defensa. Poco me importa que haya de dormir con un solo ojo, o con medio o con ninguno. ¡Alguien tiene que pagar los

insomnios que vengo sufriendo desde hace más de un mes!

Conservo una vislumbre de esperanza. A mediados del próximo se da un festival para el que se ha pedido a Anzúrez una poesía original y a mí la representación de Hada de la Primavera para cantar la canción de Mendelshon.

Espero ansiosa la fiesta. ¡Si renovara en él la impresión de la primera vez! Guardo intacto el traje por tí pintado! ¡Lo quiero tanto!

Y, de cualquier manera, saldré de esta desesperante incertidumbre. Esto no es vivir. Necesito la convicción clara de que ha dejado de quererme.

Me alegro ahora de que estés lejos. De palabra no me atrevería a decir la mitad de lo que he dicho. Y necesitaba una válvula de escape. Mientras digo los disparates no los hago.

No te demores como yo. Escríbeme pronto y largo. Te abraza efusivamente. — EDITH.

Petrópolis, mayo 10 de 1915.

Señorita Edith Vasconcellos.

Buenos Aires.

Mi princesa antojadiza:

Vd. y su medio son tal para cual.

¿Con qué si Vd. tuviera que ganarse la vida por sí misma no podría hacerlo sino de enfermera en mi clínica y exponiéndose a reventar de rabia?

Pues renuncie Vd. a esa muerte, porque mi clínica es famosa por su tranquilidad y buen servicio, los que se alterarían con una enfermera tan bonita, pizpireta e... inútil.

No necesitaría Vd. iniciar ningún aprendizaje si cayera en la saludable tentación de afrontar sola su porvenir.

¿Ha enronquecido Vd.?

Avísemelo para tratar de volver al mejor contralto que en mi vida he oído su amplitud, calor, suavidad y sonoridad de campana de bronce rozada po rlas palomas habitantes del campanario.

No te digo nada de la Carmen que harías con esos ojos que si no parecen de mora o de gitana es gracias al cutis de bebé irlandés en que sobresa-

len, y con esa figura de ondina que hubiese trocado la cola por los piececitos más coquetones de la tierra de María Santísima.

Jamás don José alguno ha recibido desaires más auténticos que los que tú le harías al tenor con sólo suponerlo personificación de Fraga, ni a ningún Escamillo se le ha cantado como sabrías hacerlo tú suponiéndolo Ansúrez.

Ese día renunciaban los franceses a servirse de sus Gravoches femeninos para falsificar con las travesuras del Sena las pasiones de las mujeres del Betis.

Por supuesto que yo no faltaría a ver eso. Como que la misma noche del "debut" toda la millonería disponible rivalizaría en ofrecer mano y fortuna a la debutante comprometiéndose a abonarle a la empresa la indemnización que quisiera.

Y la debutante, sintiendo la nostalgia de su centro, elegía al más buen mozo y espiritual de los millonarios y hacía su "rentrée" en el gran mundo, el cual después de, sucesivamente, haberla puerto de oro y azul y haberla aplaudido a rabiar, la recibía con el mayor agasajo y celebrándole muy amablemente la ingeniosa calaveradita de su fugaz deserción.

Esto estaría en más concordancia con tu temperamento que lo de hacerte enfermera, ocupación en la que de nada sirven tus eximias dotes decorativas y para la cual se necesitan otras nada lucidas y muy

modestitas de las que no tienes tú ni ganas de tenerlas.

Pero todo esto es hablar por hablar. Tu vocación por el *dolce far niente* está bien definida.

Estás en tu medio como pez en el agua. Sientes el agua turbia y sucia; pero si te sacan de ella te mueres.

¡Linda manera de seguir mi medicación!

Látima sí que estés tan lejos. Habría que someterte al régimen simultáneo del chaleco de fuerza yel ungüento de tala.

No tomo en serio tu despreocupación por la cantidad de ojos que pueda cerrar para dormir el marido de una joven bonita. Así mismo, no me gusta tu ligereza para hablar del asunto.

No sería la primera vez que una paradoja soltada por broma se ha convertido en idea fija. La atmósfera que te envuelve no sería la más propicia para evitarlo.

La sociedad es muy equitativa. Con la mujer célibe es severa hasta la crueldad, pero en cuanto la mujer se casa, la sociedad va juzgándola con manga más ancha y lo único que le exige es que al nadar guarde la ropa.

En cambio, al hombre, al que le pasa por alto todas las bellaquerías e infamias en el escabroso terreno de la honestidad, no le perdona el más insignificante desliz de la mujer propia.

Para la mujer soltera que no respeta todas las

formalidades del decoro (excepto en los trajes de etiqueta en los que, casadas y solteras, gozan de la más amplia libertad con tal de que tienda más al desnudo que al vestido) tiene siempre listas las piedras de la Judea. Para el más santo de los hombres que dé con una mujer ligera de cascos tiene la picota del ridículo.

No eres justa en tus apreciaciones sobre Fraga.

Ya te he dicho que yo veo algo de morboso en la afición de la vejez (o el entretiempo) por la juventud, cuando esa afición no se limita a una solicitud exclusivamente paternal.

Pero sea lo que sea, Fraga no está fuera de lo que a diario vemos. Los hay que con diez años más que él se consideran maridos aceptables por chicas cinco años menores que tú.

El hombre es feo y está envejevido; pero tal como es se te presenta. ¿Te repugna? Pues, calabazas y tente tieso. No hay para qué hacerle la disección.

¿Por razones de orden económico vences tu repugnancia y lo aceptas?

Entonces, consideración de ningún género puede eximirte de la obligación de respetarlo y hacerlo respetar, en cuanto de tí depende, desde el momento de la aceptación.

Serás poco circunspecta si te presentas de Hada de la Primavera una vez trascendidas las relaciones al público. El pobre con su figura de higo paso no

tiene ubicación en ninguno de los atributos de "la gioventú dell'anno" y hará inevitablemente el papel del pavo que tu debes evitarle.

No se le habrá ocurrido al bueno de Fraga entristecer el mediodía de tu vida con el atardecer de la suya. Egoísta a fuer de hombre, sólo habrá pensado en alegrar su atardecer con tu esplendoroso medio día.

¿Qué vales tú mucho más que todo lo que él pueda darte?

Querida mía, en cuestiones de valores, con no cerrar el trato todo está concluído.

Además, no es sólo la subsistencia material lo que Fraga te daría: es un nombre respetable y respetado del que no tendrías que sonrojarte al agregarlo al tuyo; un afecto exclusivo para tí; una vida de labor, de honradez, consagrada a tí como igualmente su inteligente trabajo, un porvenir tranquilo y un pasado del que no tendrás tú que sufrir ninguna consecuencia.

Vieras tú los casos que desfilan por las clínicas de las médicas!

Cuántas esposas de barbilindos sanas y robustas como encinas cuando muchachas son, después de señoras, los clientes más dignos de compasión, porque el médico no puede curarles el alma que está con los desengaños más enferma que el cuerpo con los dolores.

Recuerdo el cuadro de Zuloaga. Si lo que dices

es cierto, la mirada de Fraga ha cambiado mucho en estos nueve años. Te aseguro que en Córdoba no faltaban chicas bonitas, y que él no se privaba de mirarlas.

Yo misma era entonces menor que tú ahora, y si las fotografías, las personas y los espejos no mentían de común acuerdo, no era yo costal de paja. Sin embargo, nunca noté en su mirada nada de pecaminoso, a pesar de que tenía yo la friolera de diecisiete años menos que él.

Como a Anzúrez no lo conozco más que por retratos y tus descripciones, no dudo de que sus ojos y mirada inspirarán ternura y confianza... a las desprevenidas.

Yo te aconsejaría no confiar tanto en la limpidez del cielo de sus ojos.

He leído todas sus poesías y en cuentro en ellas mucho más del sensualismo pagano que del espiritual romanticismo de Lamartine.

Me parece que en cuantoa idealidad de los afectos, por ahí se andarán Fraga y Anzúrez.

Verdad que éste es joven; pero reconoce que si Fraga se hubiese espiritualizado tanto no buscaría hoy una muchacha para hacerla su esposa, sino para prohijarla, dotarla, buscarle un compañero de edad adecuada a la de ella y mañana hacerle de abuelito a los rorros de la joven pareja.

En resumen, Edith, que no sé qué aconsejarte. Aceptar nombre, corazón y mano de un hombre de

bien por el que sientes una repugnancia que casi es odio, estaría muy mal hecho. Sería una infamia que me obligaría a retirarte mi amistad.

Esperarlo a Anzúrez... En esto pienso lo mismo que tu madre.

Eres muy joven y muy linda. No hay por qué desesperar que no ha de presentársete otro pretendiente que, más afortunado que Fraga, consiga borrar de tu corazón la imagen de Anzurez. Pero si no se presentase no querría que dentro de veinte años me echases la culpa de las calabazas que estás ansiando darle.

Mi fortuna, con la que yo contaba para que salieras del paso, la rechazas.

Esperar que te resuelvas a afrontar tú sola la situación y te dispongas a solucionar por tí y ante tí el problema de tu vida, es pedir cotufas en el golfo.

Eso que sería lo noble, lo hermoso, lo digno, lo que me llenaría de orgullo por la valentía de mi amiga, sería cosa de tanto milagro como la conversión de San Pablo.

Con que, querida Edith, casi no me queda sino decirte que hagas... lo que se te dé la gana, y cuentes siempre con el invariable cariño de tu fiel. — Victoria.

Buenos Aires, 20 de Junio de 1915.

Señorita Victoria Molhard.

Petrópolis.

Querida Victoria: Vuévasete el alma al cuerpo. Las novelas de mis noviazgos terminaron, y ninguna en boda.

He pasado tanto tiempo sin escribirte por las razones que ya irás conociendo.

Cuando recibí tu carta me asusté de mi misma. Hice examen de conciencia y propósito de enmienda que me fué fácil cumplir porque no volví a encontrarme con Anzúrez.

Traté a Fraga sino como amigo, como enemigo durante un armisticio. Me convencí de que si era feo y viejo, era sano y bueno; de que si daba grima verlo, daba gusto oirlo y, en fin, de que para "peor es nada" era bastante aceptable por todo aquello de su honorabilidad, nombre respetable, consagración del pucho de su vida, etc., etc., etc.

Se presentó con nosotros en la inauguración del Colón, un cronista entrometido sospechó algo y adelantó una insinuación en sus ecos sociales; otro quiso dárselas de más enterado y nos hizo novios.

Los demás le tijeretearon la noticia y nuestro compromiso en ciernes pasó ante el público por esponsales definidos.

Me volvieron a invitar para la kermesse, y sentí tus escrúpulos. Si me presentaba con él me iban a decir "primavera scapigliatta", si lo hacía quedar a él en su casa, no faltarían alusiones al ostracismo del espectro del invierno. Pero la tentación de ir era tan fuerte...

En esa indecisión me encontré con Pichonga del Castillo.

¿Sabes cuál es? La menor, a la que le estaría mejor el sobrenombre de Elefantonga porque ha crecido y engrosado tanto que de enorme se ha hecho deforme, eso sí, tiene la cara más bonita y picaresca que te puedas imaginar.

Suponte un enorme salame de Milán al que en la punta le hubiesen atado la cabeza de la más linda muñeca de biscuit y ahí la tienes a Pichonga.

Resulta que la Pichonga esta, a la que todos en su casa tenían por lo más inocentona y zonzota que pudiera darse, era simpatía desde chica del hijo de unos gringos pulperos arrendatarios del abuelo materno de Pichonga, el viejo Tres Palacios. Todo es historia antigua, pues hace rato que Tres Palacios no es dueño ni de una tapera; en cuanto a su yerno del Castillo no tiene más castillos que los que él y su familia hagan en el aire, que los harán, pues son gentes como los Vasconcellos, que

en la última pobreza conservan el orgullo de don Rodrigo en la horca.

Los gringos aquellos se hicieron millonarios y mandaron a su vástago a estudiar a Buenos Aires. El gringuito era una cabeza privilegiada, ingresó al Colegio Militar y estudió ingeniería. Sin duda, con tanto estudiar no tuvo tiempo de buscarse una novia de tamaño más razonable, pues hace poco se comprometieron para casarse antes de la terminación del año.

Co ntodo de ser milonario y lindo y capitán, le costó a Pichonga Dios y ayuda vencer la oposición de sus padres.

Me cont óque él ni sospechaba hubiese habido tal oposición ni ella se lo dejaba traslucir, porque era tan delicado que sería capaz de desistir si la conociera.

El motivo de la oposición no podía ser más pintoresco.

El muchacho les gustaba y la fortuna no se diga. En los consuegros empezaba el busilis; pero lo que lo complicaba era el apellido.

Imaginate una señorita del Castillo y que por línea materna es Tres Palacios, venir a ser señora de Cicherino. No vale pronunciarlo a la española, pues que la "ce" suena "che" y la "che" "qu" no hay quien lo ignore.

Pero Pichonga se mostró decidida a mandar lejos a todos los Castillos y Palacios derrumbados

de sus antepasados y, por otra parte, sus padres caerían en cuenta de que al venirse al suelo los castillos y palacios no es desdoroso salvar la vida en un chiquero, sobre todo cuando es un chiquero monin al que le cita en diminutivo.

Pues bien: me enteró Pichonga de que a ella se le había pedido tomase parte en un cuadro vivo: haciendo de Madame Maintenon. Le había ella propuesto a su novio hiciera el papel de Luis XIV, y coom él tomara la cosa a chacota, las organizadoras obtuvieron el concurso de Luis Peñalva, un zanganote de especiales aptitudes para esas estupideces.

Me pareció que si la novia de un tanto importante sujeto se presentaba en un cuadro vivo figurando ser esposa de otro, bien podía la pretendida de un prójimo casi dejado de la mano de Dios, como Fraga, hacer de Hada de la Primavera. No quedaría él más desairado que el militar.

Y en mal momento fuí. Una vez allá supe que Anzúrez había enviado su poesía excusando su inasistencia por un compromiso de familia. Había muerto en Tucumán la única hermana de su madre y por encargo de ésta marchaba allá a traerse los huérfanos.

En seguida me asaltó un presentimiento. La mayor de esos huérfanos es una tucumanita preciosa de diez y ocho años escasos. Se recibió de maestra hace dos años y varias veces le he oído a Anzú-

rez hablar de ella con gran elogio, no sólo por la ayuda material que la chica llevaba a la casa, sino porque era hija y hermana muy abnegada.

Fraga nos acompañó. Estaba radiante, con los ojos como brasas y la cara que parecía lustrada a muñeca y talladas a mano las arrugas, pues con máquina habrían salido más regulares.

Felizmente mi canción era de los primeros números, pues con lo que sufrí y rabié después no hubiera podido desempeñarme.

Imagínate que Maneco del Valle, que tú sabes lo amigas que son nuestras familias desde hace tanto y que él me arrastraba el ala antes de lo de Anzúrez, en un grupo de tarambanas iguales a él dijo al pasar cerca de nosotros: Es una primavera más próxima al 21 de diciembre que al de septiembre.

La indirecta no podía ser más clara. Claro es que una colegiala se prestaba más para hacer de primavera que una muchacha de mi edad, que es la misma de Maneco y él no lo ignora.

Pero esto no hubiera sido nada. Algo hablaron en voz muy baja y riéndose, y él agregó: Es que en Buenos Aires el invierno es muy porfiado; no digo a fines de la primavera, en pleno verano suele hacer irrupción.

—Hace bien — dijo uno de los acompañantes — pobre importuno saca mendrugo.

—Pero esto no es mendrugo, — agregó otro, — en todo un bocado de príncipe.

He de haberme puesto colorada de indignación hasta el pelo. Fraga estaba al parecer gozando de la visión beatífica. No se apartaba de mi lado y miraba en torno suyo con expresión de tanto contento que parecía querer decirles a todos: he tenido tanta suerte como buen gusto ¿eh? ¿Qué hacen que no me felicitan?

Pude hablar a Potota, la hermana de Maneco, para darle la queja y me sale con la patochada de que Maneco me había querido mucho y que si no habló claro a su tiempo fué esperando mejorar de empleo; que al presentarse Anzúrez se hizo atrás, porque notó mi preferencia por éste; pero que al hacerse público mi compromiso con Fraga se había indignado, pues sólo por móviles interesados podía explicarse en mí esa aceptación.

La dejé con la palabra de temor a hacer allí una escena de mercado. No sé hasta ahora cuál de los dos hermanos se portaba más ruinmente conmigo, ni cuáles alfilerazos eran más cobardes.

Muy poco antes de su número apareció Pichonga con su madre y el chiquerino.

Te aseguro que este era el más real mozo de todos los allí presentes. ¡Qué porte de soberano! ¡Qué cara más franca y más simpática!

Dan ganas de presentar un escrito a los tribunales pidiendo se le cambie el nombre de Genaro Ciche rino, por Ricardo Corazón de León, o por Ivanhoé,

Y lo que más me encantó fué el respeto y la seriedad con que acompañaba a su novia.

Yo lo veía tan medido y correcto como un rey que acompañara al trono a la reina y lo comparaba con mi orejón de pera, que, presa de una crisis de ternura, estaba volcándome hacía rato en el oído todas las ternezas trasnochadas que diez años antes diría a la hoy monja.

Siempre me han repugnado las manifestaciones amorosas en público por parecerme una profanación del sentimiento, y tratándose de un individuo que me ve todas las semanas, sólo por la senil vanidad de lucir su conquista podía explicarse una actitud tan indigna de su edad y de la poca o ninguna confianza que yo le había dado.

En cuanto llegó Pichonga salió a buscarla la presidenta. Poco después se levantaba el telón, y Pichonga, encarcelada en un riquísimo traje negro que disminía algo su volumen, apareció, escuchando con expresión entre mimosa y burlona a Peñalva que la miraba extasiado mientras estrechaba las bien formadas manazas de Pichonga. Esta estaba muy artista, pues tal juego hacían su sonrisa y su mirada, que se le veía la conciencia del dominio que tenía sobre su soberano aquella esposa morganática o lo que haya sido.

Hija, fué alzarse el telón y retirarse de la sala el gallardo hijo de Marte, que no volvió a aparecer.

Maneço del Valle, que tiene pasable voz de ba-

rítono, cantó las coplas del contramaestre de "Marina" a las que agregó de su cosecha algunas otras.

La última, que, sin duda, había sido preparada con toda premeditación y alevosía, la soltó mirándonos descaradamente a Fraga y a mí:

La joven que se casa
con hombre viejo,
él resulta el azogue
y ella el espejo.

Y ella el espejo
donde todos se miran...
menos el viejo.

Las carcajadas con que fué acogida me hicieron el efecto de latigazos, pero lo que me puso fuera de mi fué el que Fraga, con una flema propia sólo en quien tuviera horchata e nlugar de sangre, me dijese con la melosidad de que me tenía empalagada:

"¡Pues no es poca envidia la que me tiene hoy la pollada!" Pero también... ¡no es para menos!

Le pedí a mamá nos retirásemos por que me sentía mal. Llegué a casa con un feroz ataque de influenza y los tuve ocho días austadísimos.

Cuando ya pude recibir visitas supe que la última novedad era el rompimiento del militar con Pichonga.

Esta no había tenido la precaución de enterarlo de su participación en la fiesta, a pesar de la ne-

gativa de él a acompañarla, y él, como todo hombre serio, no se ocupa de leer las noticias sociales, por lo cual la aparición de su novia en el escenario lo tomó de sorpresa.

Se retiró, e inmediatamente le envió a Pichonga anillo, cartas y retrato, con una esquelita en que le decía que habiéndose negado a acompañarla en el papel de Luis XIV, bastante desairado para un soldado de una democracia, mucho menos podía aceptar el del finado Scarron al que ella lo había destinado al aceptar el hacer la viuda del poeta infeliz. Que no le reprochaba su presentación ni el no haberlo consultado pues ella era única dueña de sus determinaciones; pero que la absoluta disparidad de criterio con que ambos juzgaban un asunto tan delicado para un hombre puntilloso hacía imposible entre ellos, para lo sucesivo, toda inteligencia y mutua compresión por lo cual le devolvía las promesas recibidas y retiraba él la palabra dada.

Cuentan que Pichonga está desesperada. La que me lo refería agregaba como comentario:

"¡No es para menos! ¡Un marido militar es un seguro de vida!"

Pocos días después mi madre me enteró de que lo había despedido a Fraga.

Me fastidió el que en mis asuntos, y siendo yo mayor de edad, dispusiera ella a su arbitrio, y le pedí explicaciones. He aquí lo ocurrido:

Fraga intentó formalizar el compromiso. Mis pa-

dres le preguntaron cuándo podría realizarlo, a lo que él contestó que no sería de inmediato porque la espantosa crisis actual había repercutido también en sus finanzas, pero que en cuanto éstas mejorasen se haría la boda, a lo cual se negó mi madre, contestándole sin rodeos que en ese intervalo podía yo perder algún buen candidato en condiciones de cumplir pronto su compromiso.

A pesar de la invencible repugnancia que desde el primer momento sentí por Fraga, repugnancia que se hizo odio cuando sus ridículas e intempestivas manifestaciones de amor, me dió lástima que a un hombre de bien se le tratase tan mal por reveses de fortuna a que cualquiera está expuesto.

Pero mamá, con otro úkase como el que le abrió las puertas de casa, puso fin al diálogo con esta curiosísima afirmación, que, ciertamente, no comparto:

"No le tengas lástima, hija. Un hombre no llega a los cuarenta y cinco años sin tener recursos para casarse, sinó cuando, junto con los recursos le falta la vergüenza".

Yo pienso que si de algo tiene que avergonzarse el pobre Fraga es el de su poco tino para buscar novia. Indudablemente, mujeres como yo no debemos ser solicitadas más que por individuos muy ricos. Como que nuestra única habilidad es gastarnos en una fiesta las rentas o sueldos de unos cuantos meses.

Si este larguísimo episodio en lugar de ser un

pedazo de vida vivida fuese argumento de una comedia del doctor Iglesias Paz, éste — que no gusta de hacer sufrir mucho a sus personajes — me depararía un final envidiable. Por ejemplo, haría que me conociese Cicherino y se enamorase de mí y por mí olvidase él a Pichonga y por él olvidase yo a Anzúrez; pero la Providencia no es tan condescendiente como el doctor Iglesias Paz, y no veo por dónde se va a descolgar para solucionar mi porvenir.

Sin embargo, ¡cosa rara! siento una tranquilidad, un aplomo como nunca he tenido.

Sin duda la fiebre acabó con la loca de la casa. Empiezo a hablar conmigo misma como si me desdoblase en dos y una de esas dos fueses tú.

Todavía no se definen claramente esas reflexiones. Sólo las siento: son ellas las que me hacen tan dueña de mí. Ya te contaré lo que resulte.

Tuya siempre. — Edith.

Petrópolis, 29 de Junio de 1915.

Señorita Edith Vasconcellos

Buenos Aires.

Alma mía: Por fin diste señales de vida. ¡Me has tenido en un sobresalto...!

Vengan pronto esos soliloquios dialogados. Tanta y tan repentina cordura no deja de alarmarme. ¿Qué nueva crisis será esa? Tuya. — VICTORIA.

Buenos Aires, 15 de Julio de 1915.

Señorita Victoria Molhard

Petrópolis.

Victoria de mi alma: La Providencia sabe hacer las cosas mucho mejor que todos los autores de comedias y novelas.

Me ha hecho encontrar más que un buen pretendiente, más que un excelente novio, más que un in-

mejorable marido: me ha hecho encontrarme a mí misma.

Victoria, tú no me has conocido nunca, apenas si me has presentido.

Yo he sido hasta ahora la larva de Edith Vasconcellos.

Mi tranquilidad y posesión de mí misma eran, ya te lo dije, sorprendentes.

El primer domingo después de mi completo restablecimiento me invitó a una matinée en el Odeón la señora de Eguiloz que continúa siéndome tan simpática como te era a tí.

Siempre es presidenta de la conferencia de que mamá es vice, y, la hija segunda, lo es del taller de aspirantes de que yo era secretaria. Fíjate bien que el último verbo está en pasado.

La señora de Eguiloz continúa con el sistema que tu llamabas de las conversaciones a hisopazos.

Todos los pobres socorridos por su conferencia han de oir la misa que ella dispone, comulgar cuando ella les ordena, poner a los hijos chicos en el colegio que ella indica y a los grandes en las colocaciones que ella les busca. A los pobres les es la apostólica dama tan simpática como a tí y a mí; pero de temor de perder los socorros, por todo pasan, aunque maldiciéndola de labios adentro.

Pero se presenta un candidato para las hijas y el ardor propagandista de la señora se apaga de repente y concede la mano de su niña con muchos

menos miramientos del que pone para otorgar un bono de pan de diez centavos diarios.

La hija mayor se casó hace poco menos de un año con un individuo que para casarse con ella dejaba en la miseria una mujer con cuatro criaturas.

Si en lugar de pedirle la hija le pide el tunante ayuda para pagar el alquiler, con seguridad que se lo negaba porque no estaba casado por la iglesia.

Mi ex presidenta está ahora de novia con uno de los leaders del liberalismo militante.

El la visita los domingos después de terminadas sus conferencias de propaganda callejera.

Madre e hija lo reciben como al Mesías. Si al día siguiente constatasen en uno de los pobres por ellas socorridos las ideas que el novio esparce a los cuatro vientos, en seguida le retirarían los subsidios.

Nunca las Eguiloces han sido santas de mi devoción. Como mamá las trata con mucho cariño, marco el paso. Supongo que el trapalón del viejo Eguiloz ha de ser uno de los mejores clientes de papá.

Fuí, pues, con ellas al teatro. Llegamos al empezar la función y apenas entré en el palco, que era un avant-scéne, ví en las primeras filas de la platea a Fraga. No volví a mirar hacia su lado, pero sentía sobre mí su mirada de perro apaleado y dos o tres veces, acordándome del proceder tan altivo

de Cicherino lamenté no poder gritarle: aprenda de ese muchacho a ser hombre.

Daban "Por las nubes". Era imposible encontrar obra más de acuerdo con mi estado de ánimo.

En el último acto, cuando Julio dando más oídos a su dignidad que a su amor, rechaza a la cobarde Emilia que no se atreve a sufrir con él, que se niega a acompañarle en la lucha por la vida a pesar de lo cual tiene el cínico egoísmo de pedirle la vuelva a buscar cuando haya triunfado, aquello fué para mí una revelación.

Emilia era yo: Emilia eran todas las muchachas criadas como yo y con mis aspiraciones: las tan deseosas de compartir los triunfos de un hombre como incapaces de acompañarlo en la brega para obtenerlos.

A la salida, Fraga pudo en un aparte trasmitirme su esperanza de volver por mí en seguida que las circunstancias le permitieran tenerme como yo me merecía.

Se colmó la medida de mi paciencia y le contesté: doctor Fraga, no sé si me casaré nunca; pero si llego a casarme será con un hombre al que a la vez ame y respete y para acompañarlo tanto en la buena como en la mala fortuna. Jamás me casaré con usted ni con ningún individuo que, como usted, se conforme con tener en la esposa una compañera de pieza en lugar de una compañera de su vida, sea esta próspera o adversa.

Felizmente ninguna de las brujas de las Eguiloces me oyeron. Se hubieran escandalizado aunque no se escandalizan en el teatro cuando Mańón seduce a Des Grieux vestido ya detraje talar.

Sin decir palabra he reñido con mi mundo. Me he borrado de todas las sociedades a que pertenecía. He dejado de concurrir a todas las reuniones y en las que mamá persiste en dar en casa soy poco menos que el convidado de piedra.

Hace pocos días hube de hacer de Cicerón. Mis presentimientos respecto a Anzúrez se realizan.

Un alma caritativa se dió prisa a traer la mala nueva disimulando con la ironía de la frase el gozo que le rebosaba por lo que presumía para mi un desaire.

Se ha dedicado el poeta a consolar a su joven y linda prima, la que no parece insensible a la cariñosa solicitud.

La madre de Anzúrez está encantada con la mutua inclinación de los jóvenes, y la arpia que de todo nos iba enterando agregó despectivamente: valía la pena de hacer la rueda a algunas niñas bien para caer atrapado por una maestrita.

La aviesa intención y el estúpido desprecio me pusieron fuera de mí y me apresuré a replicarle: no conozco a al prima de Anzúrez, más que por las referencias oídas a él mismo; pero me basta para tener la certeza de que lejos de ser atrapado habrá puesto él su más decidido empeño para obtener la

mano de esa señorita. Y en su vida habrá obrado más cuerdamente.

Conozco a muchas de las niñas que ha tratado Anzúrez entre nosotras. De las que yo conozco, ninguna vale lo que su prima.

A los diez y seis años, y mucho después, nosotras no pensamos sino en modas y amoríos.

Ella pensó en suplir con su trabajo la falta de su padre en el hogar, y, poco más tarde, en ser para sus hermanos menores, a la vez el padre y la madre.

Tengo gran estimación por Anzúrez; pero estoy lejos de pensar que su meritísima pariente se lleve en él un premio superior a sus merecimientos".

No sé ni me importa saberlo la interpretación que se dé a mis palabras. Estoy divorciada de toda esa gente.

Me repugnan estas mujeres cuyo único horizonte cuando jóvenes, es el de encontrar un marido que las asegure en su vida inútil y haragana, y cuando viejas, en estar sobre el corazón de sus hijas como los vendedores de golosinas espantando a los que se les acercan sin dinero y dándoselas al que tenga para entregar por ellas la moneda convenida.

Odio a estos muchachos como Maneco del Valle que enamorados de una juven, no son capaces de afrontar la lucha que exige la formación de una familia y que luego desahogan sus celos con tanta cobardía como ahogaron su amor; a estos hombres como Fragã que en edad propicia se sustraen al de-

ber de formar un hogar propio porque sólo con su sacrificio personal pueden conservar en la holganza a las mujeres del que proceden y esa holganza forma parte de las apariencias del buen tono a que no tienen valor para renunciar y que cuando, al fin se deciden a formarlo, todavía esas apariencias pueden más que las reflexiones de la edad madura y el apetito concupiscente más que la dignidad viril.

Miro ahora mi porvenir y no me asusto. El día en que supiera un serio quebranto de papá tanto se me daría ir a pedir una clase en un conservatorio como ofrecerme al empresario de una compañía de ópera para ver si resultaba la Carmen, la Azucena o la Amneris que tú supones.

Para que mis padres no se alarmen con mi repentino retraimiento, me he inscripto en la clase de ciencias domésticas que tiene la sociedad vicentina.

No te imaginas los adelantos que hago. Estoy resultando una enfermera como tú no te la mereces por mal pensada. ¡Y de cocina!

Sé hacer ya postres, licores y conservas. Ahora voy a empezar con los cocidos, guisos y fritos; pero, en fin, con sólo postres y licores me alcanza para buscar colocación de repostera. Y ciertamente, que me estimaría en más cocinando por paga que comiendo agregada a una mesa donde por limosna disimulada se me hubiese invitado.

Soy feliz, Victoria, no con la felicidad bulliciosa que soñaba... cuando soñaba, sino con una felici-

dad tranquila, callada, apacible, que sin duda ha de ser la única posible cuando uno despierta.

Te ha pasado lo que a Colón. Has descubierto una América cuya existencia ignorabas, lo que no no me exime de la obligación de estarte agradecida y en prenda de gratitud te envío mi corazón del todo contento, del todo feliz. — Edith.



CORAZON DESCONOCIDO

Corazón desconocido

Alguien ni era linda, ni hacía número entre las feas.

Tenía gracia, pero no *chic*.

Su tipo y facciones eran insignificantes, tan insignificantes que a los dos minutos de hablar con ella no le veía uno más que los ojos y la boca, y no porque unos ni otra fuesen grandes, sino porque de los ojos a la boca y de la boca a los ojos parecían jugasen a las esquinitas un ángel y un diablillo.

Si los ojos de *Alguien* impregnados de ternura mostraban al ángel en el fondo de sus pupilas, el diablillo acomodado en la comisura de los labios dibujaba en ellos una mueca burlona.

Si era el ángel el que sonreía dulcemente en los labios, el diablillo se asomaba a los ojos y hacía en ellos más travesuras que en la boca.

Alguien tenía fama de mujer de talento. Fama, nada más.

Bien sabía ella que esa fama era del todo infundada.

Efectivamente, *Alguien* no tenía ni pizca de talento.

Lo que tenía ella era un corazón grandote, enorme; tan enorme que no cabiéndole en el pecho se le había subido a la cabeza y como allí tampoco cabía, se desbordaba en todo lo que *Alguien* hacía y decía.

Desde pequeña, *Alguien* encontraba en sí misma mil recursos para sacar de apuros a sus hermanos, a sus compañeras, para disipar las tristezas de su casa y cuando los padres, hermanos y amigas decían sorprendidas: ¡pero qué chica inteligente! ¿Qué no se le ocurre a ella? *Alguien* se reía a carcajadas de su presunta inteligencia y contestaba sorprendida a su vez: ¡no sean tontos! ¿No ven que es porque los quiero mucho? ¿Acaso para querer se necesita inteligencia?

Pero nadie consentía en admitir que la chica no tuviese talento, un talento extraordinario por el que llegaría a ser *alguien*.

La muchachita medio risueña y medio enojada protestaba: entonces ¿ahora no soy nadie? *Alguien* soy ya.

Y de aquí le quedó el nombre.

Alguien creció físicamente poco; pero su corazón crecía desmesuradamente y a medida que su corazón

crecía, la fama de talento de *Alguien* iba extendiéndose cada vez más lejos.

Ya mujer, *Alguien* comprobó un hecho para ella muy triste: su corazón era del todo desconocido, del todo ignorado, que es como decir del todo despreciado, en tanto que el talento que le suponían y que ella estaba segura de no poseer, se agigantaba en la opinión de las gentes. Por ese talento se la admiraba, se la respetaba, se la temía.

Ella hubiese preferido que por su corazón se la amase; pero como nadie se percataba de la existencia de tal corazón...

Y *Alguien* que cuando niña solo lloró a la muerte de su madre, lloró mucho cuando mujer sobre su inmenso y buen corazón desconocido.

Y como no tenía a quién confiar los anhelos, los afectos, las melancolías y los temores de ese corazón por solo ella conocido, vertió sobre el papel su alma entera, alma tan hermosa que para hallarle comparación en la hermosura visible hay que recordar al elogio de Homero a la belleza de Helena: a su paso, los corazones aguerridos se estremecían.

Desde ese día *Alguien* quedó consagrada como escritora de talento, de un talento tan levantado en opinión del público, que jamás dejaba mezclar la tinta con hiel.

Era cierto. La tinta no se mezclaba con hiel en lo que *Alguien* escribía, porque ella no tenía hiel;

caía mezclada con lágrimas; pero como quedaba lo suficientemente negra para poder leerse, tampoco de las lágrimas de *Alguien* nadie se percataba.

El corazón de *Alguien* protestaba de la única manera que podía él protestar: animándose a sí mismo con la esperanza de hallar otro corazón que lo comprendiese y gimiendo con el temor de no encontrarlo.

A veces, este miedo le paralizaba el alma y los miembros. Los que la veían absorta, seria, con la mirada perdida Dios sabe dónde, la suponían vagando por las más abstrusas regiones del pensamiento.

Y era que su enorme corazón no pudiendo con el peso de sí mismo se debatía en la sima del desconsuelo.

Elsa esperaba a Lohengrin.



Por fin llegó Lohengrin.

Era un joven abogado de las provincias altas, recién llegado a la Capital.

La fama de escritora de talento de que se hiciera *Alguien* le había servido siquiera para proporcionarle ocupación decorosa y relativamente descansada en un diario, el mismo a que venía recomendado para iniciarse en el periodismo de la Capital el joven Lucurgo arribeño.

Conocedor él de las miserias físicas y morales de tierra adentro, conocedora ella de las mismas miserias en la puerta del país, interesada la empresa periodística en *épater le public* con una sección sociológica bien escrita y mejor pensada, ambos jóvenes fueron desde ese momento compañeros de labor.

El primer día Lohengrin — a despecho de su fría corrección — no disimuló el atávico recelo del escritor por *la colega*. *Alguien* lo notó y se rió para sus adentros.

Hasta entonces no la habían creído más que talentosa. Ahora había quien la creyera pedante.

El segundo cambiaron algunas frases de mera cortesía. A Alguien le agradó la expresión leal, el trato fino sin empalago, la fluidez de palabra — a pesar de la tonadita provinciana — del compañero.

A Lohengrin *Alguien* le produjo una impresión extraña que ninguna otra mujer le había causado: era una mezcla de respeto y de confianza: no se hubiera atrevido a dirigirle una broma y no habría tenido reparo en confesarse con ella. El tercero, cuando *Alguien* llegó, ya estaba Lohengrin esperándola sin duda, pues al verla reveló su semblante la alegría de cuando ocurre lo que esperamos y deseamos.

Esa tarde después de terminado el trabajo charlaron mucho.

El, mesuradamente, con la palabra ceñida a los

conceptos y revelando tanta altura de ideas como profundidad del pensamiento.

Ella, como siempre: sin pensar lo que decía y sintiéndolo todo. En *Alguien* la boca, lo mismo que la pluma, no eran sino válvula de escape del corazón.

Lohengrin sintió un raro estremecimiento en todo su ser al oirla más detenidamente.

Pensó que si la sinceridad se hiciese sonido sonaría como la voz de *Alguien*: clara, sostenida, sin desmayos de coquetería, sin sequedades de orgullo, sin inflexiones de jactancia...

Cierto dejo infantil que *Alguien* conservaba sin darse cuenta de ello aumentaba el encanto de su voz.

Para los que se empeñaban en que *Alguien* tenía talento, ese dejo era lo que hacía perdonarle el que lo tuviera.

Si *Alguien* hubiese creído como los demás en su talento, habría conservado intencionalmente ese algo de la niñez para pedir disculpa por el imperdonable delito de permitirse tener talento siendo mujer.

Pero sabiendo ella el engaño en que vivían los demás, no tenía porqué pedir disculpa.

Lo que había de niña en su voz correspondía a lo mucho que conservaba de niña su alma.

Al despedirse díjole Lohengrín con expresión de indudable verdad:

"No tengo palabras para agradecerle el bien que me han hecho las suyas.

"Vd. pone el alma en lo que dice, y como el alma llama al alma, la mía ha salido regocijada a su encuentro".

Alguien no necesitó más para hacer la novela de su vida que—novela de mujer—empezaba por el último capítulo.

Se despidió sin saber cómo y a no haber sido que las piernas se sabían de memoria el camino, se hubiera visto en apuros la joven para llegar a su casa, pues su cabeza no estaba como para dirigir los miembros.

Al ponerse frente al espejo se vió intensamente pálida y con un extraño fulgor en los ojos.

El ángel de su rostro se había adueñado del todo del campo.

Alguien tenía la expresión verdaderamente beatífica.

El diablillo apenas conseguía abrirse paso con el rabito entre las alas del compañero para hacer señas de: "mal, va mal".

Alguien echó al diablillo al diablo y envió al ángel un beso con la punta de los dedos.

Se sentía chica, con el corazón liviano como si una fuerza hasta entonces desconocida lo empujase hacia arriba y abriera en él dos pares de alas.

No cenó, y a pesar de que no durmió en toda la noche, se la pasó soñando.

Y el sueño de *Alguien* duró mucho, mucho.

Pero ¿habrá sido sueño?

Alguien seguía volcando sobre el papel el inagotable venero de sus purísimos y ardientes sentimientos.

Y las cuartillas salían ahora impregnadas de esa alegría sana, retozona, expansiva, propia solo de los niños. Decían sus admiradores: el talento de esta mujer presenta cada día fases nuevas.

Felizmente *Alguien* podía ya reirse de todos sus calumniadores.

El la conocía, la comprendía; *él* no le había hablado nunca de su talento; *él* sabía que ella sólo tenía corazón.

Sabiendo *él* a qué atenerse al respecto, ¿qué importaba la opinión de los demás?

El mundo había adquirido para *Alguien* su equilibrio estable: de un lado *él*: del otro todo lo que no fuera él.

Y Lohengríns ¿la amaba?

Para dudarlo, nada más que para dudarlo, *Alguien* habría tenido primero que dudar del talento de Lohengrín.

Y ¿qué mujer enamorada niega talento, el más claro y listo de los talentos al hombre amado?

Para conocer a *Alguien* por dentro y no amarla era necesario ser espiritualmente miope o tuerto.

Además, en ese caso, para dudar del amor de Lo-

hengrín habría habido que suponerlo impremeditado o malo.

El no le había hecho nunca declaraciones de epistolario, era verdad, ni la había hablado de matrimonio; pero tratándose de un hombre tan medido en sus palabras, tan reflexivo, y dirigiéndose a una mujer que él comprendía era toda sencillez, toda lealtad, había sentado ya la premisa que lógicamente no admitía más que una consecuencia: la que formaba el último capítulo de la novela soñada por *Alguien*.

¿Cómo si el alma de él, según sus propias palabras, había salido al encuentro de la de ella atraída por su bondad, iba a retraerse después si esa bondad, lejos de extinguirse, había crecido?

¿No le decía él que de la vida de sociedad salía siempre con la cabeza y el corazón vacíos, que apenas hablara con ella su inteligencia se había enriquecido de golpe con ideas que en las reuniones sociales nunca encontrara y que su alma había experimentado desde entonces alegrías y estímulos que jamás había antes sentido?

Mas tarde, recordando su casual conocimiento, ¿no le había hecho él la confidencia del desamparo, de la soledad, de la amargura en que había transcurrido su vida en los cinco años posteriores al fallecimiento de su madre y que, hasta hablar con *Alguien*, en esos cinco años no había pasado un ins-

tante de placer así hondo, puro, alentador, como el que en ese momento sintiera?

¿Cómo él, tan equitativo, tan justo, tan parsimonioso que nunca en lo que decía iba una línea más allá, ni se quedaba un punto más acá de su pensamiento, no iba a comprender el efecto que esas espontaneidades producirían en el corazón de *Alguien?*

Hacerlo hubiera sido jugar con ese corazón como el gato con su presa, y Lohengrín era lo suficientemente bueno para no proceder así a sabiendas y lo bastante perspicaz para no causar tanto mal por inconsciencia.

Así pensaba *Alguien,* y con ella el angel adueñado ya en absoluto de sus ojos y boca.

Quien no pensaba del mismo modo era el diablillo que se había batido en retirada del todo descontento del giro que tomaban los sucesos.

¡Cuánta razón tenía *Alguien* para creerse privada de talento! Cualquier otra muchacha de menos corazón y más experiencia en esas lides se hubiera atenido a la opinión del diablito con la intuición de que:

> En cuestiones de amor y matrimonio
> sabe más que los santos el demonio.

Lohengrín, por su parte no analizaba tanto como *Alguien*: abría delante de ésta de par en par su co-

razón sin detenerse a pensar cómo y por qué lo hacía.

Sentía que iba haciéndose cada vez mejor, más sensible, más esforzado, más enérgico; pero no perdía tiempo en remontarse a buscar la causa de su evolución.

Alguien hallaba el medio de infiltrar en ese espíritu un poco seco, un poco rígido, la fantasía y la gracia del suyo, con tal delicadeza que ni Lohengrin mismo se daba cuenta de la sugestión de que era objeto.

Ella veía su obra y era feliz.

¡Y la felicidad le sugería cosas tan lindas!

¡Qué injusta era la gente! Cada día oía ella nuevas felicitaciones por sus adelantos, felicitaciones que ella rechazaba incomodada pareciéndole robárselas a Lohengrín.

¿No era por él que ella estaba contenta?

¿Qué mérito podía tener ella en irradiar la felicidad que de él recibía?. El mismo que el del espejo al reflejar una figura bonita que se le pone delante.

Una tarde Lohengrín llegó contentísimo. Al contrario de lo que le ocurría a *Alguien* el contento no lo inspiraba.

Hizo un artículo que, según su costumbre, le leyó a la compañera.

Ella con su sinceridad inmutable le dió su opinión: *está mal.*

El rió de buena gana e hizo otro. *Peor,* dijo ella.

—Pues estoy hecho un tonto. No soy capaz de hacerlo mejor.

Alguien febrilmente hizo a un lado su trabajo y comenzó otro con el título que al suyo había dado Lohengrín.

Y le resultó admirable. ¡Trabajar para él!

Bajo la influencia de ese pensamiento, *Alguien* se hubiera sentido con fuerza para realizar la hazaña más estupenda, para dar existencia real a la mayor quimera.

Concluída la labor, Lohengrín entró en el terreno de las confidencias.

Tenía que revelarle dos secretos: uno era ya un hecho y, sin embargo, no estaba autorizado a decírselo hasta el día siguiente; del otro, a pesar de no ser cosa aún del todo segura, podía anticiparle un pedacito para que ella adivinara el resto.

Y la revelación fué: por fin, creo podré verla a Vd. donde hace mucho deseaba yo que Vd. estuviese.

Cuando *Alguien* se retiró de la redacción empezaba el crepúsculo. Era la hora a que habitualmente lo hacía y se sorprendió de la tibia claridad que bañaba la calle.

Sin embargo era un frío y oscuro atardecer de otoño.

¡Vaya si sabía ella de lo que trataban esas reticencias! ¡Suerte que había podido permanecer

serena, haciéndose la indiferente y bromeándolo a Lohengrín por la absoluta falta de aptitudes que para la carrera diplomática revelaba el ponerle preludio a los secretos!

¿Sería pobre Lohengrín? ¡Bah! ¿Qué importaba? A ella no le asustaba la pobreza; ya la conocía y sabía que conla laboriosidad de ambos buena cuenta iban a dar de esa señora.

Alguien se reía sola pensando los apuros que ella se daría para hacer todas las faenas domésticas mientras Lohengrín estuviera afuera, a fin de que él no se percatase de las fatigas que la pobreza impone a las dueñas de casa.

Delante de él haría flores, tejería visillos, solo labores de hada y de princesa de cuentos infantiles con las que daría a su nido ese aire de comodidad que en la mayor pobreza y con los más grandes apuros saben dar a su hogar las mujeres a quienes el amor enseña el milagro de multiplicar el tiempo y el dinero.

Y ¿sí Lohengrín fuera rico? Porque ella ignoraba del todo su posición pecuniaria y ni ganas tenía de conocerla.

Si era rico, si necesitaba continuar viviendo en determinado rango social no dejaría de ser un fastidio para ella, hecha a una vida apacible, el acostumbrarse a los ajetreos que ciertas esferas imponen. Pero buen cuidado pondría ella en que él no traslujese el más ligero desagrado ni cuando tuvie-

ra que acompañarlo a la más cargante ceremonia de la alta sociedad.

Ya se resarciría después haciendo a solas con él los más sabrosos comentarios sobre lo mismo que la hubiera incomodado.

Y ¡qué artículos chispeantes podría él sacar de esos diálogos domésticos!

En ese delirio de amor, ella no se tomaba en cuenta más que para el trabajo, para los sufrimientos.

El éxito, las alegrías, todo lo bueno para él. Pobreza o fortuna, trabajo u holgura, todo eso era detalle completamente secundario. Al lado de Lohengrín la vida, cualquiera que ella fuese, sería siempre la buenaventuranza trasportada a la tierra.

Si ella conseguía hacerlo feliz, eso sólo lo pagaría con creces de todos los afanes y delirios con que hubiese de conseguirlo.

Y feliz como lo iba a hacer ella, nadie podría hacerlo. *Alguien* no dudaba de que Lohengrín podía encontrar mujeres hermosas, de condición social más elevada, de fortuna y, a la vez, llenas de virtudes y excelentes amas de casa.

Pero únicamente empeñándose en llevarle la contraria a la Providencia podía cualquiera de ambos desconocer que en los designios de la Alto habían venido al mundo para terminar juntos la carrera de la vida.

El corazón de ella necesitaba un contrapeso que no podía ser otro que la sesudez y el férreo carác-

ter de Lohengrín. Y éste no se remontaba nunca por los dominios del ideal de la manera que lo hacía cuando *Alguien* lo transportaba con las alas de su fantasía a la región de sus sueños de mujer toda corazón.

¡Qué alto y qué lejos llegaría él ahora!

Si él mismo no se daba cuenta de lo mucho que él valía! Si tenía en su alma vetas riquísimas de oro que ella había adivinado y él ni sospechaba!

Y el largo monólogo de la enamorada podía concentrarse todo en una sola palabra tan breve que se emitía en un suspiro: *él.*

De la familia de *Alguien* no le quedaba a ésta a su lado más que su padre anciano y achacoso. ¿Consentiría Lohengrín en tenerlo consigo?

¿Y si no consintiese? Entonces ella pondría al viejecito al lado, en frente, donde pudiera verlo y hablarlo muchas veces al día, donde pudiera atenderlo siempre. Y por la mente de *Alguien* cruzó el primer pensamiento de que se avergonzaba: la idea de separarse de su padre la entristecía mucho menos que la alegraba la de acercarse a Lohengrín; pero pronto su corazón cayó en cuenta de que Dios conformó el alma humana de manera que el amor de los padres no pudiera por sí llenarla, porque de no conformarla así, la humanidad se hubiera acabado en la primera choza.

¡Si de todos modos el corazón de ella era tan

grande que dividido en dos iba a dar para llenar del todo esas dos queridas existencias.

Y tranquilizada cerró los ojos, no para dormir, sino para acariciar con la mirada la visión de su porvenir que se le aparecía envuelta en gasas color de aurora.

*
* *

Antes del medio día siguiente Lohengrín le avisó con un telegrama que no pudiendo concurrir ese día a la redacción pasaría por la casa de *Alguien* en las primeras horas de la tarde.

Llegó puntualmente. A *Alguien* la felicidad la hacía hermosa. Lohengrín pareció no darse cuenta.

Apenas se sentó sacó del bolsillo interior de su *jaquet* un pliego que extendió a *Alguien,* diciéndole:

—Esto se lo merecía Vd. hace mucho.

Alguien vió en el rostro de la visión de su porvenir un interrogante de temor.

Leyó. Era su nombramiento oficial de jefe de la sección femenina recién creada en el Departamento Nacional del Trabajo.

Las gasas color de aurora se tornaron grises de un gris de niebla.

Alguién dejó caer el papel sobre su falda y dilatadas las pupilas miró a Lohengrín sin articular una palabra.

Lohengrín no cayó en cuenta de nada y sin sorprenderse por el mutismo añadió:

—Ahora viene el segundo secreto, el que de mis labios nadie debía conocer antes que la amiga de alma gemela de la mía. Y sacándose el guante de la mano izquierda la extendió delante de *Alguien* con el dorso vuelto hacia la joven.

El sobresalto de *Alguien* se hizo terror; sus manos crispadas sujetaron fuertemente los brazos del sillón en que estaba sentada, y apretadas las mandíbulas, inmóviles los párpados, reseca la garganta, vió que una garra misteriosa salida no sabía ella de dónde, aferraba la visión de su porvenir envuelta ya en el manto negruzco de las nubes de tempestad y la extrangulaba ajustándole al cuello un anillo de alianza.

Lohengrín, con la inconciencia y el egoísmo de todos los enamorados, se puso a hablar de su novia sin hacer caso de la actitud de *Alguien,* actitud que no pudo comprender porque ni se percató de ella.

Alguien no oía. Todos sus esfuerzos se concentraban en hacer caer nuevamente sobre su lastimado corazón las lágrimas que de él le subían ardientes como lava.

Cuando Lohengrín hubo terminado el soliloquio de su amor se levantó para despedirse y en una explicable expansión de su afecto de amigo, tomó entre las dos suyas la mano derecha de *Alguien.*

Alguien sintió el contacto del disco de oro, y co-

co si una sierpe de escamas a la vez de fuego y hielo se le enroscase en el corazón, se incorporó en un violento espasmo, y lanzando un grito mitad lamento, mitad rugido, cayó pesadamente al suelo con su pobre corazón hecho pedazos, muerta literalmente de amor, de un amor como su corazón inmenso, y como su corazón del todo desconocido, del todo ignorado, que es como decir, del todo despreciado.



CUESTION DE PUNTOS DE VISTA

Cuestión de puntos de vista

ANTES

De él a una su hermana mayor, casada ha rato

. . . .

No, mi buena N.; enamorado como de esta chiquilla no lo he estado de ninguna, ni lo estaré nunca porque mujeres como ésta hacen época en la vida de un hombre y el que tropieza con una de ellas pone punto final en su vida amorosa. Son insustituibles.

¡Qué vehemencia la de su pasión! Sería hasta para asustarse si el haberla inspirado no me enorgulleciera tanto.

Cuando sus palabras susurran el amor tienen dulzuras de brisa de noche estival; cuando desahogan celos, estruendos de tempestades de los mares índicos.

Sus ojos o brillan con la enceguecedora luz del

mediodía tórrido, o con la misteriosa fosforescencia magnética del océano tropical en las noches sin luna.

Sus caricias embriagan y anonadan como los efluvios de esas flores del bosque amazónico que el indio busca para los ritos de sus divinidades.

Necesitaba de esa pasión subyugadora para revelarse mujer, porque con su belleza helénica realzada por las más impecables e inatas elegancia y distinción modernas, un artista la creería una Diana viajando de incógnito por la tierra. Diosa, se habría adueñado de mi alma; mujer, me ha hecho su esclavo en cuerpo y alma, sentidos y potencias.

. . . .

De la hermana a él.

. . . .

Quedamos, entonces, en que del trópico de Cáncer al de Capricornio no hay alambique como tu novia actual para transformar el calor y la luz solares en todas las fuerzas en que los transforma—según los físicos—la madre tierra a uno y otro lado de la línea equinoccial.

Lo siento, muchacho, porque los trópicos, para habitarlos siempre, son tan inhospitalarios como las zonas polares y más fácil es la aclimatación en éstas que en aquéllos.

En la zona tórrida no todo es ruido de brisas y de rumor de vientos; se oye también el terrorífico rugido de las fieras más temibles y el no menos espantable cascabeleo del crótalo. De allí son las aves de plumaje más hermoso y de más sonoro canto y también de allí los insectos más venenosos. Acarician al viajero las inofensivas lianas y envuelta en éstas recibe también la nada inofensiva de la asquerosa boa. De manera que tus símiles geográficos no me la hacen muy simpática a tu futura.

En cuanto a lo de la belleza de diosa y a las impecables elegancia y distinción, son cosas que todos los hombres tienen muy en cuenta antes de casarse y a que, después de casados, le dan la misma importancia que al frac de la ceremonia que lo dejan en un rincón del ropero hasta que haya oportunidad de lucirlo.

Te aconsejo ver si acompañan a esas valiosas dotes decorativas otras cualidades muchísimo menos brillantes que, una vez marido, vas a exigir como de derecho propio: la prudencia para sufrir tus genialidades de artista, el tino para arreglar la vida de la familia según los recursos de que tú dispongas, la discreción para pretender tener en el marido un compañero, no un adorador perpetuo, la abnegación que la haga apta para disminuir los inevitables dolores de los suyos y acrecentar las no muchas alegrías que la vida tiene.

Las explosiones esas de celos que ahora te en-

tusiasman como la tempestad de un mar indio que (estando tú en sitio seguro) se presentase ante tu provista paleta, van a hacerte, después de casado, la misma gracia que mascar hierro, y es caso seguro que al reemplazar la exaltación del noviazgo, con la tranquilidad del hogar, la pasión esa, avasalladora y desbordante, no te guste tanto si no la acompañan : tu comida hecha a tiempo, tu ropa limpia, compuesta y bien guardada y las habitaciones aseadas y arregladitas como la ropa. Y todo esto no se hace con cariños que estallan, ni con celos que explotan, sino con la buena voluntad — por cierto nada detonante — para vigilar a las sirvientas cuando son muchas, ayudarlas cuando son pocas y sustituirlas cuando no las hay.

Tampoco me hace muy feliz ese anticipo de caricias de que me das cuenta. Tratándose de caricias a lnovio yo le aconsejaría a cualquier muchacha el sistema de las moratorias y los giros a plazo posterior a la bendición del cura; pero comprendo también que tú, como la mayoría de los hombres, no sabrás valorar todo el mérito de una mujer que mientras no es esposa no concede ningún anticipo afectivo-efectivo.

Eso no lo sabe valorar ninguno hasta que llega a ser padre. A buen seguro que cuando tó lo seas de una chica que esté de novia, si sabes de las caricias de ella lo que tú sabes de las de la tuya, lo mueles a palos al susodicho y la encierras a la mu-

chacha en una casa de corrección sin acordarte entonces de que "quien lo hereda no lo hurta".

Pero veo que me he adelantado mucho. Conste que me hubiera gustado saber de tu novia algo referente a sus virtudes de mujer y a sus habilidades domésticas; pero quiero creer que ni unas ni otras le faltan sino que tú, cegado con el brillo del nácar de sus condiciones externas, no te habrás dado cuenta del mérito de la perla que pueda ser por cualidades de más valor intrínseco.

. . . .

De él a la misma hermana.

. . . .

No sé como pude leerte hasta el final, beata inaguantable.

Casada con un monstruo de prosaismo que, estoy seguro, jamás supo decirte nada al alma y teniendo un hijo cada dos años, se te ha hecho la idea de que la vida no es más que zurcirle las medias al patán de tu marido, bañar la pollada de chicos, espumar el puchero y limpiar de insectos las camas, sin otra alternativa espiritual que la de oir la primera misa el día domingo para pedirle a Dios, en pago del cumplimiento literal del precepto bíblico, que al marido no le falte trabajo, que al chico mayor no lo ataque la coqueluche, que al segundo no le ocasio-

nen fiebre los colmillos y que al tercero le "prenda" la vacuna.

¡También la ocurrencia mía de salirle con tiradas literarias a la mujer de un fabricante de embutidos, por más hermana mía que sea!

Compara a un artista como tu hermano con un burgués como tu marido; retrocede en tu imaginación a tu—aún cercana—época de muchacha y juzga si uno y otro se merecen el mismo trato de sus respectivas novias.

Vuélvete a tu cocina y a tus libros de rezos que yo me voy a desagraviar a mi dueño, mi reina y mi diosa de tus insolentes comparaciones.

. . . .

De ella a una amiga íntima.

. . . .

La solterona de mi tía no quiere que me case; pero, hijita, me caso no más, aunque ni Dios lo quiera.

Dice la pobre vieja que yo no tengo la prudencia necesaria para sufrir las originalidades de un artista; que soy demasiado celosa y muy poco discreta para llevarme bien con un hombre joven obligado a tratar de cerca a tanta mujer linda; que a mi hermosura que hoy lo esclaviza él se irá acostumbrando y que, entonces, yo no tendré otros recursos con

que las mujeres menos frívolas retienen al hombre en el hogar. Ya sabes que para mi pobre tía, siendo joven y bonita, se es frívola fatalmente. ¡Frívola yo! ¡Y aunque lo fuera! ¿Acaso los hombres estiman en la mujer ninguna otra cualidad fuera de la belleza?

Sigue diciendo ella que soy demasiado "inútil" (textual) para esposa de un hombre que no posee una fortuuna considerable y hasta me insinúa que una vez decidida a casarme debo aprender algo de cocina, enfermería y cuidado de chicos, porque no cree que él pueda tener conjuntamente, si llega a necesitarse, cocinera, enfermera y niñera, y que alguno de esos menesteres me corresponderá a mí si los tres coinciden.

¡Pobre tía vieja! De todo eso sabe ella y es la bondad y la prudencia y la discreción personificadas, y ahí está sola en su vejez, derramando su fortuna entre sus sobrinos, que el que más y el que menos, un poco nos reímos de ella todos, y prodigando sus cuidados entre los pobres del barrio que ni se lo agradecen.

Si eso las espera a las mujeres buenas y habilidosas, prefiero ser frívola y lo que ella llama inútil.

El me adora y eso me basta. Es decir, me basta porque se trata de un buen mozo, más codiciado que el premio mayor de la lotería de Navidad. Sólo de

pensar lo que van a rabiar algunas, me estremezco de gusto.

Sé que sin llegar a pobre no es tampoco rico; pero como se trata de un hombre muy delicado, no dudo que sabrá arreglárselas de manera que no me falten nunca las comodidades a que él me sabe acostumbrada.

. . . .

DESPUES

El a la misma hermana.

. . . .

Me consta que tú tienes algún ascendiente sobre ella. Hazme el favor de venir y de aconsejarla antes que en un acceso de desesperación la mate. Me tiene loco con sus intransigencias y sus celos. Cuando novios, esas escenas dos veces a la semana resultaban interesantes; pero ahora, ya me ha cansado la misma pantomima repetida un día sí y otro también.

Ayer le solté una interjección que no he de escribir y se desmayó. Hasta la semana pasada me hubiera muerto yo al verla desmayada por mi culpa; pero ayer me quedé como si ni tal cosa y gra-

cias que atiné a echarle en la cara un chorro del sifón. Te aseguro que es un remedio excelente. Recuperó el conocimiento en seguida. He ordenado a la mucama que no deje faltar nunca el agua de Seltz.

Otra exigencia de esta desgraciada mujer es la de que he de vivir en adoración perpetua ante su belleza.

Demasiado se adora ella ¡demonios! Vive para acicalarse. No parece sino que de cada onda de su pelo y de cada pliegue de su ropa depende el que la tierra se quede en su órbita o salga de ella.

Un día que estuvimos sin mucama me alcanzó un par de medias con un agujero en cada una: pero ¡qué agujero!

Al día siguiente de ese se nos fué la cocinera. Era un día friísimo, de esos en que el estómago pide a gritos caldo; y la muy haragana presentó la mesa con sólo fiambres.

Hace poco, una imprudencia provocada por sus incorregibles e intempestivas coqueterías estuvo a punto de desvanecer las esperanzas que puedes imaginarte. Ya la he sentenciado a tirarla por el balcón a la calle si el caso vuelve a ocurrir.

En fin, querida hermana, que no he sido, para hacerme de mujer, tan afortunado como tu marido; que tengo sobradas razones para decir pestes del matrimonio; que si esta mujer no cambia, o la mato o me fugo.

¡Quién me lo hubiera dicho! Parece imposible

que una misma mujer pueda ser el encanto que es cuando novia y la pesadilla que es cuando esposa! ¿Qué gnomo perverso nos la transforma así entre la entrada y la salida del registro civil?

. . . .

La hermana a él.

. . . .

Iré y la aconsejaré, aunque quien cambió no es ella.

Ella sigue con su belleza de diosa y sus impecables e innatas distinción y elegancia y con todos los apasionamientos, vehemencias y extravagancias con que decías haberte esclavizado en cuerpo y alma.

Mal haces de quejarte ahora de la falta de virtudes y habilidades cuya existencia nunca te interesó.

Si tú hubieses buscado esas virtudes y habilidades y ella las hubiera simulado para conseguirte, te aconsejaría sin escrúpulos lo que el tío Trementario al tuerto Boliña (¿te acuerdas? de "La leva" de Pereda): "viento duro por la popa y hala por avante".

Pero lo que es de falsía no la puedes acusar. Veré si consigo hacerla cambiar. En cuanto a tí, es el caso de repetirte lo de sor Juana de la Cruz:

"queredlas cual las hacéis o hacedlas cual las queráis".

. . . .

De ella a la tía solterona.

. . . .

Feliz de Vd., queridísima tía, que no sabe de la perfidia de los hombres sino lo que le contamos las infelices que nos hemos casado.

¿Por qué no la oí a Vd.? ¡Viera Vd. cómo ha cambiado él! Es otro, completamente otro.

¿Se acuerda Vd. que se decía "esclavo" de mi belleza? ¡Lo viera al esclavo! ¡Cómo ha roto sus cadenas y qué poco falta para que me dé con ellas!

Y le aseguro que todos dicen que estoy más linda cada día, a pesar de lo que Vd. sabe.

¿Se acuerda cuando me decía que medía la intensidad de mi amor por la vehemencia de mis celos? Pues ha cambiado de medida. Yo soy tan celosa como siempre, y ayer, para hacer más eficaces mis reproches, fingí desmayarme y tuve que volver en mí más pronto que ligero, porque cuando esperaba sentirlo caer de rodillas a mi lado, me echó un chorro de agua de Seltz.

¿Se acuerda todas las bellas frases que le inspiraban la dulzura de las mías y el calor de mi afecto?

¿Cuándo me dijo él que me quería para su mucama, ni su cocinera, ni su ama de llaves? Para vivir de rodillas ante mí, para saturarse el alma de poesía con mi belleza y mi cariño. Así decía el muy falso. Y un día en que estuvimos sin mucama, al pasar a us lado y acariciarlo me dijo de mal humor: "Siquiera saliese la moda de llevar las medias en la cabeza, así, de paso que me acariciabas podrías zurcirme los calcetines".

Otro día que no tuvimos cocinera preparé en lugar de almuerzo un "lunch"; pero ¡qué lunch, tía! Es verdad que hacía frío; pero sí yo estando en las condiciones que estoy me lo pasaba con comida fiambre, él bien pudo pasárselo también, y no. Hubo de quejarse de la falta de comida caliente.

¡Es un monstruo, tía! ¡Un desconsiderado, un egoísta, un falso! Si sigo a su lado, o me muero o me enloquezco y no espero más que su permiso para volver junto a Vd. y olvidar en sus brazos la perfidia de este hombre.

. . . .

De la tía solterona a ella.

. . . .

Cierto que tú eres siempre la dulce y la ardiente chica que él conoció. Pero, hijita, lo dulce empalaga

y cuando el ambiente se caldea mucho, el más amante del calor busca el fresco.

Como tripas llevan corazón y no corazón tripas, mal puede consolarse el pobre de una comida fiambre en un día frío, por muchas caricias con que tú la sazones.

Por otra parte, con medias y sin caricias puede andarse. Lo contrario es imposible.

Si tu marido se aleja de tu hogar no es con escenas de melodrama que vas a atraerlo. Si se va porque lo lleva alguna mala costumbre, es de desearse se vaya del todo; pero si se aleja porque tú no se lo haces desagradable, no tienes derecho a reprocharle si busca lejos de tí el consuelo, la tranquilidad y la paz que tú—pudiendo—no le proporciones en tu casa.

Rechaza la idea de huir de tu marido para refugiarte al lado de tu tía. Cada estado tiene sus satisfacciones propias y sus penurias correlativas. Tu tía escogió la apacibilidad de la vida solitaria privándose de las alegrías del hogar. Tu has escogido lo segundo y es imperdonable quieras también lo primero.

Tienes razón en decir que tú no has cambiado, y esto es la causa de todo lo que pasa. Tu no has cambiado. Pues a cambiar, hijita. Nada de enloquecerse, que enloquecerse es perder el juicio y no se pierde lo que no se tiene. Respecto a morirte, es cosa de que vas a desistir en absoluto en cuanto ha-

gas la prueba de adquirir algunas virtudes y algunas habilidades de que te reías antes. Con ellas verás cuán bien lo pasarás al lado de tu marido, sin pensar ya en refugiarte en los escuálidos brazos de esta pobre vieja que no los abrirá nunca para amparar en ellos a esposas ni madres descuidadas.